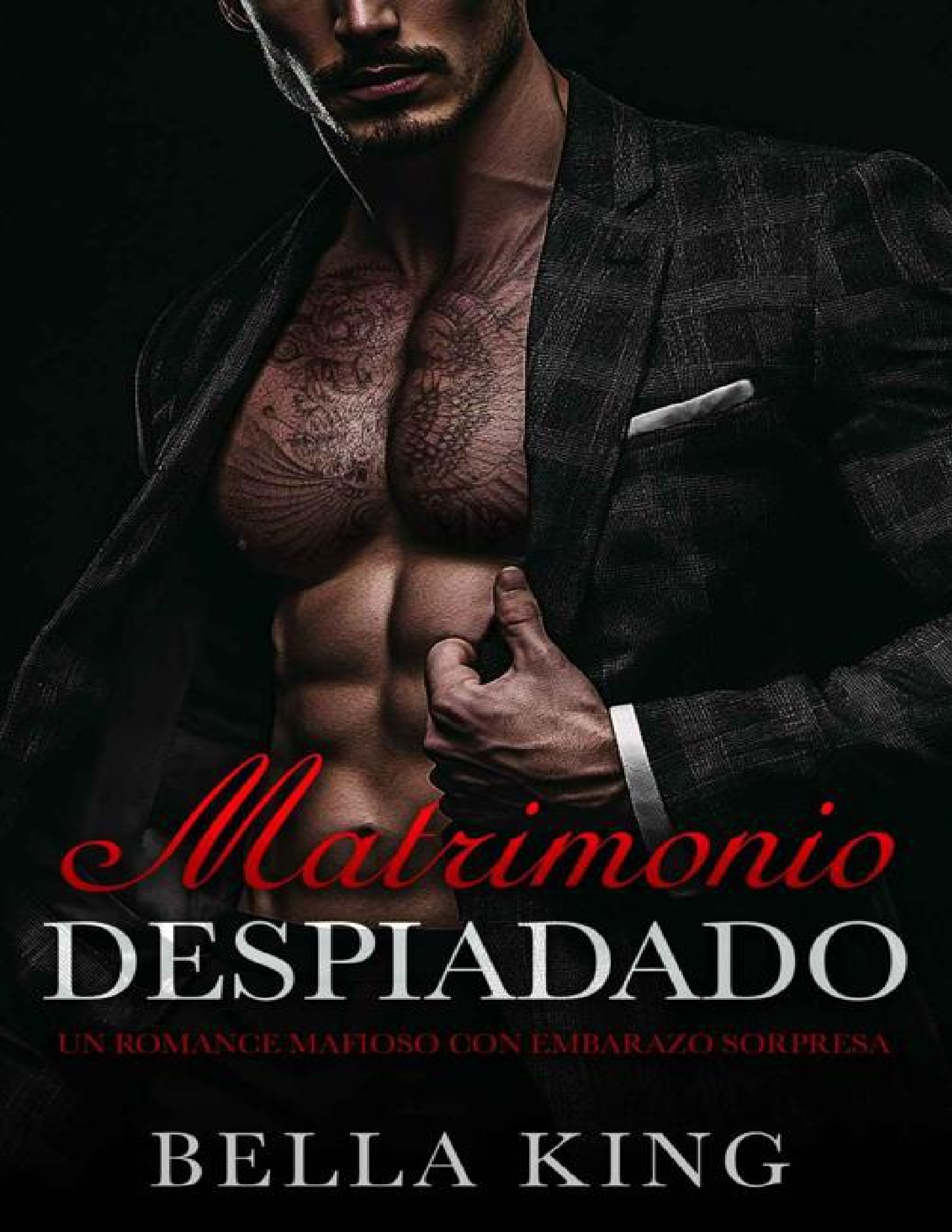


Matrimonio DESPIADADO

UN ROMANCE MAFIOSO CON EMBARAZO SORPRESA

BELLA KING

MATRIMONIO DESPIADADO

UN ROMANCE MAFIOSO CON EMBARAZO SORPRESA

BELLA KING

AFTER MIDNIGHT LLC

Derechos de autor © 2025 de Bella King

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Este libro ha sido traducido con la ayuda de ScribeShadow.

ÍNDICE

Capítulo 1
MILA

Capítulo 2
MILA

Capítulo 3
ARTEM

Capítulo 4
MILA

Capítulo 5
ARTEM

Capítulo 6
MILA

Capítulo 7
ARTEM

Capítulo 8
MILA

Capítulo 9
ARTEM

Capítulo 10
MILA

Capítulo 11
ARTEM

Capítulo 12
MILA

Capítulo 13
ARTEM

Capítulo 14
MILA

Capítulo 15
ARTEM

Capítulo 16
MILA

Capítulo 17
ARTEM

Capítulo 18
MILA

Capítulo 19

ARTEM
Capítulo 20
ARTEM
Capítulo 21
MILA
Capítulo 22
MILA
Capítulo 23
ARTEM
Capítulo 24
MILA
Capítulo 25
ARTEM
Epílogo

MATRIMONIO DESPIADADO

Anoche, me hizo suplicarle.

Esta mañana, descubrí la cruel verdad sobre por qué realmente se casó conmigo.

Artem no es el hombre con el que creí haberme casado.

Me prometió un matrimonio falso para salvar el negocio de mi familia.

Un simple acuerdo. Sin ataduras. Sin sentimientos. Sin mentiras.

Pero no es un multimillonario común.

Es un monstruo frío y calculador que se alimenta del control.

Un jefe de la mafia rusa oculto a plena vista.

Ahora lo veo en la forma en que sus ojos penetrantes siguen cada uno de mis movimientos.

En cómo su voz profunda me envuelve como una cuerda de terciopelo.

En la manera en que sus manos me reclaman, atándome de formas que no sabía que deseaba.

Anoche, me hizo suplicarle.

Esta mañana, descubrí la cruel verdad sobre por qué realmente se casó conmigo.

Y ahora, es demasiado tarde.

Estoy embarazada de su hijo,

Y lo ha dejado claro: le pertenezco.

Pero a los enemigos que nos rodean no les importa su obsesión.

Me quieren muerta.

Y el hombre que creí que era mi salvador podría ser quien me destruya.

1

MILA

En la gala benéfica de esta noche todo es igual que siempre: risas cálidas, vestidos deslumbrantes, comida perfecta y una vista de la costa de California, pero aun así algo se siente diferente. No puedo deshacerme de la sensación de inquietud en la base de mi cuello mientras me deslizo entre la multitud, con mi vestido de seda esmeralda susurrando contra el suelo de mármol, mi sonrisa una máscara cuidadosamente practicada mientras represento el negocio de mi familia en público.

La habitual sinfonía de copas tintineantes y risas educadas suena hueca, como una nota discordante en una melodía por lo demás perfecta. Se siente como si algo estuviera ligeramente fuera de lugar, las miradas se desvían de mi rostro en el último momento, las sonrisas flaquean justo cuando entro en el campo de visión.

Veo a Henry junto al bar, sus hombros rígidos bajo su traje perfectamente cortado. Mi hermano mayor siempre ha sido el elegido, el heredero responsable aparente de Belmont Realty Group, la empresa inmobiliaria sobre la que se construyen nuestra fortuna y reputación. Pero esta noche, sus dedos tamborilean un ritmo ansioso contra su copa de cristal de whisky, como si algo anduviera mal.

—Henry —murmuro, acercándome a su lado—. ¿Qué está pasando? Algo se siente mal esta noche. Las cosas no están tan... relajadas como de costumbre.

Él toma un largo sorbo de whisky antes de responder, sus ojos moviéndose nerviosamente hacia el extremo opuesto del gran salón de baile.

—Todo está bien, Mila. Solo mira a nuestro alrededor, a todos nuestros invitados. Estás siendo paranoica como siempre.

—¿Paranoica? —Arqueo una ceja, estudiando su perfil—. Tu ojo izquierdo está temblando. Solo hace eso cuando mientes.

—No empieces —espeta, luego inmediatamente suaviza su tono cuando una pareja de inversores pasa cerca, hiperconsciente de cómo se ve frente a ellos—. Solo... concéntrate en encantar a los invitados. Eso es en lo que eres buena, ¿no? Es tu papel en la familia. Déjame las preocupaciones del negocio a mí.

El rechazo duele, pero estoy acostumbrada. A los ojos de mi familia, soy solo la hija del medio artística que eligió el diseño gráfico freelance en lugar de los bienes raíces. No importa mi título en negocios o el hecho de que llevo años suplicando ayudar a dirigir la empresa.

Él sigue mirando al otro lado de la sala con alguna emoción ilegible en sus ojos.

Con la curiosidad picada por la evidente evasión de Henry, sigo su mirada mientras él toma otro sorbo exageradamente largo de su whisky. Mi respiración se entrecorta ante lo que veo.

Un hombre está de pie cerca de las ventanas del suelo al techo, las luces de la ciudad creando un halo alrededor de sus anchos hombros y cabello oscuro. Todo en él exige atención, desde su traje negro de diseñador expertamente cortado hasta la forma confiada en que se mantiene, espalda

recta, piernas separadas al ancho de los hombros, barbilla levantada mientras observa la sala como si fuera suya. Lleva una copa de champán a sus labios, y me encuentro siguiendo el movimiento, hipnotizada por sus manos fuertes y el sutil flexionar de los músculos bajo la fina lana.

Como si sintiera mi escrutinio, se vuelve hacia mí. Nuestros ojos se encuentran a través de la sala llena de gente, y la electricidad crepita por mi columna. Su mirada es intensa, casi depredadora, y siento que el calor florece en mis mejillas mientras una innegable atracción aviva el calor a través de mi cuerpo. Cabello oscuro peinado hacia atrás revelando rasgos afilados, una barba bien recortada enmarcando labios carnosos que se curvan en el más mínimo indicio de una sonrisa burlona, músculos apenas contenidos por un corte perfecto: es devastadoramente guapo de una manera peligrosa.

Me obligo a apartar la mirada antes de que el momento se prolongue demasiado, con el pulso acelerado.

—¿Quién es ese hombre allí junto a las ventanas? Nunca lo había visto antes en una de nuestras galas.

El vaso de Henry tintinea contra la barra al dejarlo vacío.

—Nadie de quien debas preocuparte, Mila.

—¿En serio? —Me vuelvo hacia mi hermano, cruzando los brazos y levantando la barbilla obstinadamente—. Porque lo has estado mirando como si fuera a salvarnos o a destruirnos, y no sabes cuál de las dos cosas será. Algo anda mal, Henry, lo sé. Dime de una vez qué está pasando en mi propia familia.

—Mila —advierte Henry, pero ya me estoy alejando de él, con determinación surgiendo a través de mí. Definitivamente algo anda mal, y estoy cansada de que me mantengan en la oscuridad. De una forma u otra, descubriré qué está pasando.

Me abro paso entre la multitud, buscando los rostros familiares de mis padres. Sus voces se escuchan desde detrás de las pesadas puertas de roble del estudio de mi padre, agudas y fuertes por la tensión. No puedo entender lo que están diciendo hasta que me acerco más. Hay demasiado ruido.

Alcanzo el picaporte, luego hago una pausa cuando las palabras de mi madre atraviesan la madera.

—¡Vamos a perderlo todo, Charles! La empresa, las casas, incluso el edificio de apartamentos de Chloe. ¿Qué le pasará a ella? Todavía está en la escuela, no puede pagar el alquiler en ningún otro lugar. Tendrá que abandonar sus estudios si lo perdemos todo.

Mi corazón se detiene. ¿Perderlo todo? Me acerco más a la puerta, esforzándome por escuchar la respuesta de mi padre, con el pulso acelerado y el estómago hundiéndose al mismo tiempo. Esto no suena nada bien. ¿Henry ya sabe sobre esto?

La voz profunda de mi padre atraviesa la puerta.

—Vivian, por favor. Me estoy encargando de ello esta noche. Este trato con Romanov nos salvará, ya verás.

—¿Y si no lo hace? —La voz de mi madre se quiebra—. Ya estamos ahogados en deudas. El banco amenaza con exigir el pago de nuestros préstamos. Si lo hacen, no podremos pagarlos. Vamos a estar arruinados. Permanentemente arruinados.

Eso es todo. No puedo soportarlo más. Abro la puerta de un empujón, la ira quemando cualquier vacilación. No puedo creer que estemos tan cerca de la ruina y no me hayan dicho nada en absoluto.

Mis padres se congelan como adolescentes culpables, mi padre medio apoyado en su escritorio mientras mi madre camina de un lado a otro por la alfombra persa, retorciéndose las manos ansiosamente.

—¿Cuándo pensaban decirme que estábamos a punto de perderlo todo? —exijo, dejando que la puerta se cierre detrás de mí—. ¿O se suponía que debía enterarme cuando pusieran candados en las puertas y echaran a Chloe a la calle?

—Mila —suspira mi padre, pasándose una mano por su cabello plateado—. Esto es un asunto privado que involucra a la empresa familiar. Deberías estar allá afuera con los invitados, no aquí escuchando a escondidas.

—¿No? —Levanto las cejas tanto como puedo—. ¿No debería saber que la empresa de nuestra familia, que también es mi herencia, por cierto, está a punto de colapsar? ¿Que Chloe podría quedarse sin hogar porque estamos tan endeudados que no podemos pagar nuestras cuentas? Eso suena como algo que debería haber sabido hace tiempo. ¿Debería estar preparándome para esto?

—Esto no te concierne —dice mi madre, alisando su peinado ya perfecto, repentinamente recomponiéndose ante mi crítica—. Tu padre y Henry lo tienen bajo control. Nos sacarán de esta situación, ya verás.

Una risa amarga se me escapa, resonando en el aire con la fuerza de un disparo. —Claro, porque lo han hecho tan bien hasta ahora. Tengo un título en negocios, madre. He estado pidiendo ayudar a dirigir la empresa durante años, ¡pero todos me tratan como si todavía jugara con crayones!

—Eres una diseñadora gráfica freelance —dice mi padre, con un tono irritantemente paciente—. Esta situación requiere experiencia real en negocios...

—¡Me gradué con las mejores calificaciones de mi clase! —Las palabras explotan dentro de mí —. Elegí el trabajo freelance porque tú y Henry me bloquearon a cada paso. Pero conozco el sector inmobiliario, conozco las finanzas y definitivamente conozco los negocios. Si tan solo me dejaran ayudar con la empresa, podría evitar que Chloe alguna vez...

La puerta se abre detrás de mí, cortando mi diatriba. Un pesado silencio cae mientras se acercan unos pasos, el cuero italiano de alta calidad susurrando contra el suelo de madera. El vello de mi nuca se eriza y me giro lentamente, hiperconsciente de cada movimiento que hago.

Lo sé incluso antes de verlo. Es él: el hombre del otro lado del salón de baile.

Cuando me enfrento a él, mi corazón salta a mi garganta y siento que el calor sube a mi rostro.

De cerca, es aún más impresionante de lo que era a distancia. Debe medir al menos un metro noventa, dominando mi estatura de un metro setenta con el tipo de presencia imponente que hace

que el espacioso estudio se sienta repentinamente estrecho. Sus ojos son de un sorprendente azul acero, actualmente fijos en mí con una intensidad que hace que mi piel hormiguee.

Huele bien, dulce y picante de la mejor manera, como un whisky que ha sido añejado durante cuarenta años, o un cigarro caro deslizado por debajo de tu nariz. Mi cuerpo se inclina hacia él sin mi aprobación, atraído mientras lucho por no cerrar los ojos y caer hacia él.

La rendición inmediata es casi tan aterradora como las noticias que he escuchado a escondidas.

—Señor Romanov —dice mi padre rápidamente, avanzando y rompiendo el hechizo—. Me disculpo por la demora, estábamos discutiendo algunos asuntos familiares privados.

Romanov. El nombre de su discusión encaja en su lugar, y la comprensión me inunda. Este es el hombre en quien están confiando para salvarnos. Aquel cuyo trato podría significar la diferencia entre la salvación y la ruina.

Esos ojos penetrantes nunca dejan los míos mientras habla, su voz un profundo retumbar con el más leve indicio de acento ruso. —No es necesaria ninguna disculpa. Creo que su encantadora hija y yo estábamos a punto de ser presentados.

La forma en que dice "hija" envía un escalofrío por mi columna vertebral, una mezcla de advertencia y promesa. En este momento, sé con una certeza profunda que mi vida está a punto de cambiar para siempre. No es solo la mala energía que irradia mi padre como el hedor de una fiebre, sino la forma en que el señor Romanov me mira como si ya fuera de su propiedad.

No solo mi cuerpo tembloroso, sino también mi alma.

Sí, las cosas ciertamente están a punto de cambiar. Solo que aún no sé si eso es algo bueno o algo muy, muy peligroso.

2

MILA

El despacho se siente como una olla a presión a punto de explotar, el peso de las implicaciones aplastando el aire de la habitación. Mi padre me mira con los labios apretados, sus manos fuertemente entrelazadas frente a él. Mi madre tiene una sonrisa falsa pegada en su rostro, sus uñas clavándose en las palmas de sus manos, su exterior compuesto traicionando el pánico en sus ojos.

El señor Romanov, sin embargo, permanece imperturbable, su mirada aguda aún fija en mí como si intentara atraerme hacia su amplio pecho con la mente. Es un hombre que claramente prospera con el control, y ahora mismo, soy el centro de su atención. Esto no se trata solo del negocio familiar. De alguna manera, yo también estoy involucrada.

—Mila —comienza mi padre, su voz firme pero tensa—. El señor Romanov está aquí para ayudarnos a maniobrar este pequeño contratiempo. Sin su respaldo, podríamos estar realmente en problemas, por eso creo que es apropiado que te familiarices con él.

—Muy familiar —dice el señor Romanov, su voz en algún punto entre un ronroneo y un gruñido —. Eres parte del trato, después de todo.

Jadeo, luchando por mantener mi voz sin temblar cuando respondo.

—¿Y qué implica exactamente este trato? ¿O tampoco se me permite saber sobre eso? Porque hasta ahora, todo lo que veo es que me están arrastrando a algún tipo de... transacción sin mi consentimiento.

—No es así —interviene mi madre, su voz quebrándose—. No te estamos... vendiendo, Mila. Es un arreglo, uno mutuamente beneficioso.

¿Venderme? Eso suena exactamente a lo que están haciendo, y no lo voy a permitir. Ni siquiera conozco a este hombre, y sus intenciones parecen estar lejos de ser buenas. De alguna manera, mi familia está más involucrada de lo que pensaba.

Me río un poco de lo absurdo que es esto.

—¿Mutuamente beneficioso? Eso es gracioso. ¿Exactamente para quién es beneficioso? —Mi voz se eleva, aguda y cortante—. Porque seguro que no suena beneficioso para mí. Están tomando decisiones sobre mi vida como si fuera una especie de mercancía. ¡No pueden simplemente intercambiarme con este... este hombre como si fuera una propiedad!

El señor Romanov da un paso adelante, metiendo una mano en su chaqueta y sonriendo cortésmente.

—Señorita Belmont —dice suavemente, su acento envolviéndose alrededor de mi nombre como una serpiente enrollándose alrededor de su presa—. Este arreglo no carece de beneficios para usted también. El imperio de su familia permanecerá intacto, y encontrará mi compañía bastante agradable.

Me giro hacia él, la ira burbujeando dentro de mí finalmente estallando.

—¿Compañía? No necesito su compañía. Lo que necesito es que mi familia deje de tratarme como un peón en sus negocios. Usted no decide qué es lo mejor para mí. ¡Ninguno de ustedes lo hace!

La mandíbula de mi padre se tensa.

—Mila, estás siendo irrazonable. Esto se trata de supervivencia, para todos nosotros. Si perdemos la empresa, lo perdemos todo. ¿Quieres eso en tu conciencia?

—Ni se te ocurra echarme esto encima —espeto, mi voz temblando de furia—. Este es tu lío, no el mío. Ustedes tomaron estas malas decisiones, ¿y ahora esperan que yo las limpie... cómo? ¿Jugando a la casita con un hombre que nunca he conocido?

Mi madre se levanta de su silla, con las manos extendidas como para calmarme.

—Mila, por favor. Esto no es lo que piensas. También estamos tratando de protegerte.

Retrocedo, negando con la cabeza.

—¿Protegerme? ¿Entregándome a un extraño? No, esto no es protección. Esto es traición.

El silencio cae sobre la habitación, pero el señor Romanov no parece molesto por ello. Está tan tranquilo como cuando entró en la habitación, como si supiera el resultado. Como si todas las cartas estuvieran en su mano. Como si no importara lo que yo dijera o hiciera, ya soy suya.

—Usted —digo, señalándolo, mi voz baja y venenosa—. ¿Cree que puede simplemente entrar aquí, tirar algo de dinero y tomar lo que quiera? Piénselo de nuevo. No estoy en venta.

Para mi sorpresa, sus labios se curvan en la más leve sonrisa burlona.

—Admiro su espíritu, señorita Belmont. Pero esto no se trata de lo que usted quiere. Se trata de lo que su familia necesita.

—Bueno, mi familia ya no decide por mí —espeto—. Estoy harta de dejar que controlen mi vida.

Sin esperar una respuesta, giro sobre mis talones y marcho hacia la puerta, mi pulso retumbando en mis oídos. Mi padre me llama, su voz desesperada, pero no me detengo. Me estoy asfixiando en esta habitación, en esta vida, y necesito salir antes de que me mate.

Puede que no sepa qué viene después, pero una cosa es cierta: no dejaré que me usen como moneda de cambio. Ni por la empresa. Ni por su supervivencia. Y ciertamente no por el señor Romanov.

Que se enfrenten a las consecuencias de sus elecciones. Yo trazaré mi propio camino, aunque signifique alejarme de todo lo que he conocido.

3

ARTEM

Me apoyo contra una fría columna de mármol, observando a Mila Belmont atravesar el salón de baile como una tormenta que se avecina en el horizonte. Las arañas de cristal proyectan destellos dorados en su cabello castaño rojizo, y aun desde aquí, puedo ver el fuego en sus ojos mientras se enfrenta a su hermano por las noticias, con su hermana menor revoloteando cerca. Es magnífica en su furia, incluso cuando yo soy el objeto de dicha furia.

Mis dedos se tensan imperceptiblemente alrededor de mi copa de champán mientras considero la posición en la que me encuentro. Cuando Charles Belmont se me acercó para salvar su empresa en quiebra a través de un acuerdo matrimonial con su hija, esperaba una princesa recatada de la alta sociedad que bajara la cabeza mansamente y aceptara un matrimonio sobre el papel.

En cambio, me encuentro cautivado por esta fuerza de la naturaleza que acaba de pasar los últimos minutos desafiando el patriarcado de su familia de maneras que la harían matar en mi mundo. Su voz alzada en cólera aún resuena en mis oídos, el recuerdo de su mirada furiosa y sus mejillas enrojecidas grabado en mí de manera indeleble.

—¿Señor? —Viktor se materializa a mi lado, con voz baja—. Los documentos están listos para que los revise.

Lo despido con un gesto sin apartar la mirada de Mila. Ahora está gesticulando animadamente, su vestido esmeralda se mueve con cada movimiento para revelar atisbos tentadores de una pierna tonificada. La visión despierta algo primario en mí, un hambre que no he sentido en años.

—Su futura esposa parece... enérgica —observa Viktor cuidadosamente, su tono tan neutral que transmite una multitud de significados—. Por decir lo menos.

—No tiene idea de dónde se está metiendo —murmuro, con una sonrisa de satisfacción tirando de mis labios—. Pero ciertamente lo está haciendo interesante para mí. Eso no es algo que esperaba cuando hablé por primera vez con su padre.

A través de la multitud, capto fragmentos de su acalorada conversación con sus hermanos. Su hermana menor, Chloe, parece estar a punto de llorar, su expresión confusa y angustiada, mientras su hermano Henry intenta controlar los daños tratando de mantener todo unido, sus movimientos visiblemente tambaleantes mientras bebe otro trago de whisky.

La desesperación de la familia es palpable; saben que todo su imperio pende de un hilo que se deshilacha rápidamente. Una firma mía podría salvarlos a todos. O destruirlos por completo.

—¡No me quedaré callada sobre esto! —la voz de Mila se eleva por encima del ruido de la sala, atrayendo miradas de desaprobación de los invitados cercanos—. ¡No pueden simplemente intercambiarme como una pieza de negociación medieval! ¡Soy una adulta con mi propio negocio, no una princesa en una torre esperando ser rescatada!

Mi sonrisa se ensancha ante sus palabras. Si tan solo supiera la verdad sobre el hombre al que está siendo "intercambiada". El temido Voron, ocultándose a plena vista como un empresario legítimo. La ironía sería casi divertida, si no fuera tan peligroso que ella lo supiera.

He visto suficiente de esta pequeña obra familiar. Apartándome de la columna, me muevo entre la multitud con facilidad practicada, mis pasos cubriendo la distancia en grandes zancadas. Las cabezas se giran a mi paso, siempre lo hacen. El poder reconoce al poder, incluso si estos socialités no saben exactamente qué tipo de poder ejerzo. Como una manada de gacelas cuando un león está cerca, sienten una amenaza, incluso si no la ven a tiempo para evitar el golpe mortal.

—¿Sabes? —digo arrastrando las palabras mientras me acerco a los hermanos—. Hacer una rabieta no cambiará la situación, Mila. Solo te hace parecer adorable. —Levanto una ceja hacia ella—. Aunque quizás ese era el plan desde el principio.

Ella se gira para enfrentarme, la sorpresa destellando en esos ojos extraordinarios antes de que la irritación ocupe su lugar, arrugando su nariz y juntando sus cejas. De cerca, es aún más impresionante: toda piel cremosa y rasgos delicados, con una inclinación testaruda de su barbilla que me hace querer agarrarla y...

Reprimo ese pensamiento. Apenas.

—¿Adorable? —repite, cruzando los brazos. El movimiento llama la atención sobre su impresionante escote, pero mantengo mi mirada fija en su rostro con cierta dificultad—. Creo que me está confundiendo con alguien más, señor Romanov.

La forma en que dice mi nombre, como si fuera algo desagradable y sucio en su bonita lengua rosada, me provoca un escalofrío. La mayoría de las mujeres coquetean y adulan, esperando llamar la atención del misterioso multimillonario ruso.

Pero Mila no.

No, ella me mira como si prefiriera golpearme antes que casarse conmigo, un desafío que acelera mi sangre casi tanto como su innegable belleza.

—Mila, cuida tu lengua —advierte Henry, pero lo silencio con una mirada. Esto es entre su hermana y yo ahora.

—Está bien —digo suavemente, acercándome más a mi reacia novia—. Tu hermana y yo deberíamos conocernos mejor, ¿no crees?

El pulso de Mila salta visiblemente en su garganta cuando invado su espacio personal. El sutil aroma de su perfume, algo floral y caro, provoca mis sentidos. Tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, y la posición hace cosas interesantes en mi imaginación.

—No hay nada de qué conocerse —dice firmemente, aunque percibo un ligero temblor en su voz y el calor que tiñe sus mejillas ante mi cercanía—. No he aceptado nada, y esto no avanza sin mi consentimiento.

Me inclino más cerca, bajando la voz a un susurro conspiratorio.

—Bueno, te guste o no, tenemos un trato que discutir. Podrías aprovechar al máximo la situación.

Un escalofrío la recorre ante mi proximidad, y noto que sus pupilas se dilatan ligeramente. Así que no es tan inmune a mí como pretende. Interesante.

—No hago tratos con extraños —responde, pero ahora hay menos mordacidad en su tono.

—Entonces remediemos eso —capturo su mano antes de que pueda protestar, llevándola a mis labios. Su piel es suave, cálida, y dejo que mi beso se demore más de lo estrictamente necesario —. Artem Romanov, a su servicio. Ya no soy un extraño ahora.

Un rubor se extiende por su cuello, tiñendo sus mejillas de un encantador rosa.

—Es usted muy seguro de sí mismo, ¿verdad?

—Siempre obtengo lo que quiero, *krasotka* —el apelativo cariñoso se me escapa sin querer, y sus ojos se entrecierran ante la palabra familiar—. Y ahora mismo, lo que quiero es un baile.

—Yo no... —empieza a protestar, pero ya la estoy llevando hacia la pista de baile, mi mano firme en la parte baja de su espalda, el calor de su cuerpo filtrándose en mis dedos.

La orquesta comienza un vals, y la atraigo hacia mis brazos. Tiene la altura perfecta, encajando contra mí como si hubiera sido hecha para ello. El pensamiento es... inquietante de una manera que no esperaba.

—Es usted muy presuntuoso —murmura mientras empezamos a movernos.

—Y usted es muy resistente a lo inevitable —la guío a través de un giro, disfrutando la manera en que su cuerpo sigue mi guía a pesar de sus protestas—. La empresa de su familia está ahogada en deudas y su familia está al borde de la ruina por ello. Le estoy ofreciendo un salvavidas que no puede permitirse rechazar.

—A costa de mi libertad —replica—. A costa de todo lo que he logrado por mí misma. Sé que ha escuchado muchas tonterías de mis padres sobre lo que hago, pero en realidad soy bastante exitosa por mi cuenta.

Mi mano se tensa en su cintura.

—Estoy seguro de que es toda una emprendedora, salvaje y libre, pero la libertad está sobrevalorada. La seguridad, la estabilidad, el poder... eso es lo que importa al final.

—¿Es eso lo que se dice a sí mismo por las noches para poder dormir? —Sus ojos relampaguean hacia los míos, desafiantes—. ¿Que las mujeres quieren ser controladas, domadas y cuidadas? ¿Que los barrotes de una jaula son mejores que las alas para volar libre?

Una risa retumba en mi pecho, sorprendiéndonos a ambos.

—No tiene idea de en qué tipo de jaula ya está, Mila. Su vida no le pertenece tanto como cree. Al menos mi oferta viene con barrotes dorados, con comodidad y seguridad, protección y la promesa de un futuro. No hay libertad en esta vida. Solo una cárcel que se siente como un resort y la eventual promesa de la verdadera libertad a través de la muerte.

Ahora estamos llamando la atención, otras parejas nos dan un amplio margen en la pista de baile. Mi reputación tiende a tener ese efecto en los demás. Pero Mila parece ajena a las miradas, demasiado absorta en nuestro duelo verbal, sus afilados ojos azules enfocados únicamente en mí.

—¿Y exactamente cuál es su oferta, señor Romanov? —Enfatiza mi nombre de nuevo, como un arma en su lengua mordaz—. ¿Qué tiene para ofrecerme que no tenga ya como mujer soltera con

una vida propia y su propio negocio?

La hago girar hacia fuera y la atraigo bruscamente de vuelta, presionándola más cerca de lo estrictamente necesario hasta que sus suaves curvas se amoldan a las mías. Su respiración se entrecorta cuando nuestros cuerpos se alinean, y siento un destello de triunfo al saber que está excitada por mi presencia.

—Matrimonio —digo simplemente—. Un año, tal vez dos. Usted interpreta el papel de esposa devota, yo obtengo mi ciudadanía, y su familia conserva su imperio. Todos ganan.

—Excepto yo.

—Al contrario —dejo que mi mirada se deslice deliberadamente por su cuerpo, disfrutando la manera en que se estremece—. Creo que descubrirá que ser mi esposa tiene muchos beneficios que pueden convenirle más de lo que se da cuenta.

La música crece, y la inclino hacia atrás, sosteniendo su peso fácilmente con un brazo. Su cabello cae en cascada, exponiendo la elegante línea de su garganta, donde su pulso late inestablemente. La confianza implícita en el movimiento —que no la dejaré caer— no pasa desapercibida para ninguno de los dos. Hace que una oleada de excitación me recorra.

Cuando la levanto, está respirando más agitadamente, su pecho subiendo y bajando rápidamente contra el mío, su escote desbordándose de su vestido.

—Es usted peligroso —susurra, más para sí misma que para mí—. Absolutamente demasiado salvaje para un hombre que actúa tan calmado.

Sonrío, sabiendo que no llega a mis ojos.

—Más de lo que sabe, querida. Más de lo que podría llegar a saber jamás.

La canción termina, pero la mantengo cerca un momento más, memorizando la sensación de tenerla en mis brazos, el calor de su cuerpo y el olor de su piel. Pronto, será mía en todos los sentidos que importan. El pensamiento envía una oleada de posesividad a través de mí que despierta deseos que creía dormidos hace mucho tiempo.

—Piénselo, y hable con su familia —digo, finalmente soltándola—. Pero no lo piense demasiado. Algunas ofertas tienen fecha de caducidad, y hay muchas otras opciones sobre la mesa para mí. En el caso de usted y su familia, me temo que yo podría ser la única.

Me doy la vuelta y me alejo antes de que pueda responder, sintiendo sus ojos clavados en mi espalda. El juego está preparado, las piezas en movimiento. Y a pesar de sus protestas, sé que aceptará. No tiene elección; su familia se ha encargado de eso con todas las decisiones empresariales insensatas que han tomado.

Pero mientras le hago una señal a Viktor para que traiga los contratos, no puedo sacudirme la sensación de que estoy jugando con fuego. Mila Belmont no es una dócil novia de sociedad esperando que un hombre la salve. Es una guerrera en tacones de diseñador, y algo me dice que va a hacer que este arreglo sea mucho más complicado de lo que anticipé.

Lo espero con ansias.

4

MILA

La luz dorada del atardecer se filtra por los ventanales de la mansión de mi familia en Manhattan Beach, proyectando largas sombras sobre los suelos de mármol importado. Me detengo en el vestíbulo, deslizando mi mano por la antigua consola que ha estado allí desde mi infancia, con las marcas de agua y las manchas de vino cuidadosamente pulidas hasta formar una pátina.

Pronto, todo esto podría desaparecer: el arte, los muebles, los recuerdos. A menos que me case con un hombre que apenas conozco, que me mira como si fuera la cena, el postre y toda la comida a la vez. Un hombre que me intriga y me aterroriza por turnos.

El sonido de las risas infantiles llega desde la sala familiar, seguido de la suave reprimenda de Sarah, la esposa de Henry. Es probable que mi sobrino y mi sobrina estén trepando de nuevo por los inmaculados sofás blancos, felizmente ajenos a que todo su mundo se tambalea al borde del colapso.

Me pregunto qué les dirá Henry si no acepto casarme con Artem y salvar el negocio familiar. ¿Culpará a su tía Mila por su caída, o admitirá que su propia arrogancia masculina y sus necias decisiones empresariales los pusieron en el camino de la ruina? Tengo la sensación de que conozco la respuesta a esa pregunta.

Me aliso la blusa de seda y respiro hondo. Solo sobrevive a la cena, me digo a mí misma. Pero mis dedos tiemblan ligeramente al alcanzar el pomo de la puerta, la intensa mirada y la presencia imponente de Artem aún ardiendo en mi memoria desde la gala.

—¡Mila! —Chloe se levanta de un salto de su asiento en cuanto entro, su rostro resplandeciente de emoción. A los veintiún años, mi hermana pequeña aún irradia ese tipo de entusiasmo inocente que me hace doler el corazón—. ¡Cuéntamelo todo sobre él! ¿Cuánto tiempo lleváis realmente hablando en línea? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Fuerzo una sonrisa, sintiendo el peso de la elaborada mentira que nuestros padres han urdido en mi estómago. Quiero protegerla de este mundo oscuro tanto como la resiento por su posición al margen, mantenida al margen de todo esto.

—Ya sabes lo reservada que soy con mis citas, Chlo.

—¿Reservada? —se burla Henry desde su posición junto a la chimenea, con un vaso de whisky ya en la mano—. Más bien inexistente. Lo que hace que este romance relámpago sea aún más... interesante.

Le lanzo una mirada de advertencia mientras Sarah controla a sus hijos, Emma y James, alejándolos de su intento de escalar las estanterías. Su esposa me dedica una sonrisa distraída, completamente ajena a la tensión que crepita entre nosotros, los hermanos. Así que eso responde a mi pregunta sobre si la han mantenido al tanto de la situación de su familia.

—Todavía no puedo creer que te vayas a casar con Artem Romanov —suspira Chloe soñadoramente, dejándose caer en el sofá—. Es, literalmente, el soltero más codiciado de California, quizás de toda la costa oeste. ¿Viste cómo te miraba en la gala? ¡Tan intenso!

Mis mejillas se calientan al recordarlo. La forma en que sus ojos, de un marrón increíblemente oscuro, me recorrieron mientras bailábamos, su gran mano abarcando mi cintura posesivamente. El sutil acento que hacía que cada palabra sonara como una amenaza y una promesa a la vez. Los términos cariñosos que salían de sus labios y la forma en que me apretó contra su cuerpo sin preocuparse por el decoro.

—Pensaba que planeabas quedarte soltera para siempre y centrarte en tu carrera al menos hasta los treinta —interviene Sarah, que por fin ha conseguido que los niños se instalen con sus tablets —. ¿Qué ha cambiado?

—Todo —murmuro, más para mí misma que para ellas. Luego, en voz más alta—: A veces la vida te sorprende.

—Como un cuento de hadas —sonríe Chloe—. Conocer a tu príncipe azul en línea, enamorarte a través de mensajes y luego ese mágico primer encuentro en la gala...

Si ella supiera la verdad. La historia que nuestros padres inventaron, que nos conocimos en línea y que nuestro primer encuentro en la gala confirmó que queremos pasar nuestras vidas juntos, fue la única excusa que se les ocurrió para que esta inverosímil historia de "amor" fuera creíble. Mi "príncipe azul" es más bien un dragón, peligroso y fascinante a partes iguales. Y nuestro primer encuentro fue cualquier cosa menos mágico, a menos que cuentes las chispas de mutuo antagonismo.

La puerta se abre y nuestros padres entran majestuosamente, mi madre resplandeciente en seda de diseñador, el cabello plateado de mi padre perfectamente peinado. La imagen del viejo dinero y el éxito. Pero ahora puedo ver las grietas en su fachada: el ligero temblor en las manos de mi madre, las nuevas arrugas alrededor de los ojos de mi padre, la palidez de sus rasgos y las miradas ansiosas que se lanzan el uno al otro.

—La cena está servida —anuncia mi madre, pero su sonrisa no llega del todo a sus ojos—. El primer plato saldrá en un momento.

—En realidad —digo, levantándome de mi asiento—, necesito hablar primero contigo y con papá. Henry también.

Chloe hace un puchero.

—¿Por qué no puedo...?

—Lleva a los niños al comedor, querida —la interrumpe mi madre con suavidad—. Estaremos allí en un momento.

Mientras Sarah acompaña a todos fuera, espero a que la puerta se cierre antes de volverme hacia mis padres.

—¿Cuál es el plan? Después de que anuncien mi matrimonio con un hombre al que conozco desde hace cinco minutos. ¿Cómo van a vender esta mentira obvia al público?

—Mila —suspira mi padre—, ya hemos hablado de esto. La historia ya está en marcha...

—No estoy hablando de vuestra conveniente ficción —replico—. Me refiero a qué pasa después. ¿Me presento simplemente en los eventos de su brazo como una esposa trofeo, sonriendo

tontamente para las cámaras?

Henry da un largo sorbo a su whisky.

—Eso es generalmente lo que hacen las esposas, sí.

Resisto el impulso de arrojarle algo. —¿Y la empresa? ¿Al menos tendré voz en su futuro, ya que literalmente me estoy vendiendo para salvarla?

—Artem se encargará de la parte comercial —dice mi padre con firmeza—. Junto con Henry, por supuesto.

Por supuesto. Porque a pesar de mi título en negocios y años suplicando participar, sigo siendo solo la hija artística del medio que debe saber cuál es su lugar. Solo sirvo para ser vendida, nunca para tener voz y voto.

—Se informará a los medios mañana —continúa mi madre, alisando arrugas invisibles de su vestido—. Tú y Artem tendrán que dejarse ver juntos: restaurantes, eventos, las típicas muestras de cortejo. La gente necesita creer en este romance.

Romance. Casi me río. No hay nada romántico en ser intercambiada como una yegua de premio para salvar la fortuna de mi familia. Incluso si mi futuro marido hace que mi pulso se acelere con una sola mirada.

—¿Y qué hay de Chloe? —pregunto en voz baja—. ¿Le han dicho que se quedará sin hogar si esto fracasa? ¿Que el edificio donde la alojáis será embargado junto con todo lo demás?

Mi madre palidece. —Eso no sucederá. No ahora que Artem...

—¿Nos salvará a todos? —termino con amargura—. Sí, al bajo, bajo precio de mi libertad.

—Estás siendo dramática —dice Henry—. Artem Romanov es rico, poderoso y, por lo que he oído, no ha tenido una relación seria en años. La mayoría de los hombres de su nivel de riqueza tienen un desfile de mujeres a donde quiera que vayan. Podrías estar en peor situación.

Pienso en la gracia depredadora de Artem, el poder apenas contenido en sus movimientos. La forma en que había dicho "Siempre consigo lo que quiero" como si no fuera solo una afirmación, sino una advertencia. —O —digo con una sonrisa forzada—, me podrían pasar cosas mucho, mucho peores. De alguna manera, no creo que sea el tipo de hombre al que le guste escuchar la palabra no.

—Suficiente —interrumpe mi padre—. Lo hecho, hecho está. Los contratos están firmados. En dos semanas, serás la señora Romanov, y el legado de nuestra familia estará asegurado. No hay nada de qué preocuparse, ni para ti ni para nadie más.

Cierro los ojos, recordando el calor del toque de Artem cuando besó mi mano. El brillo peligroso en su mirada cuando lo desafié. Mi cuerpo me traiciona con un escalofrío que no es enteramente de miedo.

—Bien —digo finalmente—. Interpretaré mi papel. Pero quiero algo a cambio.

Las cejas de mi padre se elevan. —¿Oh? —Estoy segura de que no esperaba esto, pero no soy el tipo de persona que da y da sin querer nada a cambio. Conozco mi valor en este trato.

—Cuando todo esto termine, cuando Artem tenga su ciudadanía y yo sea libre, quiero un puesto real en la empresa. No solo un título, sino poder real para tomar decisiones —digo, enderezando los hombros y mirando a mi padre a los ojos.

Henry hace un sonido ahogado, pero mi padre simplemente me estudia pensativo. —Ya veremos —dice finalmente—. Por ahora, concéntrate en ser la prometida perfecta. Todo lo demás puede esperar.

La prometida perfecta. De un hombre que me hace sentir como una presa cada vez que sus ojos se encuentran con los míos. Un hombre que enciende mi piel incluso cuando mis instintos gritan peligro.

Mientras nos dirigimos al comedor, me veo de reojo en el espejo del pasillo. Apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada: parece serena, decidida, lista para sacrificarlo todo por su familia.

Pero por dentro, mi corazón late con el mismo temor que anticipación. Porque por mucho que intente negarlo, hay una parte de mí que anhela la oscuridad que veo en los ojos de Artem. Una parte que se pregunta cómo sería ser reclamada por un hombre como él, ser consumida por esa intensidad.

Que Dios me ayude, pienso mientras nos unimos a los demás en la mesa del comedor, porque podría estar en más peligro por mí misma que por él.

5

ARTEM

El océano se extiende infinitamente más allá de los ventanales de The Strand House, el sol poniente tiñe las olas en tonos dorados y carmesí. Pero mi atención se centra en la mujer sentada frente a mí, la luz mortecina prende fuego a su cabello castaño rojizo, una mirada dura en sus ojos azul hielo que partiría en dos a un hombre menos fuerte.

Mila Belmont es un estudio de contradicciones. El delicado corte de su vestido de seda verde esmeralda sugiere vulnerabilidad, pero el acero en su columna mientras sostiene mi mirada habla de todo menos de eso. Mi equipo de seguridad está discretamente apostado alrededor del restaurante —Viktor en el bar, dos más junto a las salidas—, sin embargo, ella es la única amenaza potencial de la que no puedo apartar los ojos.

Tengo la sensación de que mi hermosa futura esposa ni siquiera necesitaría que la sobornaran con dinero para revelar mi ubicación a un asesino. Incluso podría pasar por encima de mi cuerpo moribundo de camino al baño.

Eso solo hace que la idea de reclamarla sea aún más tentadora.

—La carta de vinos aquí es excelente —digo, levantando mi copa—. Aunque tal vez no esté a la altura de tus estándares habituales. Noto que no has tocado tu pinot.

Sus labios se curvan ligeramente, aunque la sonrisa no llega a sus ojos.

—¿Buscando información sobre mis gustos, señor Romanov? Pensé que esto era un acuerdo de negocios, no una cita. Un matrimonio falso entre dos personas falsas.

—Me llamarás Artem —digo, disfrutando la forma en que se eriza ante la familiaridad—. Y el conocimiento es poder, *devotchka*. Me gusta saber lo que obtengo cuando hago mis inversiones.

—¿Eso es lo que soy? ¿Una inversión? —Toma un sorbo deliberado de su vino, dejando una perfecta huella roja en la copa—. Qué tranquilizador para una mujer como yo. Me encanta que me traten como un objeto.

Me reclino, estudiándola. La mayoría de las mujeres estarían cayéndose de espaldas por asegurar un matrimonio con uno de los solteros más ricos de California. Pero Mila... me mira como si fuera algo peligroso, incluso repulsivo. No se equivoca en absoluto, lo que explica por qué me atrae.

—Dime entonces —digo, cambiando de táctica—. ¿Por qué tu familia te eligió a ti para este sacrificio en particular? Seguramente tu hermana...

—Chloe está fuera de los límites —interrumpe Mila, con voz afilada. Protectora. Interesante—. Apenas tiene veintiún años, todavía está en la universidad. Y vive en uno de los edificios de nuestra empresa, que perderá si...

Se interrumpe, ese destello de vulnerabilidad cruzando su rostro nuevamente.

—¿Si yo no intervengo para salvar el imperio en ruinas de tu familia?

Sus ojos destellan con ira.

—No tienes por qué sonar tan presumido al respecto.

—Al contrario. —Hago una señal al camarero para que traiga más vino—. Encuentro refrescante tu honestidad. La mayoría de las personas en tu posición estarían tratando de convencerme de que esto es por amor, no por dinero.

—¿Preferirías que mintiera? —Arquea una ceja—. ¿Que fingiera que he estado secretamente suspirando por el misterioso Artem Romanov? ¿Que sueño con ser tu esposa trofeo, que haces que mi pulso se acelere y mi pecho se agite de anhelo?

Me río de lo bien que se le da inventar historias tan vívidas.

—No, prefiero mucho más esta versión de ti —digo—. La diseñadora gráfica de lengua afilada que está a punto de casarse con un hombre que desprecia para salvar a su familia. Eso es trágico y a la vez conmovedor.

—No te desprecio. —Las palabras salen más suaves que sus comentarios anteriores—. No te conozco lo suficiente para eso. Pero sé lo que es esto: una transacción comercial. Nada más.

—Y sin embargo... —Me inclino hacia adelante, bajando mi voz a un registro que hace que sus pupilas se dilaten ligeramente—. Tu pulso se acelera cada vez que me acerco demasiado. Tu respiración se entrecorta cuando nuestros ojos se encuentran. Dime, Mila, ¿eso también es solo negocio, o hay algo de verdad en tus comentarios sarcásticos?

Un rubor sube por su cuello, tiñendo sus mejillas de rosa.

—Estás muy seguro de ti mismo —murmura.

—Tengo razones para estarlo. —Extiendo la mano por encima de la mesa, capturando la suya antes de que pueda retirarla. Su piel es suave, cálida, su pulso acelerándose exactamente como predije bajo mi pulgar—. Puede que no tengamos elección sobre este matrimonio, pero podemos elegir cómo manejarlo.

—¿Y cómo sugieres que lo manejemos? —Su voz tiembla ligeramente, pero no retira su mano.

Trazo pequeños círculos en su palma, observando cómo su respiración se entrecorta.

—Con honestidad. Estás aquí porque tu familia necesita mi dinero e influencia. Yo estoy aquí porque necesito una ciudadanía que no pueda ser cuestionada. Simple.

—Nada de esto es simple. —Finalmente retira su mano, pero el calor persistente de su piel quema contra mis dedos—. Soy el chivo expiatorio de la familia, ¿sabes? La hija rebelde del medio que eligió el arte en lugar de los bienes raíces. Casi treinta, soltera, prescindible. Desechable. —Su risa es amarga—. Cuando mi padre sugirió este arreglo, nadie se molestó siquiera en preguntar si yo tenía planes propios para mi vida.

—¿Los tenías?

—Ese no es el punto. —Levanta la barbilla desafiante—. El punto es que estoy cansada de que me subestimen. Mi familia, y ahora tú.

La estudio por encima del borde de mi copa de vino, intrigado a pesar de mí mismo.

—¿Qué te hace pensar que te subestimo?

—Por favor —Pone los ojos en blanco—. Estás tratando esta cena como un juego. Poniéndome a prueba, buscando debilidades. Estoy segura de que tienes toda mi vida mapeada en algún archivo: las relaciones fallidas, la carrera freelance en apuros, todas las razones por las que soy el peón perfecto en cualquier plan que estés tramando.

Chica lista. No está del todo equivocada. Tengo un archivo sobre ella, pero nada en él me preparó para la realidad de Mila Belmont.

—Tú crees que también me tienes descifrado —contraataco con suavidad—. El empresario despiadado, el inversor extranjero con motivos sospechosos. Dime, ¿qué más supones sobre mí?

Entrecierra los ojos. —Supongo que eres peligroso. Supongo que este matrimonio tiene un propósito mayor que la simple ciudadanía. Y supongo que si supiera cuál es ese propósito, saldría corriendo y gritando en dirección opuesta.

No puedo evitar la sonrisa que curva mis labios. Si ella supiera cuánta razón tiene. El temido Voron, escondido a plena vista, a punto de casarse con esta fascinante criatura que ve demasiado y, sin embargo, no lo suficiente.

—Chica lista —murmuro—. Pero no estás huyendo, ¿verdad? ¿Por qué es eso?

—No —admite en voz baja—. No lo estoy. Porque a pesar de todo, este acuerdo resuelve los problemas de ambos. Tú obtienes tu ciudadanía, yo salvo a mi familia y mantengo a mi hermana fuera de las calles. Limpio, simple, como un negocio.

—¿Y si no quiero que sea limpio y simple? —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, más ásperas de lo que pretendía.

Sus ojos se abren ligeramente, y veo cómo su pulso se acelera en su garganta. —¿Qué quieres decir?

En lugar de responder, alcanzo la mesa de nuevo, esta vez para apartar un rizo castaño rebelde de su rostro. Ella se congela ante el contacto, pero no paso por alto cómo se inclina casi imperceptiblemente hacia mi toque.

—Quiero decir —digo suavemente, dejando que mis dedos recorran su mejilla—, que los acuerdos de negocios pueden tener... beneficios adicionales. Si ambas partes están dispuestas, claro está.

Su respiración se entrecorta. —Señor Romanov...

—Artem —la corrijo de nuevo, mi voz bajando a un gruñido que la hace estremecer—. Si vamos a estar casados, deberías acostumbrarte a usar mi nombre de pila. Entre otras cosas.

La insinuación flota pesadamente entre nosotros, cargada de posibilidades. Por un momento, creo que podría huir; todo su cuerpo está tenso, como un ciervo percibiendo a un depredador. Pero entonces algo cambia en sus ojos, una chispa de ese desafío al que rápidamente me estoy volviendo adicto.

—Estás jugando con fuego —advierte, pero hay un tono sin aliento en su voz que delata su atracción hacia mí.

Sonrío, sabiendo que muestra toda mi intención depredadora. —Tal vez me guste quemarme.

Nuestros ojos se encuentran a través de la mesa iluminada por las velas, y el aire entre nosotros chisporrotea con algo mucho más peligroso que la mera atracción. Esta mujer, con su lengua afilada y su corazón vulnerable, va a complicarlo todo. Y que Dios me ayude, pero creo que voy a disfrutar cada minuto de ello.

La verdadera pregunta es: cuando finalmente descubra quién soy realmente, ¿ese fuego en sus ojos se convertirá en miedo? ¿O arderá aún más intensamente?

Estoy deseando averiguarlo.

6

MILA

La brisa del océano se cuela por las ventanas abiertas de mi apartamento, trayendo consigo el aroma salado de Manhattan Beach y el olor del aire marino. En circunstancias normales, la vista del horizonte azul interminable y el suave sonido de las olas rompiendo en la orilla me calmarían. Hoy, solo me recuerda lo atrapada que me siento, a pesar de todo este espacio abierto frente a mí.

—El lugar ya está reservado —anuncia mi madre, extendiendo lo que parece ser la centésima revista de bodas sobre mi mesa de café—. Artem insistió mucho en The Peninsula.

Por supuesto que lo hizo. Solo el hotel más exclusivo de Beverly Hills sería suficiente para un hombre como Artem Romanov. Reprimo un escalofrío al recordar nuestra cena de anoche: el calor en sus ojos cuando tocó mi rostro, la forma en que su acento se volvió más áspero cuando sugirió que nuestro acuerdo podría tener "beneficios adicionales".

—¡Oh, mira estos centros de mesa! —chilla Chloe, devolviéndome al presente. Está desparramada en mi sofá seccional color crema, con revistas de novia esparcidas a su alrededor como hojas caídas—. Se verían increíbles con las lámparas de cristal del salón de baile.

Desde el televisor montado en la pared, la voz de un presentador de noticias interrumpe nuestra sesión de planificación de la boda: —...aún no hay noticias sobre el paradero del notorio jefe del crimen ruso conocido solo como Voron. Fuentes afirman que la repentina desaparición del líder de la Bratva ha creado un vacío de poder en el submundo criminal, causando violencia y confusión...

La mano de mi madre se dispara, arrebatando el control remoto para cambiar de canal. —Qué noticias tan desagradables —murmura—. Ahora, Mila, sobre la lista de invitados...

—Pensé que Artem se estaba encargando de todas las decisiones importantes —digo, sin poder evitar el tono cortante en mi voz—. Eso es lo que me dijiste.

Ella mira significativamente a Chloe, luego baja la voz. —Lo está haciendo. Pero necesitamos mantener las apariencias. Todo debe parecer... natural.

Natural. Claro. Porque no hay nada más natural que planear una boda con un hombre que apenas conozco, todo para salvar a nuestra familia de la ruina financiera.

—Al menos puedes elegir algunas cosas —suspira Chloe soñadoramente, ajena a nuestra tensión —. Las flores, los manteles, las velas... —Abraza una revista contra su pecho—. Dios, qué suerte tienes, Mila. Un romance relámpago por internet con un billonario guapísimo. Es como sacado de un cuento de hadas.

Si los cuentos de hadas incluyeran matrimonios arreglados y familias desesperadas vendiendo a sus hijas para salvar sus imperios comerciales, tal vez. Aunque, pensándolo bien, está más cerca de la realidad de una princesa que lo que nos cuentan las películas. No soy más que una mercancía en lo que respecta a mi familia.

—Todavía no puedo creer que lo mantuvieras en secreto durante tanto tiempo —continúa Chloe

—. Todos esos meses de mensajes, enamorándose a través de pantallas, creando una conexión emocional, y luego ese mágico primer encuentro en la gala... —Suspira de nuevo—. Espero encontrar mi propio billonario algún día.

—Deberías concentrarte en terminar la universidad —digo automáticamente, luego hago una mueca al recordar por qué necesita seguir estudiando y viviendo en el apartamento propiedad de la empresa, que podría ser embargado en cualquier momento—. Toda mujer necesita un título, sin importar con quién se case. Tus estudios deberían ser tu prioridad ahora mismo.

—Hablando de estudios —interviene mi madre con suavidad—, ¿cómo van tus clases de diseño arquitectónico, cariño?

Mientras Chloe se lanza a una descripción detallada de su último proyecto, hojeo distraídamente un catálogo de flores. ¿Rosas o lirios? ¿Peonías u orquídeas? Cada elección se siente insignificante, como reordenar las tumbonas del Titanic cuando está a punto de chocar contra un iceberg.

Mi madre se inclina cerca mientras Chloe está distraída. —Sé que esto no es ideal —susurra—, pero Artem parece... encantado contigo. Eso es bueno. Úsalo a tu favor.

La miro fijamente, sintiendo algo amargo subir por mi garganta. —¿Usarlo? ¿Como tú me estás usando para salvar a la familia?

—Mila...

Mi teléfono vibra, el nombre de Artem iluminando la pantalla. A pesar de todo, mi corazón da un vuelco.

¿Qué te parecen estas?

Debajo de su mensaje hay fotos de invitaciones de boda, clásicas tarjetas color crema con elegantes letras doradas. Son hermosas, de buen gusto, exactamente lo que yo habría elegido. Lo cual es... inquietante.

Me sorprende que no hayas elegido algo más ostentoso, le respondo antes de poder detenerme. *¿No hay diamantes incrustados en los sobres?*

Su respuesta es inmediata: *Guardo los diamantes para ocasiones más íntimas, cariño.*

El calor inunda mis mejillas al recordar la intensidad en sus ojos anoche, la promesa en su toque.

¿Eso es una amenaza o una promesa? Me encuentro escribiendo.

Ambas. Todo conmigo es ambas cosas.

—¿Mila? —La voz de Chloe me saca de mi ensimismamiento—. Estás sonrojada. ¿Es Artem enviándote mensajes?

—No —miento, justo cuando llega otro mensaje—. Es solo... trabajo.

No olvides aprobar los arreglos florales finales para esta noche, escribe Artem. *Aunque estoy seguro de que te verás hermosa incluso sin ellos.*

No está preguntando. Está ordenando. La presunción debería irritarme, pero en su lugar, siento

de nuevo ese peligroso calor, extendiéndose por mi pecho como un incendio.

¿Por qué te importan las flores? Lo desafío.

Me importa todo lo que toca a mi novia.

—¡Sí es él! —chilla Chloe, mirando por encima de mi hombro—. Oh, Dios mío, son tan lindos. ¡No puedo creer que hayas encontrado el amor verdadero en internet!

Mi madre me observa con ojos conocedores. —Sí, internet puede unir a las personas de maneras... inesperadas.

Otro texto: *A menos que estés nerviosa por caminar hacia el altar en mi dirección.*

Mis dedos se ciernen sobre las teclas. Debería estar nerviosa. Todo en Artem Romanov grita peligro, desde su trasfondo demasiado perfecto hasta la forma en que su equipo de seguridad vigila cada uno de nuestros movimientos. Apenas anoche, yo misma le había dicho que sospechaba que era peligroso.

Pero hay algo más ahí también, algo que hace que mi pulso se acelere y mi piel hormiguee. Algo que me hace querer jugar con fuego, aun sabiendo que me quemaré.

Rosas blancas, tecleo en respuesta. *Y nunca me pongo nerviosa.*

Chica valiente, llega su respuesta. *Ya veremos qué tan firmes están tus manos cuando te ponga ese anillo en el dedo.*

—Mira esa sonrisa —se burla Chloe—. Estás totalmente prendada.

Si ella supiera. Esto no es amor. Es un peligroso juego del gato y el ratón, donde no estoy completamente segura de qué papel estoy interpretando. Y lo que está en juego es imposiblemente alto. Esto podría terminar en un desastre total.

Dejo mi teléfono a un lado, tratando de concentrarme en los detalles de la boda esparcidos frente a mí. Pero mi mente sigue divagando hacia Artem: hacia el calor de su mano sobre mi piel, la forma en que su acento se espesa cuando está divertido o excitado. Hacia los misterios que lo rodean, atrayéndome incluso cuando mis instintos gritan que huya.

En la televisión, han cambiado a noticias de entretenimiento, pero alcanzo a ver el titular de la noticia anterior desplazándose por la parte inferior: "Voron desaparece: La desaparición del señor del crimen ruso plantea interrogantes".

Un escalofrío recorre mi espalda, aunque no estoy segura de por qué. Cualquiera que sea el juego que Artem y yo estamos jugando, cualesquiera que sean los secretos que se ocultan bajo su fachada perfecta, ya estoy demasiado involucrada para echarme atrás ahora.

Solo espero recordar cómo nadar cuando finalmente toque fondo.

—¡Mila, vuelve a la tierra! —Chloe agita una revista frente a mi cara—. ¡Concéntrate! Necesitamos elegir los colores de tu boda antes de poder hacer cualquier otra cosa.

Fuerzo una sonrisa, alejando mi inquietud. —Cierto. Lo siento. ¿En qué estabas pensando?

Mientras mi hermana parlotea sobre esquemas de colores y mi madre toma notas en su agenda,

siento que mi teléfono vibra de nuevo. No necesito mirar para saber que es él.

Sea lo que sea que Artem Romanov esté ocultando, sea lo que sea que realmente quiera de mí, lo descubriré pronto. La pregunta es: ¿sobreviviré a la revelación?

Por el bien de mi familia, tengo que esperar que sí.

7

ARTEM

La Península está llena de algunos de los invitados más acomodados y famosos posibles para celebrar nuestra fiesta de compromiso, pero mi atención está fija en Mila mientras trabaja la sala. Está deslumbrante con un vestido de seda color champán que atrapa la luz con cada movimiento, su cabello castaño rojizo recogido en un elegante moño que expone la grácil línea de su cuello. El collar de diamantes que le regalé esta noche brilla en su garganta, un collar de hielo y fuego que la marca como mía.

Recuerdo su expresión cuando se lo presenté hace apenas unas horas, cómo sus dedos temblaron al tocar las piedras. —No puedo aceptar esto —había susurrado, pero yo ya estaba abrochándoselo alrededor del cuello, mis dedos demorándose en su punto de pulso—. Es demasiado ostentoso.

—Puedes —le había dicho—, y lo harás. Mi futura esposa no usa bisutería.

Ahora, viéndola encantar a otro grupo de socialités, puedo ver que no ha dejado de tocarlo, como si fuera tanto un consuelo como una carga. Muy parecido a nuestro compromiso en sí.

—Interpreta bien su papel —murmura Viktor a mi espalda, siguiendo mi mirada—. Como si hubiera nacido para ello.

En efecto, lo hace. Viéndola reír ante el chiste de alguna matrona de la sociedad, nunca adivinarías que este matrimonio fue arreglado para salvar a su familia de la ruina. Su sonrisa es radiante, su lenguaje corporal abierto y atractivo. Solo yo parezco notar la ligera tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos siguen desviándose hacia ese collar de diamantes como si fuera a la vez reconfortante y restrictivo.

—Demasiado bien —respondo en voz baja, dando un sorbo medido de whisky—. Me hace preguntarme qué más es capaz de ocultar.

Una explosión de risa genuina llama mi atención de vuelta a Mila. Está con su hermana ahora, sus cabezas inclinadas cerca mientras comparten alguna broma privada. La joven Chloe prácticamente vibra de emoción, sin duda aún creyendo la versión de cuento de hadas de nuestro romance que sus padres le han contado. La visión despierta algo inesperado en mi pecho: un anhelo por esa intimidad fácil, esa alegría sin reservas con alguien que realmente te conoce.

Observo cómo Mila alisa el cabello de su hermana hacia atrás, un gesto tan tierno que hace que mi pecho duela. Esto es lo que estoy protegiendo al casarme con ella: no solo la fortuna de los Belmont, sino estos pequeños momentos de afecto fraternal. Si su empresa cae, Chloe lo pierde todo, incluido su hogar. El peso de esa responsabilidad recae pesadamente sobre los hombros de Mila, aunque lo oculta bien, al menos hasta que cree que nadie la está mirando. Y yo siempre estoy mirando.

—Señor —la voz de Viktor baja aún más, urgente—. Necesitamos discutir la situación en Moscú.

Asiento ligeramente y lo sigo a un nicho apartado, donde el ruido ambiental de la fiesta enmascarará nuestra conversación. El peso familiar de mi funda de hombro presiona contra mis

costillas, un recordatorio constante del peligro que acecha cada uno de mis movimientos. Incluso aquí, rodeado de la élite de California, nunca estoy verdaderamente a salvo.

—Nuestras fuentes confirman que Kazakov se está acercando —informa Viktor, su rostro cuidadosamente neutral—. Está convencido de que Voron huyó a América después del intento de golpe. Sus hombres han sido avistados en las principales ciudades de ambas costas, en todos los puertos importantes y en cualquier lugar donde usted tenga propiedades.

—Deja que busque —digo, escaneando la multitud por costumbre. Mi equipo de seguridad está estratégicamente ubicado por todo el salón de baile, casi invisible en sus trajes de diseñador—. Nunca sospechará que el temido líder de la Bratva se esconde a plena vista como un empresario legítimo a punto de casarse con dinero antiguo. Mi cara está en todas las revistas del corazón del sur de California; en lo que a él respecta, soy el futuro esposo de Mila Belmont, nada más que eso.

Viktor se mueve incómodo. —Hay más. El FBI también está investigando la desaparición de Voron. Están cooperando con las autoridades rusas, compartiendo inteligencia. El agente Roberts ha estado haciendo preguntas sobre nuevos inversores rusos en California.

—Es exactamente por eso que este matrimonio es crucial. —Observo cómo Mila acepta otra copa de champán, su sonrisa practicada nunca vacilante. Está hablando con un juez local ahora, sin duda otro de los contactos de su padre—. La ciudadanía estadounidense a través del matrimonio es casi imposible de impugnar, especialmente con todas las fotos que tomaremos y la aprobación de su familia. Una vez que sea oficial, seré intocable, capaz de establecer operaciones aquí hasta que la amenaza sea eliminada.

—¿Y la chica? —pregunta Viktor cuidadosamente—. ¿Qué le sucede cuando Kazakov eventualmente descubra la verdad? No es conocido por su misericordia, especialmente en lo que respecta a Voron.

La pregunta golpea más fuerte de lo que debería. He pasado años construyendo mi imperio, convirtiéndome en la sombra que otras sombras temen. El sentimiento no tiene lugar en mi mundo. Y sin embargo...

—Estará protegida —digo firmemente—. Nadie toca lo que es mío. Me aseguraré de ello.

—¿Incluso si huye cuando descubra quién eres realmente? ¿Lo que has hecho?

Mis dedos se tensan alrededor de mi vaso mientras los recuerdos afloran: el sonido de los disparos, el olor a sangre, el peso del poder comprado con violencia. —No huirá.

—Suenas muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy. —Pienso en el fuego en los ojos de Mila cuando me desafía, en la forma en que tiembla bajo mi toque incluso mientras intenta mantener su distancia. En cómo se derritió contra mí durante nuestro baile en la gala, a pesar de sus protestas, su cuerpo conformándose al mío como si supiera que era donde pertenecía—. Hay algo en ella que anhela el peligro. Simplemente aún no lo sabe.

Como si sintiera nuestra atención, Mila mira en nuestra dirección. Nuestros ojos se encuentran a través de la sala abarrotada y, por un momento, su máscara cuidadosamente construida se

desliza. Veo la vulnerabilidad bajo su confianza, el miedo luchando contra la atracción. Luego alguien reclama su atención y el momento pasa, pero la imagen de su expresión desprevenida perdura.

—El anuncio del compromiso está en todas partes —continúa Viktor, mostrando artículos de noticias en su teléfono—. Tu rostro junto al de ella en todas las páginas de sociedad y tabloides del sur de California. El misterioso multimillonario ruso y la princesa inmobiliaria de California. Está atrayendo atención.

Sonrío con ironía.

—La tapadera perfecta. ¿Quién sospecharía que Voron sería lo suficientemente tonto como para ponerse en el centro de atención? ¿Para posar para fotógrafos y asistir a galas benéficas?

—Es arriesgado —advierte Viktor, bajando aún más la voz—. Si Kazakov hace la conexión...

—No lo hará —lo interrumpo, apurando mi whisky—. El hombre me conoció durante años en Moscú y nunca sospechó que yo era Voron. No va a reconocerme por unas fotos en las páginas de sociedad.

Un alboroto cerca del bar llama nuestra atención. Algún socialité borracho —el heredero de una fortuna tecnológica, si mal no recuerdo— ha agarrado el brazo de Mila, acercándola para susurrarle algo que la hace ponerse rígida. Antes de que pueda moverme, ella se libera con gracia practicada, pero no me pierdo el destello de incomodidad que cruza su rostro.

—Discúlpame —murmuro a Viktor, ya moviéndome entre la multitud. El depredador en mí despierta, ansioso por recordar a todos aquí exactamente con quién están tratando.

Llego a Mila justo cuando está tratando de alejarse de otro invitado demasiado entusiasta. Mi mano se posa posesivamente en la parte baja de su espalda, y siento el ligero temblor que la recorre ante mi contacto. La piel desnuda expuesta por su vestido sin espalda está cálida bajo mi palma, suave de una manera que me hace querer explorar cada centímetro de ella.

—¿Todo bien, cariño? —mantengo mi voz ligera, pero hay un filo en ella que hace que el otro hombre retroceda. Puede que no sepa exactamente lo que soy, pero algo primitivo en él reconoce la amenaza.

—Bien —dice Mila, apoyándose ligeramente en mí. No estoy seguro si busca protección o está interpretando su papel—. El señor Harrison ya se iba. Dijo que tenía que atender algunos asuntos.

El hombre se retira y Mila deja escapar un suspiro tembloroso.

—No tienes que estar encima de mí. Puedo manejar borrachos manosos. No es mi primera fiesta de sociedad.

—Sé que puedes —la giro para que me mire, usando el movimiento para acercarla más. El aroma de su perfume —algo floral y sutil— se mezcla con su calidez natural, inundándome de excitación—. Pero no tienes que hacerlo. Para eso están los maridos, ¿no?

—Aún no estamos casados —me recuerda, pero hay una cualidad sin aliento en su voz que la delata. Sus pupilas están dilatadas, sus mejillas sonrojadas —no solo por el champán—. No eres

mi marido.

—Detalles —paso mi pulgar por su labio inferior, disfrutando cómo su pulso se acelera—. Pero soy un hombre muy celoso. Deberías saberlo. Cualquiera que te moleste pagará el precio por sus acciones.

Ella niega con la cabeza, casi poniendo los ojos en blanco.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pelear con ellos? No tiene sentido enfrentarse a alguien solo para rebajarse a su nivel y lanzar puñetazos. Esperaría algo mejor de alguien tan adinerado.

Oculto la sonrisa burlona que amenaza con revelar cuán equivocada está.

—No, eso sería poco elegante de mi parte, ¿verdad? No lanzaría puñetazos, como dices, pero me aseguraría de que nunca volvieran a molestarte.

Ella frunce el ceño, pero no le doy tiempo para responder.

—Baila conmigo —digo, acercándola más.

No es una petición. Mila lo sabe, pero aun así levanta el mentón desafiante.

—¿Y si digo que no?

—No lo harás.

La guío a la pista de baile, atrayéndola contra mí mientras la orquesta comienza un vals. Encaja perfectamente en mis brazos, como si estuviera hecha para estar ahí. Creo que ella también lo sabe, aunque hay un desafío en sus ojos que sugiere que me resistirá hasta su último aliento.

—Me has estado evitando toda la noche —susurro en su oído, disfrutando la forma en que se estremece ante mi proximidad—. Apenas he visto un solo atisbo de mi futura esposa en nuestra propia fiesta de compromiso.

—He estado interpretando mi papel mezclándome entre los invitados y 'hablando emocionada' sobre mi futuro esposo —corrige, aunque sus dedos se curvan en mi hombro—. ¿No es eso lo que querías? ¿La pareja perfecta de la alta sociedad?

—Lo que quiero —digo, dejando que mi mano se deslice más abajo en su espalda, lo suficientemente bajo como para que ella se tense sutilmente—, es que dejes de fingir *conmigo*. Guarda la actuación para ellos. Quiero tu yo honesto.

Ella se estremece de nuevo, sus dedos apretándose en mi hombro.

—¿No está toda nuestra relación construida sobre el fingimiento? Todo es falso.

La pregunta es un recordatorio del pretexto del que ella aún no es consciente. Si supiera quién soy realmente, de lo que soy capaz... Los cuerpos que he dejado a mi paso, el imperio construido sobre sangre y miedo. Pero en lugar de alejarme, la acerco más, amando el calor de su cuerpo incluso mientras ella intenta resistir la atracción que nos une.

—No todo entre nosotros es fingimiento —digo con voz ronca—. Y lo sabes.

Mila me mira entonces, sus ojos llenos de una confusión de emociones que entiendo demasiado

bien. Porque a pesar de todo —las mentiras, el peligro, la imposibilidad de todo esto— hay una atracción real creciendo entre nosotros. Algo que es tan peligroso como emocionante.

Mientras giramos por la pista de baile, capto la mirada de advertencia de Viktor desde el otro lado de la sala. Tiene razón —estoy jugando un juego peligroso. Mila Belmont se supone que es un medio para un fin, nada más. Una tapadera conveniente para que Voron se esconda a plena vista.

Pero viéndola ahora, observando cómo lucha contra su atracción por mí incluso mientras se derrite bajo mi contacto, me doy cuenta de que podría haber calculado mal. Porque por primera vez en años, me encuentro deseando algo más que poder y venganza.

La deseo a ella. No solo su cuerpo o su nombre, sino toda ella. El fuego en sus ojos cuando me desafía, la suavidad en su sonrisa cuando cree que no estoy mirando. La forma en que protege a su familia incluso a costa de su propia felicidad. Su fuerza, su vulnerabilidad, su espíritu innegable.

La música nos guía a un ritmo más lento, nuestros cuerpos moviéndose de lado a lado. El balanceo es como una nana, diciéndome que todo estará bien si solo mantengo a esta preciosa mujer cerca de mí. Siento un instinto como ningún otro que haya sentido antes.

Posesivo, pero también protector. Mataría por Mila, eso lo sé con certeza. Y la deseo más que todo el poder y el dinero que el mundo pueda ofrecer.

Y ese deseo podría matarnos a ambos.

La pregunta es: ¿estoy dispuesto a arriesgarlo todo —mi imperio, mi venganza, mi propia vida— por una mujer que podría salir corriendo y gritando cuando descubra la verdad?

Mientras la cabeza de Mila se apoya vacilante contra mi pecho, su calor filtrándose a través de mi traje, me aterroriza darme cuenta de que ya conozco la respuesta.

Sí. Que Dios me ayude, pero sí.

8

MILA

Mis manos tiemblan mientras miro mi reflejo en el espejo de la suite nupcial del Peninsula. El vestido de novia que eligió mi madre es una obra maestra de seda y encaje, flotando a mi alrededor como una nube de sueños de marfil, más hermoso de lo que podría haber imaginado. Pero lo único en lo que puedo concentrarme es en mi pulso acelerado, visible en el hueco de mi garganta.

—¡Diez minutos! —grita mi madre a través de la puerta, su voz aguda por la energía nerviosa—. Estate lista, Mila.

Cierro los ojos, tratando de calmar mi respiración. Esto es solo un negocio, me recuerdo a mí misma. Un contrato firmado en seda blanca en lugar de papel. Nada más.

Entonces, ¿por qué mi estómago se agita cada vez que pienso en Artem esperando en el altar?

Un alboroto afuera interrumpe mis pensamientos: voces alzadas, el sonido agudo de tacones sobre mármol. Luego mi madre de nuevo, esta vez con un toque de pánico:

—¿Cómo que las flores están mal?

Mis ojos se abren de golpe. A través de la puerta, escucho la explicación apresurada de la planificadora de bodas: algo sobre el tono equivocado de rosas, un error de entrega que amenaza con retrasar toda la ceremonia. Es algo pequeño, en realidad, pero después de semanas de cuidadosa orquestación para hacer que este matrimonio arreglado parezca natural, cualquier desviación se siente catastrófica.

—No me importa lo que tengas que hacer —sisea mi madre—. ¡Arréglalo!

—Quizás pueda ayudar.

La voz de Artem, profunda y firme, corta el caos como una cuchilla. Mi corazón se salta un latido al escucharlo, incluso a través de la pesada madera que nos separa. Hay un momento de silencio conmocionado —se supone que el novio no debe estar cerca de la novia antes de la ceremonia— y luego el rápido clic de tacones alejándose mientras mi madre y la planificadora se dispersan.

—Mila —su voz está más cerca ahora, justo al otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

Presiono mi palma contra la madera lisa, imaginando que puedo sentir su calor a través de ella.

—¿No deberías estar en el altar? Es de mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Una risa grave.

—Creo que ya hemos superado las supersticiones, ¿no crees? Además, no te estoy mirando. Solo... comprobando.

—¿Comprobando qué?

—Que no te hayas escapado por la ventana.

A pesar de todo, una risa burbujea en mi garganta.

—Estamos en el tercer piso.

—Eres ingeniosa. No me sorprendería de ti.

La charla fácil calma algo en mí, apacigua el tumulto de mariposas en mi estómago. Por esto accedí a esta locura, no solo por mi familia, sino porque algo en la presencia de Artem me ancla incluso mientras enciende mi sangre.

—Lo de las flores está resuelto —dice después de un momento—. Están entregando peonías blancas mientras hablamos.

—¿Cómo lo has...?

—Tengo contactos. Y el dinero hace que todo se mueva más rápido.

Por supuesto que sí. Igual que el dinero le compró una novia cuando necesitaba la ciudadanía. El pensamiento debería ser amargo, pero en su lugar solo me entristece. ¿Qué tipo de vida ha llevado, donde todo y todos tienen un precio? ¿Donde el amor es algo que se compra y se vende en lugar de ser libre y alegre?

—Gracias —digo suavemente—. No tenías que hacer eso.

—Sí, tenía que hacerlo —su voz baja aún más, íntima—. Este día tiene que ser perfecto. Por las apariencias, si no por otra cosa.

Cierto. Las apariencias. La historia que le estamos vendiendo al mundo: el romance relámpago, la boda de cuento de hadas. A veces casi me lo creo yo misma.

—¡Cinco minutos! —La voz de mi madre resuena por el pasillo.

—Debería irme —dice Artem—. Intenta no extrañarme demasiado, cariño.

Antes de que pueda formar una réplica, escucho sus pasos alejándose. La pérdida de su presencia me deja extrañamente vacía y dolida por dentro.

Los siguientes minutos pasan en un borrón de ajustes de último momento. Luego, de repente, estoy del brazo de mi padre, las pesadas puertas se abren para revelar un mar de rostros vueltos expectantes hacia mí. Pero solo veo uno.

Artem está de pie en el altar como salido de un sueño, su esmoquin negro enfatizando la anchura de sus hombros y la esbelta fuerza de su figura. Su cabello oscuro está peinado hacia atrás, revelando los ángulos afilados de su rostro. Pero son sus ojos los que me capturan: intensos, posesivos, ardiendo en los míos con un calor que hace que mis rodillas flaqueen y mi centro se encienda de deseo.

Cada paso por el pasillo se siente como caminar a través de melaza. El tiempo se ralentiza, se estira, hasta que no hay nada más que el ritmo constante de mi corazón y la mirada inquebrantable de Artem.

Cuando finalmente lo alcanzo, toma mi mano en la suya. Su palma está cálida, reconfortante, y me encuentro aferrándome a ese toque como un ancla en una tormenta.

El sacerdote comienza a hablar, pero las palabras me llegan como en una neblina. Todo en lo que puedo concentrarme es en el pulgar de Artem trazando pequeños círculos en mi muñeca, la sutil caricia enviando escalofríos por mi brazo. Parece imposible que tan poco contacto piel con piel cause una reacción tan fuerte.

Luego llega el momento de los votos. Elegimos los tradicionales, seguros e impersonales, pero algo cambia cuando Artem comienza a hablar. Su voz baja a un registro que parece destinado solo a mis oídos, convirtiendo las frases estándar en algo que se siente peligrosamente cercano a promesas.

—Yo, Artem, te tomo a ti, Mila... —La forma en que dice mi nombre me deja sin aliento—. Para tenerte y conservarte, desde este día en adelante...

Sus ojos nunca abandonan los míos, y veo algo brillar en sus profundidades: hambre, posesión y algo más que no puedo nombrar. Algo que hace que mi corazón se acelere y mi piel se ruborice.

Cuando es mi turno, me sorprende encontrar mi voz firme. —Yo, Mila, te tomo a ti, Artem...

Sus dedos se aprietan sobre los míos al escuchar su nombre en mis labios.

—Puede besar a la novia.

El tiempo se detiene. La mano libre de Artem se levanta para acunar mi mejilla, su toque increíblemente suave para alguien tan fuerte y, a veces, insensible. Se inclina lentamente, dándome tiempo para apartarme si quiero.

No quiero hacerlo.

No solo por el trato.

Estoy... curiosa.

Sus labios rozan los míos, suaves e inquisitivos al principio. Pero cuando me inclino hacia él, algo se quiebra. El beso se profundiza, se vuelve hambriento, y me olvido de los cientos de personas que nos observan. Olvido que se supone que esto es solo una actuación. Todo lo que sé es el calor de su boca sobre la mía, la calidez sólida de su pecho bajo mis palmas, la forma en que su mano se desliza en mi cabello para inclinar mi cabeza justo así.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento y temblando. Los ojos de Artem están oscuros de promesa, y sé que él también lo sintió: esto ya no es solo un acuerdo. Es algo mucho más peligroso, algo con verdadero calor y atracción que no estoy segura de poder combatir para siempre.

La recepción pasa en un torbellino de champán y felicitaciones. Artem se mantiene cerca, su mano una presencia constante en la parte baja de mi espalda. Me hace reír con observaciones susurradas sobre los invitados, me aleja suavemente de conversaciones incómodas, anticipa mis necesidades antes de que pueda expresarlas.

—Baila conmigo —murmura cuando la banda comienza una canción lenta. Al igual que en nuestra fiesta de compromiso, no es realmente una petición.

Esta vez, ni siquiera finjo resistirme.

Me atrae hacia él, una mano abarcando mi cintura mientras la otra captura la mía. Nos movemos juntos como si lleváramos años haciéndolo, mi cuerpo siguiendo su guía instintivamente.

—Eres hermosa —dice suavemente, sus labios rozando mi oreja—. Todos los hombres en esta sala desearían ser yo ahora mismo.

Debería recordarle que esto no es real. Que no necesita mantener la actuación cuando nadie puede oírnos. En su lugar, me encuentro preguntando: —¿Y tú? ¿Desearías estar en otro lugar, o es esto todo lo que soñaste que sería?

Artem se aleja lo suficiente para mirarme a los ojos, su expresión intensa. —Esto es todo —dice simplemente—. No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

Lo peor es que le creo. Y mientras giramos por la pista de baile, sus fuertes brazos sosteniéndome cerca, no puedo evitar preguntarme: ¿cómo sería si esto fuera real? ¿Si el calor entre nosotros no fuera solo química sino algo más profundo?

Pero ese es un camino peligroso de recorrer. Porque Artem Romanov sigue siendo un misterio, y yo soy una mujer con una vida propia que vivir. Nunca estuve destinada a ser una mujer mantenida, y un día todo esto terminará, el día que nos divorciemos, mucho más rápido y con menos pretensiones que hoy.

Por ahora, sin embargo, me permito sumergirme en la fantasía. Solo por hoy, solo por este baile, puedo fingir que esto es real. Que la forma en que me mira significa algo más que conveniencia y atracción.

El mañana llegará lo suficientemente pronto, con todas sus complicaciones y preguntas. Esta noche, tomaré lo que pueda obtener, incluso si es solo una hermosa mentira.

9

ARTEM

El sol de la mañana golpea con fuerza sobre la terminal privada del LAX mientras miro mi reloj por tercera vez en los últimos tres minutos. Mi nueva esposa llega tarde, deliberadamente, si tuviera que adivinar, conociendo a Mila. Un pequeño acto de rebeldía que no debería divertirme tanto como lo hace.

Viktor se mueve a mi lado, siempre vigilante. —El perímetro está asegurado, señor. No hay actividad sospechosa.

Asiento, pero algo me incomoda en el borde de mi conciencia. Llámalo instinto, o quizás paranoia, aunque en mi línea de trabajo, los dos suelen ser indistinguibles. Aun así, esta luna de miel debe suceder. La prensa lo espera y, lo que es más importante, es una oportunidad para alejar a Mila de miradas indiscretas. Para ver de qué está realmente hecha.

Las puertas de la terminal se abren y mi irritación por su tardanza se evapora al verla. Mila entra con paso despreocupado como si fuera la dueña del lugar, toda piernas largas y elegancia casual en un traje de viaje color crema que abraza cada curva. Unas gafas de sol oversized ocultan sus ojos, pero puedo leer el desafío en la inclinación de su barbilla, en la lentitud deliberada de su andar.

—Llegas tarde —digo cuando finalmente llega hasta nosotros.

—¿Ah, sí? —Se sube las gafas de sol, revelando esos extraordinarios ojos verdes—. Debo haber perdido la noción del tiempo.

Y un cuerno. —El jet ha estado esperando.

—Qué desconsiderado de mi parte —dice con sarcasmo—, hacer esperar a tu propio avión. ¿Cómo lo soportarás?

Una risa se forma en mi pecho, pero la reprimo. —Si ya has terminado de ser difícil...

—Oh, apenas estoy empezando. —Pero me sigue mientras la guío hacia la pista, mi mano posándose posesivamente en la parte baja de su espalda.

Un movimiento capta mi atención: una sombra entre las columnas de soporte, allí y desaparecida demasiado rápido para seguirla. Mi mandíbula se tensa. Viktor nota mi tensión y habla rápidamente por su comunicador, pero me obligo a seguir caminando con normalidad. No hay necesidad de alarmar a Mila si no es nada.

Pero, ¿y si es algo? El vello de mi nuca se eriza, ese instinto de depredador que me ha mantenido vivo todos estos años grita peligro. ¿Podrían los hombres de Kazakov haberme rastreado hasta aquí tan rápido?

—¿Algún problema? —pregunta Mila, y me doy cuenta de que mi agarre en su cintura se ha apretado.

—En absoluto. —Obligo a mis dedos a relajarse—. Solo estoy ansioso por estar a solas contigo.

Ella pone los ojos en blanco, pero capto el ligero enganche en su respiración, la forma en que su pulso se acelera ante mis palabras. Es bueno saber que no soy el único afectado por esta química entre nosotros.

Mi jet espera en la pista, elegante y blanco contra el cielo de California. El paso de Mila vacila casi imperceptiblemente al verlo, sus ojos se agrandan detrás de esas gafas de diseñador. Pero se recupera rápidamente, esa máscara practicada de indiferencia volviendo a su lugar.

—Supongo que es demasiado esperar que haya un avión de tamaño normal escondido detrás de este monumento a la sobrecompensación que anuncia una nueva era de cambio climático, ¿verdad? —bromea.

Me inclino cerca, mis labios rozando su oreja. —Te aseguro, cariño, que no tengo nada que compensar en absoluto.

Un delicado escalofrío la recorre, y huelo el ligero aroma floral de su perfume, siento el calor de su piel a través de la fina seda de su chaqueta.

El impulso de empujarla contra el casco reluciente del jet y mostrarle exactamente cuánto no necesito compensar nada es casi abrumador.

En su lugar, la guío por las escaleras, disfrutando de la vista mientras ella sube delante de mí. Los pantalones del traje que lleva deberían ser ilegales.

Dentro, Mila examina la lujosa cabina con un interés cuidadosamente disimulado. Pero veo cómo sus dedos rozan los asientos de cuero suave como la mantequilla, cómo sus ojos se detienen en las jarras de cristal del bar.

—¿Aceptable? —pregunto secamente.

Me lanza una mirada que podría congelar el vodka. —Servirá.

Luego, para mi diversión, elige un asiento tan lejos del que yo he reclamado como es posible. El mensaje es claro: esposa o no, está manteniendo su distancia de mí.

La observo mientras se acomoda, organizando eficientemente sus cosas: una manta de viaje de cachemira, su teléfono y un libro que me hace sonreír cuando capto el título.

—¿"La venganza del ruso"? —leo en voz alta, notando con cierta diversión al hombre sin camisa en la portada—. No te tomaba por una lectora de novelas románticas.

—Es suspense romántico —corrige con aire recatado, un rubor subiendo por su cuello—. Hay una diferencia.

—Ah, sí. ¿La diferencia siendo formas más creativas de matar gente entre escenas de sexo?

Su sonrojo se intensifica, pero levanta la barbilla desafiante. —A algunas nos gusta un poco de peligro con nuestros finales felices.

—¿Es así? —Me inclino hacia adelante, disfrutando de la forma en que su respiración se entrecorta—. Entonces estás de suerte, señora Romanov. Porque puedo prometerte mucho peligro.

Algo destella en sus ojos —¿miedo? ¿emoción?— antes de que rompa el contacto visual, buscando torpemente en su bolso un antifaz para dormir.

—Despiértame cuando aterricemos —murmura, terminando efectivamente la conversación.

Me reclino en mi asiento, bebiendo el whisky que Viktor tenía esperando para mí, y la observo mientras finge dormir. Pero noto cómo su respiración nunca se estabiliza, cómo sus dedos se tensan ligeramente cada vez que me muevo en mi asiento.

Ella se ve afectada por mí, aunque no quiera admitirlo. Al igual que yo me veo afectado por ella: esta hermosa mujer de lengua afilada que me desafía a cada paso. Que me hace desear cosas que no tengo derecho a querer.

A través de la ventana, capto movimiento en la pista de nuevo. Otra sombra, otro vislumbre que hace gritar a mis instintos. Pero ya estamos rodando, y mi equipo de seguridad ha revisado el área a fondo.

Aun así, me hago una nota mental para que Viktor vuelva a comprobar la seguridad de nuestro destino. Porque si mis enemigos me han encontrado —si han rastreado a Voron hasta su escondite en California— entonces Mila ya no es solo mi novia de conveniencia. Es un objetivo potencial.

Este pensamiento hace que algo oscuro y posesivo se alce en mi pecho. Solo la he tenido durante un día, pero la idea de que alguien la amenace ya me hace querer quemar el mundo entero.

Estudio su perfil mientras despegamos, la forma en que la luz del sol que se filtra por la ventana hace arder su cabello castaño rojizo.

Está intentando con todas sus fuerzas mantener la distancia, tratar esto como el acuerdo de negocios que se supone que es. Pero he visto cómo se derritió en nuestro beso de boda, he sentido cómo temblaba en mis brazos durante nuestro primer baile.

Esta luna de miel va a ser interesante. Porque aunque Mila piense que puede mantener sus muros en alto, yo he hecho una carrera derribando defensas. Y tengo la intención de disfrutar cada minuto desmantelando las suyas.

Que se haga la difícil. Que finja ser inmune al calor entre nosotros. Ambos sabemos que es solo cuestión de tiempo antes de que se rinda ante esta química.

¿Y cuando lo haga? Bueno, ahí es cuando comienza el verdadero peligro.

Porque cuanto más estoy con ella, más la deseo —no solo su cuerpo, sino su fuego, su espíritu, su todo. Y un hombre como yo no puede permitirse desear nada con tanta intensidad.

Te hace vulnerable. Te hace débil.

Te hace humano.

10

MILA

Solaya surge del mar turquesa como algo sacado de un sueño, el sol de la mañana convierte el agua en una alfombra de diamantes. Nuestro yate privado corta suavemente las olas, y me aferro a la barandilla, abrumada por la pura belleza que tenemos ante nosotros. Las playas de arena blanca prístina se curvan en una perfecta media luna, abrazando una laguna tan clara que puedo ver peces tropicales deslizándose bajo la superficie. Las palmeras se mecen con la brisa cálida, sus frondas proyectan sombras danzantes sobre el agua cristalina.

Detrás de la playa, exuberantes jardines trepan por colinas de suave pendiente, rebosantes de flores en colores que nunca antes había visto. Y entre todo este esplendor natural, diviso lo que debe ser nuestro bungalow: una obra maestra de cristal y madera que de alguna manera logra parecer imponente y perfectamente integrada en su entorno.

Es exactamente el tipo de paraíso exagerado que esperaría de Artem, aunque mantengo mi expresión cuidadosamente neutral. No hay necesidad de hacerle saber lo impresionada que estoy con todo esto. El ego de este hombre ya es lo suficientemente grande.

—¿No estás impresionada? —la voz de Artem lleva ese toque de diversión que nunca falla en ponerme los nervios de punta. Su mano aparece en mi codo mientras nos acercamos al muelle privado, estabilizándome mientras el barco se mece suavemente. A pesar del calor, su toque envía un escalofrío por mi columna.

—Está bien —digo con indiferencia practicada, aunque mi corazón se acelera ante la pura belleza que nos rodea. Un par de pájaros exóticos alza el vuelo desde una palmera cercana, sus alas destellan un azul brillante contra el cielo sin nubes—. Supongo que cuando estás compensando por algo, cuanto más grande, mejor.

Su risa grave resuena a través de mí, su pecho lo suficientemente cerca de mi espalda como para sentir la vibración.

—Pareces muy preocupada por lo que podría estar compensando, cariño. ¿Curiosa?

Arranco mi brazo de su agarre, con las mejillas ardiendo. La forma en que dice esa palabra, cariño, hace que algo revolotee en lo profundo de mi vientre.

—Ya te gustaría.

El muelle cruje suavemente bajo nuestros pies mientras nos dirigimos a la orilla. El equipo de seguridad de Artem se mueve delante de nosotros con eficiencia practicada, fundiéndose con el exuberante follaje que bordea el sinuoso camino hacia nuestro bungalow. Están tratando de ser discretos, pero detecto al menos a cuatro hombres posicionados estratégicamente a lo largo de la ruta. ¿Por qué un empresario, incluso uno rico, necesita tanta protección en una isla privada?

El sendero serpentea a través de jardines que harían que el Edén se pusiera celoso. La plumeria y el jazmín perfuman el aire tan intensamente que me siento casi embriagada. Orquídeas de tonos imposibles se asoman entre plantas de hojas anchas, y lucho contra el impulso de detenerme a examinar cada nueva flor que pasamos. Mis dedos ansían mi cuaderno de bocetos; estos colores serían una inspiración asombrosa para mi próximo proyecto de diseño.

Si es que todavía tengo una carrera de diseño después de este matrimonio de conveniencia.

El pensamiento me serena, recordándome por qué estoy realmente aquí. Esto no es una escapada romántica de luna de miel. Es una transacción comercial, ni más ni menos. No puedo dejarme llevar por el torbellino de todo esto.

El bungalow se revela gradualmente mientras subimos la suave pendiente. Cada paso trae nuevos detalles a la vista: la forma en que el sol de la mañana juega con las vastas extensiones de cristal, la elegante curva del techo diseñada para hacer eco de las olas de abajo, la piscina infinity privada que parece fundirse con el océano más allá. Es impresionante de una manera que hace que mi alma artística duela.

En el interior, el espacio se abre como una concha revelando su perla. Techos altos y ventanales panorámicos traen la vista del océano al interior, mientras que la arquitectura de inspiración balinesa crea espacios íntimos dentro de la grandeza. Los muebles son una mezcla perfecta de lujo moderno y comodidad isleña: sofás mullidos en linos naturales, mesas talladas a mano que probablemente cuesten más que el alquiler anual de mi antiguo apartamento, piezas de arte que hacen que mis dedos se contraigan de apreciación.

Sorprendo a Artem observándome, esa irritante satisfacción brillando en sus ojos oscuros. Se ha arremangado las mangas en deferencia al calor, y la vista de sus antebrazos musculosos es injustamente distrayente.

—La suite principal está por allí —señala a la izquierda, luego apunta a la derecha—, y la habitación de invitados está en el lado opuesto.

El alivio me inunda al escuchar la palabra "invitados".

—¿Dormitorios separados?

—Por supuesto —sus labios se curvan en esa sonrisa exasperante—. No te traería a un lugar donde tuviéramos que compartir habitación. No necesito forzar la atracción. No es mi primera vez con una mujer.

Las palabras golpean como una bofetada, aunque me niego a dejarle ver cómo me escuecen. Cada sílaba recalca lo que soy para él: una conveniencia, nada más. No es que yo quiera ser algo más. No es que me importe las otras mujeres que ha traído a este paraíso. No importa lo hermosas que hayan podido ser.

—Qué considerado —logro decir, manteniendo mi voz ligera incluso cuando algo agudo y doloroso se retuerce en mi pecho—. Aunque me sorprende que no hayas instalado simplemente una puerta giratoria en tu dormitorio. Mucho más eficiente para todo ese entretenimiento.

Algo peligroso destella en sus ojos: un atisbo del depredador bajo la fachada del empresario pulido. Pero yo ya me dirijo hacia la habitación de invitados, mis tacones resonando con fuerza contra el suelo pulido. Que piense que su pulla dio en el blanco. Que crea que me importan sus conquistas pasadas.

La habitación de invitados es tan lujosa como el resto del bungalow, con una cama king-size cubierta de sábanas blancas y crujientes y almohadas esponjosas rellenas de plumas, todo gritando riqueza sutil. Las ventanas del suelo al techo muestran una vista privada de la playa, con

cortinas de gasa que se agitan con la brisa del océano. Es el tipo de habitación que normalmente pasaría horas fotografiando para mi portafolio de diseño.

Comienzo a desempacar metódicamente, tratando de concentrarme en la tarea en lugar de en las palabras cortantes de Artem o el dolor indeseado que dejaron en mi pecho. Cada prenda va a su lugar asignado: trajes de baño en el cajón superior, ropa casual en el medio, ropa de noche colgada en el armario con aroma a cedro.

Los cajones de la cómoda se abren silenciosamente sobre herrajes caros, todo aquí diseñado para el lujo perfecto. Estoy colocando mis bikinis cuidadosamente doblados en el cajón superior cuando algo llama mi atención en la esquina trasera: un destello de cuero negro parcialmente oculto bajo pañuelos de seda.

La curiosidad lucha contra el sentido común. Esta no es mi habitación, no realmente. Estas no son mis cosas para investigar. Pero algo en ese vistazo de cuero me llama, y antes de que pueda detenerme, estoy alcanzándolo.

Mis dedos rozan la seda mientras aparto los pañuelos, y entonces me quedo paralizada. Cuerda. No del tipo áspero que encontrarías en un barco, sino cordón suave, obviamente caro, que parece bien usado. El tipo de cuerda sobre la que solo he leído en mis novelas más picantes.

Y debajo... esposas. No de acero como las de la policía, sino de cuero acolchado con hebillas plateadas que brillan bajo la luz del sol que entra por las ventanas. Hay más: vendas de seda de varios colores, lo que parece ser una fusta de montar, otros artículos que temo examinar demasiado de cerca.

El calor inunda mi rostro mientras mi mente amablemente proporciona imágenes de cómo Artem podría haber usado estos artículos con esas "otras mujeres" que ha entretenido. El pensamiento envía una emoción no deseada a través de mí, seguida inmediatamente por la vergüenza. Cierro el cajón de golpe, mi corazón latiendo contra mis costillas.

Concéntrate, Mila. Estás aquí por una sola razón, y no es para descubrir las inclinaciones perversas de tu nuevo marido. No para imaginar esas manos fuertes manejando esa cuerda, esos ojos intensos observando mientras...

No. Absolutamente no.

Me cambio rápidamente a un bikini blanco, el que Chloe insistió en que empacara porque me hace lucir "como una diosa". El material es caro, el corte elegante y provocativo a la vez. Un pareo transparente añade un susurro de modestia, aunque no mucho.

Cuando salgo al pasillo, encuentro que Artem se ha quitado la chaqueta del traje y se ha arremangado aún más las mangas de su camisa blanca y crujiente. La visión de esos antebrazos musculosos, cubiertos de vello oscuro, no debería afectarme de la manera en que lo hace. Sus ojos se posan en mí, y algo caliente y depredador destella en sus profundidades antes de que lo enmascare.

La satisfacción florece en mi pecho ante su reacción. Que piense en lo que se está perdiendo con su arreglo de "habitaciones separadas".

—Estaré en la playa el resto de la tarde —digo fríamente, asegurándome de rozarlo al pasar lo

suficientemente cerca para que capte el aroma a coco de mi protector solar. Lo suficientemente cerca para sentir el calor que irradia su cuerpo, para captar el aroma especiado de su colonia.

La playa es un paraíso, la arena como seda cálida entre mis dedos de los pies. Encuentro un lugar perfecto y extiendo mi toalla, lo suficientemente lejos del agua para permanecer seca pero lo suficientemente cerca para sentir la brisa del océano. El sol golpea con fuerza, y cierro los ojos, tratando de relajarme.

Pero mi mente sigue derivando hacia ese cajón, hacia las implicaciones de su contenido. He leído suficientes novelas picantes para saber para qué son esos artículos, pero la realidad de ellos —y la imagen de Artem usándolos— envía calor acumulándose en mi vientre. Imagino esas cuerdas contra mi piel, sus manos fuertes...

—Contrólate —murmuro para mí misma, moviéndome inquieta sobre la toalla—. Probablemente solo está tratando de escandalizarte. El juego reconoce al juego.

Después de un rato, me doy cuenta de que debería comunicarme con Chloe; me hizo prometer que le enviaría fotos de la isla. El pensamiento de mi hermana me sobria. Ella estaba tan emocionada por mi luna de miel "romántica", completamente inconsciente de que su propia vivienda pende del balance de este arreglo.

Pero mi teléfono no está en mi bolsa de playa. Con un suspiro, recuerdo haberlo dejado en la mesita de noche mientras desempacaba, justo al lado de ese cajón de secretos.

Me levanto de la toalla, sacudiéndome la arena de las piernas. Es solo un rápido viaje de vuelta a la habitación. No hay necesidad de pensar en qué más hay en ese cajón, o por qué el recuerdo de la mirada ardiente de Artem hace que mi piel hormiguee.

No hay necesidad de pensar en nada de eso en absoluto.

11

ARTEM

Me muevo incómodo en la silla de mi escritorio, con un vaso de whisky medio olvidado en la mano. La imagen de Mila en ese bikini blanco se niega a abandonar mi mente: piel perfecta y cremosa y curvas elegantes, ese desafiante gesto de su barbilla mientras pasaba junto a mí. El recuerdo del protector solar con aroma a coco y su piel cálida hace que mis dedos anhelen tocarla, reclamarla.

Una y otra vez, su elegante figura ha bailado en mi mente, llevándome a la locura más rápido que la droga más potente. He encontrado muchas vistas cautivadoras durante mis años en esta tierra, pero ninguna como Mila.

Esto no era parte del plan. Se suponía que ella sería una solución conveniente: la ciudadanía estadounidense a través del matrimonio, nada más. Pero desde el momento en que me desafió en la gala, algo en ella se me ha metido bajo la piel. No solo su belleza, sino su espíritu y desafío, que rivalizan con los de la mayoría de los hombres que he conocido en mi línea de trabajo.

—Concéntrate —me gruño a mí mismo, aflojándome la corbata. El aire acondicionado del bungalow libra una batalla perdida contra el calor tropical, o tal vez es solo el efecto que Mila tiene sobre mi habitual control glacial. A través de la ventana, todavía puedo verla en la playa, el sol convirtiendo su cabello castaño rojizo en una llama viva.

Mila ha cambiado de posición en su toalla. El movimiento hace que su pareo se deslice más arriba, revelando una extensión de muslo tonificado que me deja la boca seca.

Alcanzo mi teléfono, necesitando una distracción de los pensamientos de mi nueva esposa extendida en la arena con ese trozo de tela blanca. La idea de que alguien más vea y sienta lo que yo es suficiente para hacer que mi sangre hierva.

¿Pero con qué? ¿Furia o pasión?

Marco a Viktor y contesta al primer timbre.

—El perímetro está asegurado —informa antes de que pueda preguntar—. Los barridos de seguridad finales están completos, y los últimos miembros del personal llegarán dentro de una hora.

Pongo la llamada en altavoz mientras abro mi portátil, obligándome a concentrarme en los negocios.

—¿Alguna señal de vigilancia? ¿Alguien siguiendo nuestra llegada?

—Nada concreto, pero... —Viktor duda—. Hubo alguna actividad inusual en la marina del continente antes de que partiéramos. Podría no ser nada.

—O podrían ser los hombres de Kazakov. —Abro las transmisiones de seguridad, comprobando yo mismo las posiciones de las cámaras—. Dobla las patrullas. Quiero ojos en cada acceso a esta isla. No podemos permitirnos dejar ninguna abertura.

—Ya está hecho. —Se oye el roce de papeles en el lado de Viktor—. Deberíamos discutir los

planes de inversión. Las empresas fantasma están en su lugar, pero necesitamos movernos rápidamente para establecer participaciones legítimas antes de que alguien las conecte con Voron.

El nombre envía un escalofrío por mi columna, incluso aquí en el paraíso. ¿Cuántas personas han susurrado ese nombre con miedo? ¿Cuántas vidas ha terminado o destruido Voron? Ahora esas mismas personas están cazando sombras mientras yo me escondo a plena vista, interpretando al empresario adinerado.

Esta pequeña fantasía tiene sus beneficios, pero el tirano dentro de mí no lo permitirá por mucho más tiempo. Tarde o temprano, la bestia cazará de nuevo, reclamando la jungla que dejó atrás.

—El matrimonio Belmont ayuda —continúa Viktor—. Nadie esperaría que Voron se pusiera tan públicamente en el centro de atención. Pero debemos tener cuidado. Un desliz, un rumor susurrado...

—Lo sé, así que deja de hablar de ello. Nunca se sabe quién podría estar escuchando. Nadie debería tener la oportunidad de descubrir que yo soy Voron —gruño.

—Cierto. Lo siento.

—Empieza a transferir las cuentas de Moscú —logro decir, forzando una voz más calmada—. Pequeñas cantidades, distribuidas a través de diferentes...

Un suave jadeo corta el aire de la habitación como una navaja.

Levanto la vista bruscamente, mi corazón deteniéndose ante la visión de Mila congelada en la puerta. Sus ojos están abiertos de par en par por la sorpresa, su rostro pálido a pesar del brillo bronceado por el tiempo en la playa. El bikini blanco todavía es devastadoramente visible bajo su pareo transparente, la tela adhiriéndose a la piel húmeda de formas que hacen difícil pensar con claridad.

Mi estómago se hunde, y la nauseabunda sensación de culpa se acumula en mi garganta como bilis. ¿Qué escuchó de la conversación? ¿Cuánto tiempo ha estado parada en la puerta sin que yo lo supiera?

—Viktor —digo en voz baja—, continuaremos esto más tarde.

Termino la llamada, el silencio asentándose pesadamente en la habitación. Mila permanece perfectamente quieta, como un ciervo percibiendo el peligro, y yo bebo la visión de ella: toda piernas largas y curvas graciosas, fuerza envuelta en seda. Incluso con el miedo parpadeando en esos ojos extraordinarios, es lo más hermoso que he visto jamás.

Y eso va a ser un problema.

Porque la mirada de reconocimiento sorprendido en su rostro me dice que escuchó más de lo que debería.

Y ahora tengo que decidir qué hacer al respecto.

12

MILA

Mi sangre ruge en mis oídos mientras miro fijamente a Artem, encajando las piezas de una horrible verdad. Voron. El misterioso jefe del crimen ruso cuya desaparición ha dominado las noticias internacionales. El hombre del que se susurra con tono aterrorizado, conocido por su despiadado control de la Bratva.

Justo frente a mí.

Mi marido.

—Mila —la voz de Artem es suave, casi gentil, pero veo al hombre peligroso acechando detrás de su cuidadosa expresión. Debería haberlo visto desde el principio—. Déjame explicarte.

Retrocedo hasta que el frío yeso presiona contra mi espalda. La pared se siente sólida, real, cuando todo lo demás parece desmoronarse a mi alrededor.

—¿Explicar qué? ¿Que me casé con un asesino? ¿Un criminal?

Se acerca más, cada paso medido y grácil. Incluso ahora, sabiendo lo que es, no puedo evitar responder a su presencia. Mi piel se eriza de conciencia, mi corazón late por razones que no tienen nada que ver con el miedo, o al menos, no solo con el miedo.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —dice, lo suficientemente cerca ahora como para que pueda captar el aroma picante de su colonia—. El mundo no es tan blanco y negro como piensas.

—¿No? —Mi voz tiembla ligeramente—. Entonces dime, ¿qué tono de gris justifica lo que sea que haces?

Sus ojos se oscurecen, y algo peligroso cruza su rostro. Pero también hay ternura allí, en la forma en que apoya una mano contra la pared junto a mi cabeza, encerrándome sin tocarme realmente.

—El tono que mantiene a la gente viva. Que protege lo que es mío.

El calor inunda mi cuerpo ante la nota posesiva en su voz. Debería estar corriendo. Debería estar gritando pidiendo ayuda. En cambio, estoy hipnotizada por la intensidad de su mirada, por el poder contenido en su figura.

—¿Y eso es lo que soy? —susurro—. ¿Algo que te pertenece?

Su mano libre se levanta para acariciar mi mejilla, el toque es ligero como una pluma pero envía chispas de electricidad a través de mis venas.

—Eres mi esposa.

—Por conveniencia solamente —le recuerdo, pero las palabras carecen de convicción. No cuando me está mirando como si quisiera devorarme entera—. Es solo un trato de negocios, ¿verdad? Nada más.

Un golpe en la puerta rompe el momento. Artem retrocede con suavidad mientras un camarero uniformado entra empujando un carrito, la imagen perfecta de un hombre de negocios adinerado

en lugar de un temido jefe de la mafia.

Pero ahora veo lo que antes pasé por alto: la gracia letal en sus movimientos, la forma en que sus ojos rastrean cada amenaza potencial.

El camarero comienza a preparar el almuerzo en la pequeña mesa del comedor, el tintineo de la fina porcelana parece absurdamente normal después de lo que acabo de descubrir. Pero algo se siente fuera de lugar. Los movimientos del hombre son demasiado precisos, su atención demasiado centrada en mí a pesar de mi bikini aún húmedo y mi salida de baño.

Cuando su mirada se detiene un segundo de más en mis piernas expuestas, Artem se mueve ligeramente, colocándose entre nosotros. El movimiento parece casual, pero noto la tensión en sus hombros.

Los cubiertos brillan mientras el camarero dispone los servicios con eficiencia mecánica. Entonces lo veo: la forma en que su mano se demora en el cuchillo, probando su filo con un toque demasiado conocedor para ser inocente.

—¡Artem! —grito, pero él ya se está moviendo.

El camarero se abalanza con una velocidad inhumana, el cuchillo destellando en la luz tropical que se filtra por las ventanas. Artem bloquea el golpe, atrapando la muñeca del hombre, pero el impulso los envía estrellándose contra la mesa. La fina porcelana se hace añicos, las copas de agua explotan por el suelo.

Me escabullo detrás de la isla de la cocina, mi corazón retumbando contra mis costillas. Los dos hombres forcejean con una intensidad mortal, cada movimiento preciso y brutal. Este no es un ataque aleatorio; el camarero lucha con habilidad entrenada, igualando a Artem golpe a golpe.

Un destello de acero llama mi atención: otro cuchillo, este de nuestro servicio de almuerzo disperso. Sin pensarlo, lo agarro y lo deslizo por el suelo hacia Artem.

Pero el movimiento capta la atención de nuestro atacante. Su bota se conecta con el pecho de Artem, enviando a mi marido a estrellarse entre los platos rotos.

El hombre se vuelve hacia mí, una fría sonrisa curvando sus labios. La sangre gotea de un corte en su mejilla donde Artem le ha asestado un golpe.

—El jefe envía sus saludos —dice en un inglés con fuerte acento.

El terror me paraliza mientras avanza. Así es como muero: en mi luna de miel, a manos de alguien que caza a mi marido criminal. Qué ironía.

Pero entonces Artem está allí, moviéndose con gracia letal. En un momento el atacante está llegando a mí, al siguiente está volando hacia atrás cuando Artem golpea. Hay un borrón de movimiento, un rocío de carmesí, y de repente todo queda inmóvil.

El cuerpo del atacante se desploma a mis pies, sus ojos sin vida mirando a la nada. Artem está de pie sobre él, respirando pesadamente, la sangre se filtra a través de su camisa blanca donde el cuchillo lo alcanzó.

—¿Estás herida? —exige, sus ojos escaneándome frenéticamente.

Niego con la cabeza, incapaz de formar palabras. Mis piernas ceden y me hundo en el suelo, esquivando por poco un charco de algo que me niego a identificar.

Artem se arrodilla frente a mí, sus manos flotando como si quisiera tocarme pero no estuviera seguro de ser bienvenido.

—Mila, mírame.

Lo hago, y lo que veo me roba el aliento. Se ha ido el empresario pulido, la cuidadosa máscara que siempre lleva. Este es Voron: peligroso, letal, y sin embargo, mirándome con tal preocupación desnuda que mi corazón se retuerce.

—Estás sangrando —logro decir, alcanzando la mancha creciente en su camisa.

Atrapa mi mano, presionando un beso en mi palma que se siente como una marca. —No es nada. Solo quiero asegurarme de que estés a salvo.

Me miro a mí misma, comprobando dos veces para asegurarme de que no he sufrido ninguna herida que mi adrenalina me esté ocultando. No parece haber ninguna. —Estoy bien —digo, tratando de sonar confiada—. ¿Quién era ese?

—Alguien a quien nadie echará de menos —la voz de Artem es fría, recordándome nuevamente lo que es. De lo que es capaz. El hombre muerto a nuestros pies es prueba suficiente de ello.

Y sin embargo... se había puesto entre el peligro y yo sin dudarlo. Había recibido una puñalada para protegerme. El hombre al que todos temen me había mirado con tal ternura, incluso mientras se preparaba para matar.

—Esto es de lo que intentabas protegerme —digo en voz baja—. Cuando dijiste que cuanto menos supiera, más segura estaría.

Su mandíbula se tensa. —Sí.

—Pero no estoy a salvo, ¿verdad? No realmente. No mientras esté casada con... —hago un gesto vago hacia la carnicería que nos rodea.

—Nadie te tocará —gruñe, y la posesión en su voz me hace estremecer—. No lo permitiré.

—¿Cómo puedes prometer eso? —intento sonar enojada, pero suena más como una súplica—. Eres Voron. El hombre más temido del submundo ruso. Todos te quieren muerto.

—Que lo intenten —su pulgar traza mi pómulo, dejando un rastro de algo en lo que no quiero pensar—. Protejo lo que es mío, Mila. Y te guste o no, ahora eres mía.

Debería discutir. Debería decirle que nuestro matrimonio es solo por conveniencia, que no soy suya en absoluto. Pero con la adrenalina aún corriendo por mis venas y su toque ardiendo contra mi piel, no puedo formar las palabras.

Porque en el fondo, en un lugar que temo examinar demasiado de cerca, creo que quiero ser suya.

Que Dios me ayude, pero así es.

13

ARTEM

Señor —murmura Viktor a mi hombro, su voz profesionalmente distante a pesar de la carnicería que nos rodea—. Necesitamos manejar esto rápidamente.

Apenas lo escucho, mi atención fija en Mila. Ella todavía está en el suelo, sus extraordinarios ojos verdes abiertos de par en par mientras se mueven entre mí y el cuerpo desparramado sobre nuestro prístino mármol. El bikini blanco con el que me había atormentado antes ahora está salpicado de gotas carmesí, un crudo recordatorio de lo cerca que estuve de perderla. Solo pensarlo hace que algo primario y posesivo se alce en mi pecho.

Está manejando esto mejor que la mayoría de los criminales endurecidos que conozco: barbilla levantada desafiante a pesar de sus manos temblorosas, mente claramente trabajando detrás de esos ojos expresivos. Incluso ahora, enfrentada a pruebas irrefutables de lo que soy, muestra más curiosidad que miedo. Es... intrigante. Peligroso.

—Llama al equipo de limpieza —ordeno, sin quitar los ojos de mi esposa—. Y consígueme una línea segura con Moscú. Quiero saber quién lo envió.

Mi camisa está empapada, la sangre mezclándose con el sudor de una manera desafortunadamente familiar. La herida de cuchillo arde, pero he tenido peores. Mucho peores. Aunque generalmente no mientras intento convencer a mi nueva novia de que en realidad no soy el monstruo que claramente piensa que soy.

No es que pueda culparla. Estamos rodeados de cristales rotos y pétalos de rosa esparcidos de nuestro almuerzo volcado, el escenario romántico convertido en escena del crimen en cuestión de momentos. Menuda luna de miel.

—Todavía estás sangrando —dice Mila de repente, poniéndose de pie con admirable firmeza. Para alguien que acaba de presenciar su primer asesinato, su voz transmite una autoridad sorprendente—. Siéntate antes de que te desmayes y realmente arruines mi día. Y dime dónde está el botiquín de primeros auxilios.

Parpadeo, tomado por sorpresa por el acero en su tono. No debería ser atractivo que me dé órdenes así. Soy Voron, temido líder de la Bratva. Los hombres tiemblan ante mi nombre. Y sin embargo...

—Estoy bien.

—Te apuñalaron.

—Es solo un rasguño. —Señalo un armario—. El botiquín está ahí.

—Hombres —murmura, moviéndose hacia el botiquín de primeros auxilios que mantengo abastecido en cada habitación. El balanceo de sus caderas en esa parte inferior de bikini húmeda es hipnótico, incluso ahora—. ¿Por qué todos tienen que ser tan machos con todo? Solo siéntate y déjame verlo.

Debería negarme. Debería mantener una distancia profesional mientras Viktor maneja la contención y seguridad registra el perímetro.

Pero algo en la forma en que lo dice —exasperada pero preocupada— me hace cumplir. O tal vez es solo la perspectiva de sus manos sobre mi piel.

Me hace quitarme la camisa arruinada, y no me pierdo la forma en que su respiración se entrecorta al ver mi pecho desnudo. Sus dedos tiemblan ligeramente mientras limpia la herida, pero su toque es seguro y gentil. Profesional. Hasta que no lo es.

—Gracias por salvarme —murmura, con rara gratitud en su tono—. Lo digo en serio.

Descarto sus palabras con una risa seca, ocultando una mueca cuando toca mi herida. —Fue un lapso de juicio. Además, parecías una presa fácil en ese bikini.

Sus ojos destellan. —No es lo que dijiste antes.

Le sonrío con suficiencia. —Qué puedo decir, mentí. —Mi sonrisa rápidamente flaquea cuando limpia mi herida un poco demasiado... vigorosamente. Supongo que así es como se venga de mí.

—Esto necesita puntos —anuncia, sus dedos se desvían para trazar una vieja cicatriz cerca de mi clavícula. La intimidad casual del toque envía un calor espiral a través de mí—. Por favor, dime que tienes un médico sospechoso en marcación rápida, porque no voy a explicar esto en el hospital local.

Una risa retumba en mi pecho antes de que pueda detenerla. —Lo estás tomando con mucha calma.

—Oh, definitivamente tendré un colapso más tarde —me asegura, presionando un vendaje limpio en mi costado. Su palma está cálida contra mi piel, conectándome a tierra de una manera que no quiero examinar demasiado de cerca—. Probablemente involucrando varias botellas de vino y algunas facturas serias de terapia. Pero ahora mismo... —Me mira a los ojos, y veo el mismo fuego que primero me atrajo hacia ella, ardiendo aún más brillante ahora—. Ahora mismo, quiero respuestas.

—Mila...

—No. —Me interrumpe, presionando un poco más fuerte de lo necesario en el vendaje. El destello de dolor no es nada comparado con la electricidad que se arquea entre nosotros cuando se inclina más cerca—. No me vengas con ese tono condescendiente de "Mila". Alguien acaba de intentar matarte, matarnos. En nuestro bungalow de luna de miel. Creo que me he ganado algo de verdad.

Tiene razón, por supuesto. Pero la verdad podría matarla. Solo estar asociada conmigo pone un blanco en su espalda. Conocer la extensión completa de quién y qué soy solo la haría más vulnerable.

Sin embargo, viéndola ahora —competente y feroz, sangre en su piel pero acero en su columna — no puedo evitar preguntarme si he subestimado su fuerza.

—Cuanto menos sepas... —empiezo, pero ella me interrumpe de nuevo.

—¿Más segura estaré? —Su risa es afilada, pero sus manos permanecen gentiles mientras asegura el vendaje—. Creo que ya hemos pasado ese punto, ¿no crees? Hay un asesino muerto en

nuestro piso. Estoy bastante segura de que el barco de la seguridad ya zarpó.

Antes de que pueda responder, Viktor regresa con el equipo de limpieza. Se mueven con eficiencia practicada, envolviendo el cuerpo y comenzando a fregar el mármol. Mila observa todo con una expresión que no puedo descifrar del todo, pero noto que no se aparta de la realidad de lo que está sucediendo.

—Tus enemigos —dice finalmente, aún limpiando metódicamente alrededor de los bordes de mi herida. Su toque es enloquecedor, profesional un momento, casi una caricia al siguiente—. No son solo rivales de negocios, ¿verdad?

—No —No tiene sentido negarlo ahora. No cuando literalmente está ayudando a parchar la evidencia de lo que soy.

—Y tú no eres solo un rico expatriado ruso.

—No.

Sus manos se detienen en mi piel, y tengo que luchar para no inclinarme hacia su toque. —¿Vas a decirme quién eres realmente?

Estudio su rostro, buscando señales de miedo o repulsión. Pero todo lo que veo es determinación y algo más. Algo que se parece peligrosamente al deseo. Sus pupilas están dilatadas, las mejillas sonrojadas, y no solo por la adrenalina de la pelea.

—No quieres saberlo —digo en voz baja, alzando la mano para apartar un mechón de pelo de su cara. Ella se inclina instintivamente hacia el toque, y algo en mi pecho se aprieta.

—Estoy bastante segura de que sí quiero —Sus dedos trazan el borde del vendaje, luego se deslizan más arriba, mapeando la topografía de cicatrices en mi pecho—. Después de todo, acabo de ayudarte a esconder un cuerpo. Creo que eso me convierte en cómplice.

A pesar de todo —el peligro, la sangre, las complicaciones que esto causará— me encuentro luchando contra una sonrisa. Porque por supuesto que Mila Belmont enfrentaría la revelación de que se casó con un señor del crimen con sarcasmo y una sorprendente competencia. Con manos gentiles y ojos feroces y una fuerza que me hace desear cosas que no tengo derecho a querer.

—Eres extraordinaria —murmuro sin querer, atrapando sus manos errantes entre las mías—. Y demasiado buena para alguien como yo.

Su respiración se entrecorta, pero hay un desafío en sus ojos. —¿No debería ser yo quien juzgue eso?

—No sabes lo que soy.

—Entonces dímelo —Se acerca más, hasta que puedo contar las motas doradas en sus ojos, oler el protector solar de coco en su piel bajo el sabor metálico de la sangre—. Deja de intentar protegerme y déjame decidir por mí misma lo que puedo manejar.

El espacio entre nosotros chisporrotea con tensión —sexual, sí, pero algo más también. Algo peligroso y adictivo, como el primer sabor de una droga que sabes que te destruirá.

Sus ojos bajan a mis labios, y eso es todo el permiso que necesito para envolver su boca con la

mía. Mila sabe a frescura, inocencia, ingenuidad —y embriagador, mientras separa sus labios en un gemido. Exploro su lengua con la mía, amando cómo responde a mí, cómo se inclina hacia adelante. Me hundo en el momento, admitiendo para mí mismo que me tiene a su disposición.

Pero antes de que pueda decidir cuánto contarle, cuántos de mis secretos revelar, hay un fuerte golpe en la puerta, justo antes de que se abra para revelar a mis guardaespaldas. Viktor se aclara la garganta. —Señor. Moscú está en la línea.

La realidad vuelve de golpe. Tengo un imperio que proteger, enemigos que manejar, una identidad que mantener. Y ahora tengo una esposa que ha visto demasiado —una esposa a la que me estoy apegando peligrosamente. Una esposa que me hace querer ser mejor de lo que soy, incluso mientras acepta el monstruo en el que me he convertido.

—Terminaremos esta conversación más tarde —le digo, levantándome con cuidado para evitar tirar de la herida. Sus manos se apartan con renuencia, dejando impresiones fantasmales de calor en mi piel.

—¿Lo prometes? —El desafío en su voz hace que el calor se acumule en mi vientre.

Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi índice, inclinando su rostro hacia el mío. —Deberías estar huyendo de mí —murmuro, estudiando cómo su pulso salta bajo mi toque, cómo lame el recuerdo de nuestro beso de sus labios.

Sus pupilas se dilatan aún más, pero su voz es firme. —Probablemente. Pero no soy muy buena haciendo lo que debería.

Que Dios me ayude, pero eso solo me hace desearla más. Esta mujer feroz y hermosa que enfrenta a asesinos sin pestañear. Que cura al monstruo y exige conocer sus secretos. Que me mira como si fuera algo que vale la pena salvar, incluso con sangre en mis manos.

—Ve a limpiarte —le digo bruscamente, antes de que pueda hacer algo estúpido como besarla hasta dejarla sin sentido aquí mismo frente a mi equipo de seguridad—. Hablaremos después de que me ocupe de esto.

Ella asiente, pero se detiene en la puerta. —Solo... no me mientas más, ¿de acuerdo? Sea lo que sea esto, sea lo que seas... prefiero saber la verdad.

Las palabras golpean más fuerte que cualquier cuchillo. Porque la verdad podría destruirla, podría pintar un objetivo aún más grande en su espalda. Pero viéndola alejarse, con la cabeza en alto a pesar de todo lo que ha visto, me doy cuenta de que me estoy quedando sin razones para mantenerla en la oscuridad.

O tal vez solo me estoy quedando sin fuerza de voluntad para resistirme a ella.

De cualquier manera, sé una cosa con certeza: Mila Belmont será o mi salvación o mi destrucción. Y que Dios me ayude, pero estoy empezando a pensar que podría valer la pena el riesgo.

MILA

El baño está lleno de vapor, el aire denso y pesado cuando salgo de la ducha. Me envuelvo firmemente en mi bata de seda, pero hace poco para aliviar el temblor de mis manos o la forma en que mi corazón late erráticamente en mi pecho. Todavía estoy temblando, aunque no sé si es por el frío o la adrenalina. Los acontecimientos de la noche se repiten en mi mente en un bucle interminable: el brillo del cuchillo, la sangre y Artem.

Artem.

Cierro los ojos, exhalando temblorosamente mientras presiono mi espalda contra la fría pared de azulejos. El agua caliente había lavado la sangre de mi piel, pero no había tocado el recuerdo de él. La forma en que se movía, como un depredador en la caza, cada movimiento preciso y letal. Había matado por mí esta noche, y lo había hecho sin dudar. Sin misericordia.

Y sin embargo... había habido misericordia en su toque después, en la forma en que me había acercado a él, protegiéndome de las consecuencias de la violencia como si yo fuera algo precioso.

No puedo sacudirme el recuerdo de la pasión en su beso, la habilidad de sus labios sobre los míos y la embriagadora oleada de sentir cuánto me desea.

Esa dicotomía —el asesino despiadado y el hombre que me había mirado con tanta ternura— hace que me dé vueltas la cabeza. Presiono mi palma contra mi pecho, tratando de calmar el latido caótico de mi corazón, pero no ayuda. El temblor no se detiene.

Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta y mis ojos se abren de golpe. Mi primer instinto es ignorarlo, pero otro golpe sigue, más insistente esta vez.

—Mila —su voz es baja, amortiguada por la puerta, pero es inconfundiblemente él. Artem.

Dudo por un momento antes de empujar desde la pared y cruzar la habitación. Mis dedos tiemblan mientras desbloqueo y abro la puerta.

Está de pie allí, recién duchado, sus pantalones oscuros de dormir colgando bajos en sus caderas y su torso envuelto en vendajes blancos y limpios. La visión me provoca una sacudida: un crudo recordatorio de la herida de cuchillo que había recibido por mí. Su rostro es inescrutable, pero sus ojos... sus ojos están más oscuros de lo que jamás los he visto, con sombras arremolinándose en sus profundidades.

—Nos vamos al amanecer —dice sin preámbulos, su voz áspera, como grava raspando contra acero—. No es seguro quedarnos aquí.

Asiento, tragando con dificultad. —Entiendo.

Él vacila, su mirada recorriéndome antes de suavizarse ligeramente. —Lo siento —añade, su voz más baja ahora—. No es así como quería que fuera nuestra luna de miel.

La inesperada suavidad en su tono hace que algo duela profundamente en mi pecho. —Está bien —digo suavemente, y lo digo en serio. Él está vivo. Eso es todo lo que importa.

Empieza a darse la vuelta, pero no puedo dejarlo ir. No todavía. No cuando el pensamiento de estar sola en esta habitación, en este momento, se siente insoportable. Antes de que pueda pensarlo mejor, mis dedos se extienden y agarran su muñeca. —Espera.

Se detiene, volviéndose hacia mí, su oscura ceja arqueándose en una pregunta. —¿Qué pasa?

Tomo una respiración profunda, deseando que mi voz no tiemble. —Yo... no quiero estar sola esta noche —admito, mis palabras apenas por encima de un susurro—. Todavía estoy demasiado conmocionada.

Por un momento, solo me mira, su expresión ilegible. El silencio se extiende entre nosotros, denso y pesado, hasta que finalmente habla. —¿Necesitas compañía? —pregunta, su voz más suave ahora, cautelosa.

Asiento. No puedo obligarme a decir las palabras, a admitir cuánto lo necesito ahora mismo. No solo su presencia, sino a él.

Entra en la habitación, cerrando la puerta detrás de él con un suave clic. El aire parece cambiar con su presencia, el espacio de repente sintiéndose más pequeño, más cargado. —Necesitas entender algo —dice, su tono oscuro y serio—. No soy un hombre seguro, Mila. Has visto lo que soy, de lo que soy capaz.

—No me importa lo peligroso —susurro, sorprendiéndome incluso a mí misma con la tranquila convicción en mi voz—. De hecho, me haría sentir mejor. A veces es mejor dormir con un oso para protegerse de los lobos.

Por un momento, no se mueve, no habla. Luego, lentamente, se acerca, su alta figura elevándose sobre la mía. Su mano se levanta, su pulgar rozando ligeramente mi labio inferior, y el simple toque envía un escalofrío que recorre mi cuerpo. —¿Estás segura de que no te arrepentirás? —Su voz es baja, provocadora, pero hay un borde peligroso en ella, una advertencia.

—No me arrepentiré —digo, mi voz temblando pero segura.

Una sonrisa oscura curva sus labios, y sus ojos brillan con algo codicioso. —Cuidado, *devotchka* —murmura, su acento espesándose—. Puede que no sepas lo que estás pidiendo. Me gustan algunas cosas... "picantes". Cosas que tal vez no seas lo suficientemente fuerte para manejar.

El calor se acumula en mi vientre por la forma en que lo dice, por la forma en que su mirada recorre mi cuerpo como si ya estuviera imaginando lo que viene después. —Sé lo suficiente —logro decir, mi voz temblorosa pero desafiante—. No solo leo suspenso, ¿sabes?

Su sonrisa se ensancha, y antes de que pueda tomar otro aliento, su boca se estrella contra la mía. Su beso es caliente y exigente, robándome el aire de los pulmones y cada pensamiento coherente de mi mente. Sus manos agarran mi cintura, atrayéndome contra él, y me derrito en su toque, mis brazos envolviéndose alrededor de su cuello. Sabe a calor y peligro y algo indiscutiblemente masculino, y no puedo tener suficiente de él.

Cuando se aparta, sus labios están curvados en una sonrisa maliciosa. —Quédate aquí —susurra, su voz ronca de deseo. Y luego se ha ido, desapareciendo en la cocina.

Me quedo ahí de pie, mi pecho subiendo y bajando mientras intento recuperar el aliento, mi mente dando vueltas. Escucho el suave tintineo del hielo y mi pulso se acelera al recordar el

contenido del cajón que había encontrado antes. Mis mejillas arden ante el recuerdo, pero mi cuerpo responde de manera diferente, el calor acumulándose en mi vientre mientras me pregunto qué tiene planeado.

Cuando regresa, sostiene un vaso de cristal lleno de hielo. Su mirada me recorre mientras coloca el vaso en la encimera. —Quítate la bata —ordena suavemente, su voz sin dejar lugar a discusión.

Vacilo solo un momento antes de dejar que la seda se deslice de mis hombros. El aire fresco acaricia mi piel desnuda, y tiemblo, aunque no estoy segura si es por el frío o por la forma en que me mira. Sus ojos están oscuros y hambrientos, recorriéndome con descarada apreciación.

—Hermosa —murmura, acercándose. Saca un solo cubo de hielo del vaso, sosteniéndolo entre sus dedos—. Quédate quieta.

El primer toque del hielo contra mi pezón me hace jadear, el frío intenso en marcado contraste con el calor que crece dentro de mí. Traza círculos lentos y deliberados, su mirada fija en la mía mientras observa cada una de mis reacciones. El frío se filtra en mi piel, intensificando cada sensación, y para cuando se mueve al otro lado, estoy temblando, mis respiraciones son superficiales y entrecortadas, mis pezones agradablemente entumecidos.

—Date la vuelta —ordena, su voz espesa de deseo—. Manos en la encimera.

Obedezco, apoyándome contra el frío granito. Mi respiración se entrecorta mientras me posiciona, sus manos firmes pero cuidadosas al inclinarme ligeramente hacia adelante. El hielo recorre mi columna vertebral, haciéndome arquear instintivamente.

—Quédate justo así —murmura, su tono a la vez tranquilizador y autoritario.

El primer golpe de su palma contra mi trasero me hace saltar. El ardor no es doloroso, pero combinado con el hielo derritiéndose contra mi piel, la sensación es eléctrica. Me da otro, y luego otro, cada golpe perfectamente cronometrado, construyendo la tensión dentro de mí.

—Los azotes se detienen cuando el hielo se derrita —dice, su voz una oscura promesa—. Veamos cuánto puedes aguantar.

Cada golpe rítmico envía chispas de placer y dolor a través de mí. El hielo se derrite más rápido de lo que esperaba, dejando un rastro de agua por mi espalda. Justo cuando creo que no puedo soportar más, me gira y cae de rodillas, su boca trazando el camino que dejó el agua.

—Artem —jadeo, mis dedos enredándose en su cabello mientras sus labios se mueven más abajo, su lengua provocando piel sensible. Sus manos agarran mis caderas, manteniéndome firme mientras se toma su tiempo saboreándome, lamiendo entre mis pliegues hasta que me retuerzo contra su lengua.

—He querido hacer esto desde que te vi en ese bikini blanco —gruñe, su voz reverberando contra mí—. Tu coño sabe increíble, *devotchka.* Pero no es lo único que quiero probar.

Antes de que pueda responder, se pone de pie, sus manos agarrando mis muslos mientras me empuja boca abajo sobre la encimera. Su pulgar presiona entre mis nalgas, y jadeo ante la sensación.

—¿Confías en mí? —pregunta, su voz áspera pero firme.

—Sí —susurro, mi voz temblorosa pero decidida. La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros, algo frágil que se siente como una promesa. Su mirada se oscurece, y por un momento, no puedo respirar. El peso de su presencia, la intensidad de sus ojos, el calor que irradia de su cuerpo... todo me presiona, haciendo que la habitación se sienta imposiblemente pequeña.

—Bien —murmura, su pulgar acariciando la piel sensible de mi entrada trasera. El simple toque es eléctrico, enviando una sacudida por todo mi cuerpo—. Porque no me detengo una vez que empiezo, Mila. Necesitas saber eso. Este estilo de vida no es para las personas a las que les gusta meter los pies en el agua y probar. Tienes que saltar y nadar con los tiburones.

La advertencia en su tono debería hacerme dudar, debería hacerme reconsiderar mi decisión. Pero en cambio, solo aviva el fuego que arde en mi vientre. —Confío en ti —digo de nuevo, y lo digo en serio. A pesar de todo su peligro, de toda su oscuridad, sé que no me hará daño.

Sus labios se curvan en una sonrisa lenta y maliciosa, y la mano en mi muslo se mueve más arriba, sus dedos rozando el calor entre mis piernas. —Esa es mi chica —dice, su voz áspera de aprobación—. Ahora, mantén las manos en la encimera. No te muevas a menos que yo te lo diga.

Asiento, mi respiración entrecortándose mientras sus dedos me exploran con una lentitud enloquecedora. El frío del hielo que había trazado sobre mi piel persiste, intensificando cada sensación. Cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, mis rodillas casi ceden, y me agarro al borde de la encimera para mantenerme firme.

—Mírate —murmura, su voz baja y casi reverente—. Tan receptiva. Eres perfecta, Mila. ¿Lo sabes?

No tengo palabras para responder, demasiado absorta en las sensaciones que está creando. Sus dedos se mueven con precisión practicada, encontrando cada punto sensible y explotándolo hasta que soy un desastre tembloroso. Cuando añade otro dedo, curvándolos justo en el punto correcto, mi cabeza cae hacia atrás, un suave gemido escapando de mis labios.

—Quédate quieta —ordena, su mano libre agarrando mi cadera para mantenerme en su lugar—. Si te mueves, me detendré.

La advertencia envía una emoción a través de mí, y me obligo a permanecer inmóvil, incluso cuando mi cuerpo grita por liberación. Sus dedos trabajan en mí con una habilidad que me deja sin aliento, su toque a la vez exigente y devastadoramente gentil. Justo cuando creo que no puedo soportar más, retira sus dedos, dejándome dolorida y desesperada por más.

—Date la vuelta —ordena, su voz áspera.

Obedezco sin vacilar, volteándome para enfrentarlo. Me levanta sobre la encimera, el frío granito en marcado contraste con el calor que irradia de mi piel. Sus manos agarran mis muslos, abriéndolos ampliamente, y su mirada se fija en la mía, oscura y posesiva.

—Eres mía —dice, su voz baja y peligrosa—. Dilo.

—Soy tuya —susurro, mi voz temblorosa pero segura. Las palabras se sienten como una rendición, pero no una nacida del miedo. Es una rendición hacia él, hacia la conexión que ha estado creciendo entre nosotros desde el momento en que nos conocimos.

Sus ojos arden con algo primario, y se inclina, capturando mis labios en un beso que me roba el poco aliento que me queda. Sus manos exploran mi cuerpo con un hambre posesiva, su toque dejando un rastro de fuego a su paso. Cuando se aparta, sus labios están curvados en una sonrisa maliciosa.

—Buena chica —murmura, su voz espesa de aprobación—. Ahora, veamos cuánto puedes soportar.

Alcanza el vaso de hielo, sacando otro cubo del cristal. El primer toque del hielo contra mi muslo interno me hace jadear, el frío casi insoportable contra mi piel sobrecalentada. Mueve el cubo en círculos lentos y deliberados, provocándome hasta que estoy temblando de necesidad.

—Artem —jadeo, agarrando el borde de la encimera con las manos—. Por favor...

—¿Por favor qué? —pregunta él con voz juguetona—. Dime qué quieres, Mila. Usa tus palabras.

—Te necesito —logro decir, con la voz apenas por encima de un susurro—. Por favor, Artem, te necesito.

Su sonrisa se ensancha y se inclina, rozando sus labios contra mi oreja. —Eso es todo lo que tenías que decir, *devotchka*.

Sin previo aviso, me empuja sobre la encimera y se arrodilla detrás de mí. Jadeo cuando separa mis glúteos con sus manos, agarrándome con firmeza mientras me retuerzo debajo de él. Lamiendo el hielo derretido, me acaricia con su lengua hasta que estoy temblando y excitada, tan sorprendida como excitada.

Luego encierra mi cuerpo con sus brazos, estirándose detrás de mí. Jadeo al sentir una intrusión en mi piel fría y sensibilizada, y miro por encima del hombro para ver que Artem ha deslizado su pulgar en mi interior. La intrusión debería sentirse extraña, ajena, pero en cambio solo se siente... placentera.

—¿Te gusta eso, *devotchka*? —murmura, inclinándose para mordisquear mi oreja—. ¿Te gusta cómo te estoy tomando de formas en las que nunca te han tomado antes?

Trago saliva y admito: —S-sí.

Él acaricia mi cuello con la nariz, su aliento rozando mi pulso como un depredador preparándose para dar una mordida letal.

—Eres tan hermosa —murmura, casi para sí mismo—. Cada centímetro de ti.

Las palabras envían una calidez que se extiende por todo mi cuerpo, y levanto la mano, rozando con mis dedos los vendajes en su torso. —Me salvaste —susurro, con la voz temblorosa—. Recibiste una puñalada por mí.

—Lo haría de nuevo —dice simplemente, con la voz ronca por la emoción—. Mil veces más.

Antes de que pueda responder, sus labios capturan los míos en un beso que silencia cualquier palabra que pudiera haber dicho, su mano libre enredándose en mi cabello mientras gira mi cabeza bruscamente hacia un lado. Su pulgar se curva dentro de mí hasta que estoy jadeando y gimiendo, y él acaricia mis pliegues húmedos con su miembro desnudo. Cuando finalmente entra

en mí, la sensación es casi demasiado, pero la forma en que me mira, como si yo fuera lo único que importa, hace imposible sentir algo que no sea seguridad.

—¿Estás bien? —pregunta, con voz baja y ronca.

—Sí —susurro, y lo digo en serio—. Más que bien.

Empieza a moverse, lento y deliberado, sus embestidas medidas como si estuviera saboreando cada momento. Pero a medida que me muevo con él, su control comienza a deslizarse. Su ritmo se vuelve más exigente, más primario, y la intensidad cruda de ello me lanza hacia el borde.

Sus movimientos se vuelven más erráticos, más primarios, como si estuviera luchando por contenerse pero perdiendo la batalla con cada embestida. Mi cuerpo se aferra al suyo, temblando y desesperado, atrapado en su ritmo implacable. Su mano libre se desliza por mi estómago, su pulgar rozando el sensible nudo de nervios entre mis piernas, y grito, la sensación aguda y eléctrica. Estoy llena de formas en las que nunca antes lo había estado, excitada por todos lados y completamente reclamada.

—¿Sientes eso? —gruñe, su voz áspera y peligrosa en mi oído—. ¿Sientes cómo me recibes perfectamente? ¿Cuán apretada estás a mi alrededor, *devotchka*? Como si hubieras sido hecha para mí.

Sus palabras envían una oleada de calor a través de mí, y me arqueo contra él, mis uñas clavándose en la encimera. —Artem —jadeo, suplicando, aunque no estoy segura de qué estoy rogando. ¿Más? ¿Menos? No puedo pensar, no puedo hablar, no puedo hacer nada más que sentir.

—¿Sabes lo que me estás haciendo? —exige, su pulgar curvándose dentro de mí, sus embestidas haciéndose más profundas, más fuertes—. Me estás volviendo loco, Mila. He deseado tu cuerpo perfecto durante tanto tiempo, y ahora no puedo dejar de tomarte.

—No —logro decir, con la voz temblorosa—. No pares.

Él gime, un sonido bajo y gutural, como si hubiera sido arrancado de algún lugar profundo dentro de él. —Eres mía —gruñe, chupando la delicada piel de mi cuello, lo suficientemente fuerte como para dejar marcas—. Me perteneces ahora, Mila. Dilo.

—Soy tuya —jadeo, las palabras brotando de mí sin vacilación—. Soy tuya, Artem.

Él gruñe, su control deslizándose aún más. —Estás jugando con fuego, Mila —gruñe, su voz áspera, casi gutural—. ¿Sabes lo que pasa cuando dejas que un hombre como yo te tenga así? ¿Cuando me dejas tomarte al natural, poseerte y llenarte?

Me estremezco ante sus palabras, ante el filo crudo y peligroso de su tono. —Dímelo —susurro, con la voz temblorosa—. ¿Qué pasa?

Sus labios rozan mi oreja, su aliento caliente y pesado. —Te arruino —murmura, su pulgar presionando más fuerte, enviando sacudidas de placer a través de mi cuerpo—. Te marco tan profundamente que nadie más te tocará jamás. Me entierro tan dentro de ti que me sentirás mucho después de que me haya ido. —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja, el roce enviando un escalofrío por mi columna—. Y no me detengo hasta que he tenido cada parte de ti, hasta que te he fecundado y te he llenado.

Las palabras me lanzan hacia el borde, la pura intensidad de ellas, de él, empujándome más alto de lo que jamás he estado. —Artem —jadeo, mi voz quebrándose mientras la tensión dentro de mí se enrolla más y más apretada. Sé que los riesgos son relativamente bajos, pero estoy tan emocionada como nerviosa de dejarlo terminar dentro de mí. Se siente demasiado bien para parar —. Estoy...

—Llega para mí —gruñe, su voz oscura y dominante mientras agarra mi cabello con su mano libre y tira de mi cabeza completamente hacia atrás—. Déjame sentirlo. Déjame sentir cuánto deseas tenerme dentro. Cuánto deseas que te llene.

La orden me destroza. Grito, mi cuerpo apretándose a su alrededor mientras el placer se estrella sobre mí en oleadas, crudo y todo consumidor. Él gime mientras me aprieto a su alrededor, su ritmo vacilando mientras persigue su propio clímax.

—Maldición —gruñe, su voz áspera y desesperada. Sus movimientos se vuelven frenéticos, su agarre en mí casi magullando mientras embiste una última vez. Lo siento estremecerse contra mí, su cuerpo tensándose mientras se derrama dentro de mí, su calor inundándome completamente.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Su frente presiona contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose mientras luchamos por recuperarlas. Su pulgar acaricia perezosamente mi cadera ahora, calmando donde su agarre había sido áspero momentos antes. El contraste envía otro escalofrío a través de mí, y cierro los ojos, tratando de estabilizarme.

Cuando finalmente se retira, sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y hay algo crudo y desprotegido en su mirada. —Mírate —murmura, su mano deslizándose hacia mi estómago, su pulgar rozando la piel allí en un gesto posesivo, casi reverente—. Eres perfecta, Mila. Toda tú. ¿Sientes eso? ¿Sientes cómo te he reclamado, cómo te he llenado?

Asiento, mi respiración entrecortándose mientras su mano se mueve más abajo, sus dedos rozando el desastre que ha dejado dentro de mí. —Eres peligroso —susurro, con la voz temblorosa.

Sonríe con suficiencia, sus ojos brillando con oscura satisfacción. —Ya lo sabías, pequeña zorra inmunda —dice con voz baja y burlona—. Pero ahora, *devotchka*, sabes exactamente cuán peligroso puedo ser, especialmente ahora que me has tentado. Hazlo de nuevo y me volveré adicto a correrme dentro de ti.

Un escalofrío me recorre, pero no es miedo lo que siento. Es algo más profundo, algo mucho más peligroso de lo que él podría ser. —Eres peligroso —repito, sosteniendo su mirada con firmeza —. Pero yo también lo soy, Artem. No eres el único jugando con fuego.

Su expresión cambia, la sonrisa dando paso a algo más oscuro, más serio. —Entonces arde conmigo —murmura, inclinándose para presionar un beso en mis labios, suave y posesivo—. Porque no te dejaré ir, Mila. Ni ahora. Ni nunca.

Mientras me atrae hacia sus brazos, su cuerpo cálido y sólido contra el mío, me encuentro hundiéndome en él, en su peligrosa e innegable atracción. Y por primera vez, me siento verdaderamente segura.

Incluso en los brazos del hombre más peligroso que jamás he conocido.

15

ARTEM

El sol de la mañana se filtra a través de las cortinas translúcidas, pintando franjas doradas sobre los hombros desnudos de Mila mientras duerme a mi lado. Su cabello castaño rojizo se derrama sobre mi pecho como fuego líquido, y el apacible subir y bajar de su respiración despierta algo protector en lo profundo de mi pecho. Para un hombre acostumbrado a despertar con un ojo abierto, siempre alerta ante la próxima amenaza, este momento de tranquilidad se siente como un regalo que no merezco.

Trazo con mis dedos la curva de su columna, memorizando la seda de su piel, la forma en que inconscientemente se acerca más a mi tacto incluso dormida. La noche anterior cambió todo entre nosotros, no solo el calor de nuestra pasión, sino la forma en que ella enfrentó la verdad de lo que soy sin pestañear. La manera en que atendió mis heridas con manos gentiles incluso mientras exigía respuestas con ese espíritu feroz que primero me atrajo hacia ella.

Se mueve, esos extraordinarios ojos verdes revoloteando al abrirse. Por un momento, solo me mira, y me preparo para el arrepentimiento, para que la realidad de lo sucedido la golpee. Pero en cambio, sus labios se curvan en una lenta sonrisa que me oprime el pecho.

—Sigues aquí —murmura, con la voz ronca por el sueño.

—¿Dónde más estaría? —Aparto un mechón de cabello de su rostro, dejando que mis dedos se detengan en su mejilla—. Después de todo, esta es mi cama.

Ella pone los ojos en blanco, pero no se aparta de mi toque. —Siempre tan romántico.

—El romanticismo no es exactamente mi especialidad, *devotchka*.

—¿No? —Se apoya sobre un codo, la sábana deslizándose para revelar tentadores vislumbres de piel desnuda—. ¿Entonces cuál es tu especialidad, señor Romanov?

El desafío juguetón en su voz despierta algo primario en mí. Antes de que pueda parpadear, nos hago girar, inmovilizándola debajo de mí. Su respiración se entrecorta cuando capturo sus muñecas con una mano, sosteniéndolas sobre su cabeza.

—Protección —gruño, mordisqueando su garganta—. Posesión. —Mi mano libre se desliza por su costado, haciéndola estremecer—. Asegurarme de que lo que es mío siga siendo mío.

—¿Eso es lo que soy? —pregunta, pero no hay miedo en su voz. Solo calor—. ¿Algo que te pertenece?

—Sabes que lo eres. —Suelto sus muñecas para acunar su rostro, obligándola a encontrar mi mirada—. Después de anoche, no hay vuelta atrás. Eres mía, Mila. En todas las formas que importan.

Debería discutir. Debería recordarme que este matrimonio es solo por conveniencia, que ambos estamos interpretando papeles. En cambio, ella alza la mano para trazar la línea de mi mandíbula, su toque imposiblemente tierno.

—Entonces tú también eres mío —dice suavemente—. Lo bueno y lo malo. El empresario y el...

otro.

Voron. Todavía no puede decirlo del todo, pero no tiene que hacerlo. Ambos sabemos lo que soy ahora.

—No sabes lo que estás pidiendo —le advierto, incluso mientras me inclino hacia su toque—. Las cosas que he hecho...

—Sé lo suficiente. —Su otra mano encuentra el vendaje en mi costado, donde recibí la puñalada destinada a ella—. Sé que me protegiste. Que lo harías de nuevo.

—Siempre. —La palabra sale más áspera de lo que pretendía—. Pero mi mundo es peligroso, Mila. Anoche lo demostró. Si algo te pasara...

Ella me silencia con un beso, suave pero insistente. Cuando se aparta, hay ese familiar gesto obstinado en su barbilla que me hace querer besarla hasta dejarla sin sentido.

—Entonces enséñame —dice—. Deja de intentar protegerme manteniéndome en la oscuridad. Muéstrame cómo sobrevivir en tu mundo.

La petición me golpea como un golpe físico. Porque una parte de mí quiere exactamente eso: quiere moldearla en alguien que pueda estar a mi lado, que conozca todas mis sombras y no tenga miedo. Pero el resto de mí se revuelve ante la idea de mancharla con mi oscuridad.

—Déjame levantarme —dice de repente—. Estoy muerta de hambre y quiero café.

La libero a regañadientes, observando cómo se desliza de la cama. Está completamente desinhibida mientras camina desnuda hacia donde su bata yace en el suelo, dándome una excelente vista de las marcas que dejé en su piel anoche. Mi satisfacción posesiva debe mostrarse en mi rostro, porque me lanza una mirada conocedora por encima del hombro.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sabes que sí. —Me levanto para seguirla, sin molestarme en ponerme ropa—. Pero estás jugando un juego peligroso, provocándome así.

Ella se ríe, un sonido brillante que parece imposible tras la violencia de anoche. —Tal vez me gusta lo peligroso. —Se ata la bata holgadamente alrededor de la cintura, dejando demasiada piel expuesta—. Ahora, ¿vas a alimentarme o tengo que arreglármelas sola?

Veinte minutos después, he logrado ponerme un pantalón de pijama y preparar un desayuno adecuado de huevos, tocino y café recién hecho. Mila se encarama en un taburete de la barra de la cocina, observándome cocinar con interés indisimulado. Se ha puesto una de mis camisas de vestir, la tela blanca casi translúcida a la luz de la mañana, y la visión de ella en mi ropa hace cosas a mi autocontrol.

—No sabía que supieras cocinar —dice ella, aceptando un plato de huevos y fruta fresca.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Sirvo café para ambos, preparando el de ella con crema y azúcar como he notado que le gusta—. Pero empiezo a pensar que eso debe cambiar.

Sus ojos se abren ligeramente ante la admisión. —¿En serio? ¿No más rutina de señor del crimen misterioso?

—Cuidado —le advierto, pero sin dureza. No cuando me mira así, con el pelo revuelto por el sueño y los labios hinchados por los besos, su cuerpo maduro para otra entrega—. Sigo siendo peligroso.

—Mmm. —Toma un sorbo de café, observándome por encima del borde de su taza—. Eso lo dice el hombre que acaba de prepararme el desayuno perfecto y recordó exactamente cómo me gusta el café.

—No te acostumbres. Nos vamos en una hora.

Su expresión juguetona se vuelve seria. —Cierto. Porque alguien intentó matarte. Matarnos.

—Esta isla ya no es segura. —Me inclino sobre la encimera, pasando mi pulgar por su labio inferior—. Pero te mantendré a salvo, Mila. Cueste lo que cueste.

—Sé que lo harás. —Ella atrapa mi mano, presionando un beso en mi palma que se siente como una marca—. Pero ¿quién te mantiene a salvo a ti?

La pregunta me toma por sorpresa. En mi mundo no existe la seguridad, solo el poder y la vigilancia constante necesaria para mantenerlo. Pero mirando a Mila ahora, la genuina preocupación en sus ojos, me encuentro deseando algo que nunca antes me había atrevido a desear.

Una compañera. Alguien con quien compartir no solo mi cama, sino mis cargas. Alguien que ve tanto al hombre como al monstruo y elige quedarse de todos modos.

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra con un mensaje entrante. Lo reviso por reflejo, años de entrenamiento hacen imposible ignorarlo.

Se me hiela la sangre al leer el informe de Viktor. Nueva información sobre un topo en mi organización, alguien que filtra información a mis enemigos. Alguien que sabe sobre Mila.

—¿Artem? —Su voz me trae de vuelta al presente—. ¿Qué pasa?

La miro, a esta mujer feroz y hermosa que confió en mí con su cuerpo y su corazón anoche. Que ha comenzado a labrarse un lugar en mi vida que nunca pensé darle.

Y me doy cuenta, con una certeza profunda, que haré cualquier cosa para mantenerla a salvo. Incluso si eso significa convertirme en el monstruo que todos temen que soy.

—Nada —miento, alcanzando su mano—. Solo negocios. Termina tu desayuno, *devotchka*. Tenemos un largo día por delante.

Ella estudia mi rostro, y sé que no me cree. Pero lo deja pasar, volviendo a su comida con solo un ligero ceño entre sus cejas.

La observo comer, memorizando cada detalle de este momento pacífico. Porque muy pronto, tendré que desatar a Voron de nuevo. Y esta vez, no habrá misericordia para aquellos que se atrevan a amenazar lo que es mío.

16

MILA

Las puertas de hierro forjado se abren silenciosamente mientras nuestro coche se desliza a través de ellas, revelando la mansión de Artem por primera vez. Se me corta la respiración. Las fotos no me habrían podido preparar para la pura grandeza de esto: una obra maestra de la arquitectura moderna que se extiende a lo largo de lo que deben ser acres de terrenos cuidadosamente mantenidos. El sol de la tarde tardía se refleja en interminables paredes de cristal, haciendo que toda la estructura brille como un espejismo.

—Bienvenida a casa —murmura Artem a mi lado, con su mano cálida sobre mi rodilla.

Casa. La palabra resuena de manera extraña en mi mente mientras nos detenemos en la entrada principal. Este palacio de mármol y cristal no podría estar más lejos de mi acogedor apartamento junto a la playa, con su colección de muebles dispares y paredes cubiertas con mi obra artística. Sin embargo, algo en la forma en que Artem lo dice, el suave apretón de sus dedos contra mi pierna, hace que mi corazón revolotee traicioneramente.

El personal de seguridad se materializa cuando salimos del coche, sus trajes oscuros y auriculares son un recordatorio de que esta no es una casa común. Cuento al menos seis de ellos apostados solo en las inmediaciones, sus ojos vigilantes escaneando constantemente en busca de amenazas.

—¿Todo esto es realmente necesario? —pregunto mientras Artem me guía por las imponentes escaleras, su mano posesiva en la parte baja de mi espalda.

—Sí —su voz no admite discusión—. Después de lo que pasó en nuestra luna de miel, no voy a correr ningún riesgo con tu seguridad.

Quiero protestar diciendo que puedo cuidarme sola, pero el recuerdo de los ojos fríos del asesino me detiene. En su lugar, dejo que Artem me guíe a través de unas enormes puertas dobles hacia un vestíbulo de entrada que me deja sin aliento una vez más.

Una lámpara de araña de cristal más grande que mi antigua sala de estar cae en cascada desde el elevado techo, proyectando prismas de arcoíris sobre suelos de mármol pulidos hasta brillar como espejos. Una gran escalera se curva hacia arriba como algo salido de un cuento de hadas, sus barandillas de hierro forjado son obras de arte intrincadas en sí mismas. Todo habla de dinero antiguo y gusto refinado, exactamente el tipo de lugar que nunca pensé que llamaría hogar.

—Por aquí —dice Artem, guiándome más allá de obras de arte y antigüedades invaluables que harían llorar a mis profesores de historia del arte—. Quiero mostrarte algo.

Subimos las escaleras, mis tacones haciendo clic contra el mármol, el sonido resonando en la inmensidad. El segundo piso no es menos impresionante, con ventanas del suelo al techo que ofrecen vistas espectaculares de los terrenos. Capto vislumbres de jardines, una piscina que parece más un resort privado, y lo que podría ser una cancha de tenis en la distancia.

—Tu habitación —anuncia Artem, empujando un juego de puertas dobles.

Entro y me quedo paralizada. El espacio frente a mí es más grande que todo mi apartamento,

decorado en tonos de crema y oro suave que capturan la luz de la tarde tardía que se filtra por las puertas francesas que conducen a un balcón privado. Una cama king-size domina una pared, cubierta con ropa de cama que probablemente cuesta más que mi coche. Pero lo que realmente llama mi atención es el área de estar separada, completa con un caballete y suministros de arte perfectamente dispuestos junto a ventanas del suelo al techo.

—Mencionaste que querías continuar con tu trabajo de diseño —dice Artem en voz baja—. Pensé que te gustaría un espacio de estudio apropiado.

Algo cálido y peligroso se despliega en mi pecho ante su consideración.

—Yo... gracias —logro decir, pasando mis dedos sobre los prístinos pinceles—. Esto es increíble.

—Por aquí —continúa, moviéndose hacia otra puerta—, está tu oficina.

La oficina en casa es el sueño de un diseñador: elegante y moderna, con un equipo informático de última generación y suficiente espacio de escritorio para desplegar múltiples proyectos. Pero lo que llama mi atención es la pared de estanterías empotradas, ya llena de libros de diseño y revistas de la industria que reconozco.

—¿Cómo sabías cuáles conseguir?

Los labios de Artem se curvan en esa sonrisa exasperante que estoy empezando a conocer demasiado bien.

—Hago mi investigación, devotchka.

Antes de que pueda procesar las implicaciones de eso, saca algo de su bolsillo: un elegante auricular color carne que parece pertenecer a una película de espías.

—¿Qué es esto?

—Un seguro —dice, presionándolo en mi palma—. Es imposible de rastrear, conectado directamente a mi línea personal. Si alguna vez estás en problemas, si alguna vez me necesitas, solo presiona aquí. —Demuestra el botón sutil—. Vendré inmediatamente.

El peso de esto en mi mano se siente más pesado de lo que su tamaño sugeriría.

—¿Realmente esperas que los problemas nos sigan hasta aquí?

Su expresión se oscurece.

—No espero nada y me preparo para todo. Úsalo siempre, Mila. Prométemelo.

Hay algo en su voz, un borde de desesperación bajo el comando, que me hace asentir.

—Lo prometo.

—Bien. —Su pulgar roza mis nudillos antes de soltar mi mano—. Ahora, sobre nuestro acuerdo...

Mi corazón se salta un latido ante su tono.

—¿Qué hay con eso?

—Deberíamos discutir las expectativas. —Se mueve para apoyarse contra mi nuevo escritorio, cada movimiento grácil y depredador—. Este matrimonio tiene un punto final claro: tres años, hasta que pueda solicitar mi tarjeta verde. Después de eso, podemos seguir nuestros caminos separados.

Las palabras no deberían doler. Esto es exactamente lo que acordé, después de todo. Un acuerdo de negocios, nada más. Entonces, ¿por qué mi pecho se siente apretado ante la idea de que termine?

—Por supuesto —digo, apuntando a la casualidad y probablemente fallando por kilómetros—. Aunque tendremos que ser convincentes hasta entonces. Fotos juntos, apariciones públicas...

—Exactamente. —Sus ojos se oscurecen mientras me recorren—. Y los arreglos privados pueden ser... negociados.

El calor inunda mis mejillas mientras los recuerdos de nuestra luna de miel pasan por mi mente: sus manos sobre mi piel, su boca reclamando la mía, la forma en que me hizo sentir cosas que nunca imaginé posibles.

—¿Qué tipo de arreglos tenías en mente? —Me enorgullece que mi voz solo tiemble un poco.

Se aparta del escritorio, acortando la distancia entre nosotros con gracia depredadora. —Creo que sabes exactamente a qué me refiero, devotchka. —Sus dedos rozan mi mejilla, y no puedo evitar inclinarme hacia su toque—. ¿A menos que prefieras que mantengamos las cosas estrictamente profesionales?

—No —susurro antes de poder detenerme—. Quiero decir... algo casual podría funcionar. Por las apariencias.

Su sonrisa de respuesta es puro pecado. —Por las apariencias —acepta, pero hay algo más oscuro en su voz, algo que hace que mi pulso se acelere—. Aunque debo advertirte... —Se acerca más, su aliento caliente contra mi oído—. No soy muy bueno en lo casual.

Tiemblo a pesar del calor de la habitación. —Yo tampoco.

—Entonces quizás —sus labios rozan mi cuello, apenas— deberíamos dejar de fingir que eso es lo que es esto.

Antes de que pueda responder, se aparta, dejándome sin aliento y confundida. —Acomódate —dice, su voz volviendo a ser profesional aunque sus ojos aún arden—. La cena es a las siete.

Se ha ido antes de que pueda reunir mis pensamientos dispersos, dejándome sola en mi hermosa nueva prisión. Porque eso es lo que es, ¿no? Una jaula dorada, sin importar cuán cómoda sea.

Entonces, ¿por qué se siente más como un hogar con cada minuto que pasa?

Me muevo hacia las ventanas, observando cómo Artem cruza los terrenos abajo, hablando con su equipo de seguridad. Incluso desde aquí, puedo ver el poder en sus movimientos, la autoridad que irradia. Es peligroso, me recuerdo. Un hombre con secretos lo suficientemente oscuros como para requerir un ejército de guardias y dispositivos de comunicación imposibles de rastrear.

Y sin embargo...

Mis dedos rozan el auricular que me dio, calentándolo contra mi piel. También es el hombre que recordó mi amor por el arte, que creó este espacio para mí sin que se lo pidiera. El hombre que me mira como si fuera algo precioso incluso mientras promete que nuestro matrimonio tiene fecha de caducidad.

Tal vez ambos estamos fingiendo que esto es más simple de lo que es. Tal vez ambos nos estamos mintiendo a nosotros mismos sobre lo que realmente está creciendo entre nosotros.

Pero mientras veo el sol ponerse sobre mi nuevo hogar, pintando el cielo en tonos de fuego y oro, no puedo obligarme a preocuparme. Por ahora, tomaré lo que pueda conseguir: esta hermosa habitación, sus miradas ardientes, la promesa de arreglos "casuales" que se sienten todo menos casuales.

El resto... bueno, ese es un problema para otro día.

ARTEM

El comedor resplandece bajo la suave luz del atardecer, con el cristal y la plata captando el brillo de las arañas que mandé instalar especialmente cuando compré esta mansión.

Todo es perfecto, desde la temperatura del vino hasta el ángulo preciso de cada cubierto. Pero mientras observo a la familia Belmont entrar para esta cena inesperada, sé que ninguna cantidad de perfección hará que esta velada sea fácil.

Charles entra primero, con su cabello plateado perfectamente peinado, pero nuevas líneas de tensión marcando su rostro. Detrás de él, la gracia de Vivian parece forzada, su sonrisa frágil mientras contempla el opulento entorno. Henry le sigue, ya mirando de reojo la licorera de whisky en el aparador, mientras que su hermana Chloe entra dando saltitos con su característico entusiasmo, ajena a la corriente subyacente de tensión.

Y luego está Mila. Mi esposa se queda un momento en la puerta, deslumbrante en un vestido azul profundo que hace que sus ojos brillen como zafiros. Solo verla envía una oleada de calor por mis venas, los recuerdos de esta mañana —su piel contra la mía, sus suaves suspiros mientras la despertaba a besos— amenazando mi cuidadosamente mantenido control.

—Artem —la voz de Charles interrumpe mis pensamientos—. ¿Podemos hablar en privado antes de la cena?

Capto la mirada preocupada de Mila, pero le hago un sutil gesto de asentimiento.

—Por supuesto. Mi despacho está por aquí.

La pesada puerta de roble se cierra detrás de nosotros con un suave clic que parece resonar en el repentino silencio. Charles se dirige a la ventana, mirando fijamente los cuidados jardines donde los equipos de seguridad patrullan con precisión de relojería.

—Sé lo que pasó en tu luna de miel —dice sin preámbulos, su reflejo sombrío en el cristal oscurecido—. El ataque. El asesino.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero mantengo la voz firme.

—¿Y cómo exactamente obtuviste esta información?

Se gira, con los ojos duros.

—Puede que haya aceptado este acuerdo, pero eso no significa que haya dejado de proteger a mi hija. Tengo mis propias fuentes, mis propias formas de mantenerme informado.

Interesante. Tomo nota mental de pedirle a Viktor que investigue exactamente a qué "fuentes" tiene acceso Charles Belmont.

—La situación fue manejada.

—¿Lo fue? —Se acerca más, y tengo que admirar su valentía. La mayoría de los hombres no se atreverían a desafiarme, especialmente en mi propia casa—. Porque por lo que he oído, mi hija podría haber muerto.

—Mila nunca estuvo en peligro real —la mentira sabe amarga en mi lengua—. Tengo el mejor equipo de seguridad que el dinero puede comprar.

—Y aun así alguien se acercó lo suficiente como para intentar matarlos a ambos —la voz de Charles se eleva ligeramente antes de que se controle—. Acepté este matrimonio para salvar mi empresa, no para poner a mi hija en la mira de cualquier enemigo que te hayas hecho.

La acusación flota pesadamente en el aire entre nosotros. Podría decirle la verdad: que su preciosa empresa ya estaba en la mira de hombres mucho más peligrosos que yo. Que al casarme con Mila, le he dado más protección de la que él jamás podría. Pero eso significaría revelar demasiado.

—Entiendo tu preocupación —digo en su lugar, manteniendo un tono mesurado—. Pero te aseguro que la seguridad de Mila es mi máxima prioridad. Lo que sucedió en nuestra luna de miel fue un incidente aislado, y he tomado medidas para asegurarme de que no vuelva a ocurrir.

Charles me estudia por un largo momento, su mandíbula trabajando.

—Es mi hija, Romanov. No solo un activo empresarial que puedes dar por perdido si las cosas salen mal.

Algo oscuro y posesivo se eleva en mi pecho.

—Es mi esposa —le recuerdo, dejando que se filtre en mi voz el filo suficiente para hacerlo retroceder—. Y yo protejo lo que es mío.

Antes de que pueda responder, un golpe en la puerta nos interrumpe.

—La cena está servida —anuncia Viktor, con un sentido de la oportunidad impecable como siempre.

El comedor bulle de conversación cuando regresamos, la mayor parte generada por la emocionada charla de Chloe sobre su último proyecto de diseño. Mila está sentada a mi derecha, exactamente donde pertenece, aunque la preocupación parpadea en sus ojos al percibir mi expresión.

Le aprieto la mano bajo la mesa, saboreando la forma en que se inclina ligeramente hacia mi contacto. El simple contacto me ancla, me ayuda a concentrarme mientras se sirve el primer plato.

—Entonces —dice Henry, ya en su segundo whisky—, sobre las proyecciones trimestrales para Belmont Realty...

—En realidad —interrumpo suavemente—, he estado pensando en discutir algunos cambios en la estructura de la empresa —me dirijo a Mila, disfrutando de la forma en que el rostro de Henry se oscurece—. Como accionista mayoritario, he decidido reestructurar el equipo ejecutivo. Tú y yo serviremos como co-directores generales, con efecto inmediato.

El silencio cae sobre la mesa. El tenedor de Mila choca contra la fina porcelana mientras me mira fijamente, sus extraordinarios ojos abiertos de sorpresa.

—¿Qué?

—Ya he hecho redactar los documentos —tomo un sorbo de vino, saboreando el momento—. Acciones iguales, autoridad igual. Parece lo más apropiado, dado tu título en administración de empresas y tu conocimiento íntimo de la compañía.

—Un momento —balbucea Henry, su rostro enrojeciendo—. No puedes simplemente...

—De hecho, puedo —encuentro su mirada fijamente—. Como accionista mayoritario, puedo reestructurar la gerencia como me parezca conveniente. A menos que quieras desafiar mi autoridad en este asunto.

La amenaza en mi tono no es sutil. La boca de Henry se abre y se cierra, pero no emite palabra alguna. A su lado, Charles agarra su copa de vino con tanta fuerza que temo que pueda romperse.

—¡Oh, qué romántico! —suspira Chloe, rompiendo la tensión—. Trabajando juntos, codo con codo... ¿Tienes un hermano, Artem? ¿Preferiblemente uno que también crea en la igualdad en el lugar de trabajo?

—Chloe —advierte Mila, pero percibo el orgullo que ilumina sus ojos, la leve sonrisa que intenta ocultar detrás de su copa de vino.

—Créeme —añade con sequedad—, la vida de casada no es algo que te desearía todavía, hermanita.

Oculto mi burla en mi propia copa, recordando exactamente con cuánto entusiasmo mi esposa había abrazado la "vida de casada" esta mañana. Dos veces.

—Simplemente estoy reconociendo el talento —digo con suavidad—. Las ideas de Mila sobre el negocio ya han demostrado ser invaluables.

La mirada que me dirige es una mezcla de gratitud y sospecha, como si no pudiera creer que mis motivos sean tan simples. Tiene razón en sospechar, por supuesto. Nada en este acuerdo es simple ya.

El resto de la cena transcurre en un borrón de cortesías forzadas y tensiones subyacentes. Henry bebe demasiado, Charles me observa como un halcón, y Vivian intenta mantener alguna apariencia de conversación normal. A través de todo esto, soy agudamente consciente de Mila a mi lado: el roce de su brazo contra el mío cuando alcanza su vino, el sutil aroma de su perfume, la forma en que su pecho sube y baja con cada respiración cuidadosa.

Solo cuando los Belmont finalmente se van me permito mirarla realmente. Está de pie en el vestíbulo, iluminada por detrás por apliques de cristal, más hermosa de lo que cualquier mujer tiene derecho a ser.

—¿Co-CEO? —dice suavemente, volviéndose hacia mí—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Me acerco más, atraído hacia ella como una polilla a la llama. —¿Lo habrías aceptado si te lo hubiera dicho?

—Probablemente no. —Una sonrisa tira de sus labios—. Habría asumido que era algún tipo de truco.

—¿Y ahora? —Mis dedos encuentran su cintura, acercándola más—. ¿Qué supones sobre mis

motivos?

Me estudia, con la cabeza ligeramente inclinada. —Que probablemente sean más complicados que simplemente reconocer el talento.

Chica lista. Me inclino, mis labios rozando su oreja. —O tal vez solo me gusta la idea de mantenerte cerca, devotchka. Muy cerca.

Un escalofrío la recorre, y sus manos se posan en mi pecho. —¿Es de eso de lo que se trata? ¿Mantener a tus enemigos más cerca?

—No eres mi enemiga, Mila. —Me aparto lo suficiente para encontrar sus ojos—. Nunca lo fuiste.

La mirada que me da está llena de preguntas que tiene demasiado miedo de hacer. Pero antes de que cualquiera de nosotros pueda romper este frágil momento, Viktor aparece al final del pasillo.

—Señor, Moscú está en la línea.

La realidad vuelve de golpe. Me alejo de Mila, ya extrañando su calor. —Continuaremos esta discusión más tarde.

Ella asiente, pero ahora hay algo conocedor en sus ojos. Algo que me dice que nuestra próxima conversación no será tan fácilmente desviada.

La observo subir las escaleras, sus movimientos graciosos incluso en el agotamiento, y me pregunto cuánto tiempo más podré mantenerla en la oscuridad. ¿Cuánto tiempo más antes de que se dé cuenta de que hacerla co-CEO no era solo cuestión de reconocer sus talentos o mantenerla cerca?

Se trataba de protegerla. Porque la tormenta que se avecina no perdonará a nadie en su camino, y al menos de esta manera, ella tendrá algo de poder propio cuando golpee.

Solo espero que sea suficiente.

MILA

El sol del verano californiano golpea con fuerza sobre el familiar camino de entrada de la mansión de mi familia mientras estaciono mi coche, pero hoy algo se siente diferente. Quizás sean los dos meses viviendo con Artem los que han cambiado mi perspectiva, o tal vez es que por fin me siento como mi propia persona en lugar de la eterna decepción de la familia. Incluso el reducido equipo de seguridad —solo un guardia siguiéndome a una distancia discreta— se siente como un progreso.

Me aliso la blusa de seda, una pieza de diseñador que aún me hace mirarme dos veces cuando veo mi reflejo. Todo mi guardarropa ha experimentado una mejora desde la boda, aunque Artem insiste en que es solo parte de mantener las apariencias. Como si la forma en que sus manos se demoran cuando me ayuda a subir la cremallera de mis vestidos fuera "solo negocios".

La puerta principal se abre antes de que llegue a ella, revelando a Henry con un vaso de whisky ya en la mano a pesar de la hora temprana. Su rostro se oscurece cuando me ve, y algo en mi estómago se revuelve desagradablemente.

—Vaya, si es nuestra nueva co-CEO —dice, con la voz cargada de desdén—. ¿Has venido a revisar tu inversión?

Paso junto a él hacia el vestíbulo, negándome a dejar que vea cómo me afecta su tono.

—En realidad, he venido a ver a Chloe. Está en casa por las vacaciones de verano, ¿recuerdas?

—Oh sí, tiempo en familia. —Me sigue, haciendo tintinear el hielo en su vaso—. Aunque supongo que eso significa algo diferente para ti ahora, ¿no? Ahora que te estás acostando para llegar a la cima.

Me giro para enfrentarlo, el calor inundando mis mejillas.

—¿Disculpa?

—Me has oído. —Se acerca más, su aliento agrio por el whisky caliente en mi cara—. ¿Creíste que no lo descubriríamos? ¿Que tu precioso marido te hizo co-CEO por la bondad de su corazón?

—Me gané ese puesto —le espeto, manteniéndome firme a pesar de que las náuseas me revuelven el estómago—. Tengo el mismo título en negocios que tú, Henry. El mismo conocimiento de nuestra empresa. La única diferencia es que Artem realmente reconoce mi potencial en lugar de descartarme por ser mujer.

Su risa es desagradable.

—¿Potencial? ¿Así es como lo llamamos ahora? Dime, querida hermana, ¿cómo se siente ser la puta de un ruso...

—¡Henry! —La voz de Chloe resuena en el aire como un latigazo. Está de pie en lo alto de las escaleras, con los ojos abiertos de asombro—. ¿De qué estás hablando?

Mi corazón se detiene.

—Chloe, no...

—Oh, ¿no lo sabías? —La sonrisa de Henry es cruel mientras se vuelve hacia nuestra hermana menor—. Tu hermana perfecta se casó con un jefe de la Bratva. Un criminal. Un asesino. Todo para salvar la preciosa empresa de papá.

La sangre se drena del rostro de Chloe.

—¿Qué? No, eso no es... Mila y Artem se conocieron en línea. Se enamoraron...

—Despierta, hermanita. —Henry se termina el resto de su whisky—. Todo fue una mentira. Cada parte de ello. Nuestra hermana se vendió a un monstruo para mantenerte en tu lujoso apartamento y con ropa de diseñador.

—Basta —suplico, pero el daño está hecho. Observo cómo la comprensión amanece en los ojos de Chloe, seguida rápidamente por el horror.

—¿Es cierto? —susurra—. ¿Tú... fue todo falso?

Mi silencio es respuesta suficiente. Las lágrimas se acumulan en sus ojos mientras sacude la cabeza.

—No entiendo. ¿Por qué harías...

—Porque íbamos a perderlo todo —digo suavemente—. La empresa, las casas, tu edificio de apartamentos. Habrías tenido que dejar la escuela. No podía dejar que eso sucediera.

—¿Así que te casaste con un criminal? —Su voz se quiebra—. ¿El hombre con el que he estado soñando encontrar para mí es en realidad una especie de mafioso?

—No es tan simple...

—¿No lo es? —Las lágrimas corren por su rostro ahora—. Toda mi vida te he admirado. Quería ser como mi hermana mayor que siempre hacía lo correcto. Y ahora descubro que eres solo... solo...

—¿Una puta? —sugiere Henry amablemente, sirviéndose otra copa.

—¡Cállate! —le grito, pero la palabra queda suspendida en el aire entre nosotros, venenosa y pesada.

Chloe se abraza a sí misma, pareciendo de repente joven y perdida.

—No puedo... No puedo lidiar con esto ahora. Pensé que te conocía, Mila. Pensé...

Se da la vuelta y huye escaleras arriba, sus sollozos haciendo eco en el enorme vestíbulo. Empiezo a seguirla, pero la voz de Henry me detiene.

—Déjala ir —dice, casi gentil ahora—. Necesita tiempo para aceptar que su heroína no es tan heroica después de todo.

Algo dentro de mí se rompe. Sin decir una palabra más, me doy la vuelta y huyo de la casa,

apenas logrando llegar a mi coche antes de que las lágrimas comiencen a caer.

El viaje a casa pasa en un borrón, mi visión nublada mientras el rostro de Chloe me persigue: el shock, la traición, la pérdida de inocencia que tanto me había esforzado por proteger. Mis manos tiemblan en el volante mientras entro en el garaje de la mansión de Artem. Nuestra mansión, me corrijo, aunque ahora se siente más como una jaula dorada que nunca.

Mi estómago se revuelve violentamente cuando salgo del coche. Apenas logro llegar al baño más cercano, dejando caer mi bolso de diseñador en el pasillo mientras me apresuro adentro. El frío suelo de mármol presiona contra mis rodillas mientras vomito, todo mi cuerpo temblando por la fuerza de ello.

Cuando no queda nada en mi estómago, me siento contra la pared del baño, abrazando mis rodillas contra mi pecho. La casa está en silencio a mi alrededor, Artem está fuera en reuniones, el personal tan discreto como siempre. Por primera vez en semanas, estoy verdaderamente sola.

Pero cuando otra oleada de náuseas me golpea, acompañada de un mareo que no tiene nada que ver con el rechazo de mi familia, una terrible sospecha comienza a formarse. No es la primera mañana que me he sentido enferma últimamente. Y ahora que lo pienso, otros pequeños cambios en mi cuerpo durante las últimas semanas empiezan a cobrar un sentido horroroso.

Mi mano se desliza hacia mi vientre aún plano mientras las lágrimas corren por mi rostro. —Oh, Dios —susurro al baño vacío—. ¿Qué he hecho?

No lo sabía al principio, por supuesto, pero todos están en mi contra de todos modos. Siempre me han hecho parecer una rareza, alguien que no pertenece a la familia a pesar de mis mejores esfuerzos por encajar. Es cruel, pero cuando todo lo que conoces es la crueldad, encuentras consuelo en su aceptación.

Pero ahora, siento que esto ha ido demasiado lejos. Incluso mi Chloe, que nunca ha mostrado ni una pizca de amargura hacia mí, me miró a través de un lente diferente. Estoy segura de que ahora piensa menos de mí, al igual que todos los demás.

Mis dedos recorren mi cabello, agarrándolo cerca del cuero cabelludo y tirando de las raíces. Siento el sudor arenoso filtrándose a través de mis poros, ensuciándome más, manchándome con un olor enfermizo y agrio.

El peso de todo —el corazón roto de Chloe, las crueles palabras de Henry y esta nueva y aterradora posibilidad— se abate sobre mí como una ola. Me encojo sobre mí misma, con los hombros temblando por los sollozos silenciosos, sola en esta casa enorme con un secreto que podría cambiarlo todo.

ARTEM

El edificio de oficinas en el centro de Manhattan Beach parece inofensivo desde el exterior: solo otra estructura elegante de vidrio y acero que refleja el sol del atardecer. Pero el último piso, accesible solo por un ascensor privado que requiere tanto una tarjeta llave como un escaneo biométrico, cuenta una historia diferente. Aquí es donde ocurren los negocios reales, donde se toman decisiones que pueden derribar imperios o salvarlos.

Viktor me espera en la sala de conferencias, su expresión habitualmente estoica tensa por la preocupación. Las luces tenues y las paredes insonorizadas de la sala crean el ambiente perfecto para compartir secretos o planear venganzas.

—Tenemos un problema —dice sin preámbulos mientras tomo asiento en la cabecera de la mesa —. Uno serio.

Me aflojo la corbata, sintiendo ya el peso de cualquier noticia que esté a punto de darme.

—¿Qué tan serio?

—Alguien habló —desliza una tableta por la superficie pulida de caoba—. El FBI ha estado haciendo preguntas sobre nuevos inversores rusos en California. Y nuestras fuentes en Moscú confirman que los hombres de Kazakov se están acercando a tu ubicación.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras escaneo los informes de inteligencia. Las fotos de vigilancia muestran rostros familiares en lugares donde no deberían estar: hombres que pensé que había dejado atrás en Rusia ahora caminando por las calles de Manhattan Beach.

—Es demasiado preciso para ser una coincidencia —continúa Viktor—. El momento, los detalles específicos que parecen conocer... Alguien con conocimiento íntimo de tus movimientos ha estado alimentando información a ambos bandos.

Mi mandíbula se tensa mientras las palabras de Charles Belmont de la cena resuenan en mi mente: Tengo mis propias fuentes, mis propias formas de mantenerme informado.

—El ataque en nuestra luna de miel —digo lentamente—. Charles sabía detalles que no debería haber conocido.

—Exactamente —la expresión de Viktor se oscurece—. Y todo comenzó después del trato con los Belmont. La pregunta es: ¿qué tan profunda es su participación?

Me levanto y me dirijo a la ventana. El Pacífico se extiende sin fin ante mí, engañosamente pacífico. En algún lugar ahí fuera, los enemigos circulan como tiburones oliendo sangre en el agua. Y ahora tengo que considerar la posibilidad de que la familia de mi esposa, mis propios suegros, puedan ser los que los atrajeron aquí.

—Lo quiero todo —ordeno sin darme la vuelta—. Cada llamada telefónica, cada correo electrónico, cada reunión que Charles Belmont haya tenido en los últimos seis meses. Si estornudó en dirección a alguien sospechoso, quiero saberlo.

—Ya estoy trabajando en ello —papeles se agitan detrás de mí—. Pero hay más. El agente del

FBI a cargo de la investigación, Roberts, ha estado preguntando específicamente sobre las conexiones financieras entre Voron y Belmont Realty.

Algo frío y peligroso se despliega en mi pecho.

—Están tratando de probar que soy Voron.

—Sí. Y si lo logran...

No necesita terminar el pensamiento. Si el FBI puede probar que soy el notorio líder de la Bratva que todos piensan que murió en Moscú, ninguna cantidad de acuerdos comerciales cuidadosamente elaborados o solicitudes de ciudadanía basadas en matrimonio me salvará. Lo perderé todo: mi libertad, mi imperio.

Mila.

—Aumenta la seguridad en la casa —digo, volviéndome para enfrentar a Viktor—. Pero discretamente. No quiero alarmar a Mila hasta que sepamos más.

—Hablando de tu esposa... —Viktor duda, lo que inmediatamente me pone en alerta. Él nunca duda—. Ha habido algunas actividades inusuales alrededor de su familia últimamente. Reuniones que no aparecen en ningún registro oficial, llamadas de números bloqueados...

—¿Crees que la están usando? —las palabras salen como un gruñido, una ira posesiva elevándose como una marea.

—Creo que necesitamos considerar todas las posibilidades.

Pero incluso mientras lo dice, sé que no es cierto. No Mila. He visto su alma al descubierto, la he visto luchar por su familia incluso cuando la subestimaban. Es muchas cosas: obstinada, feroz, ocasionalmente imprudente, pero no es una traidora.

Y si lo fuera, ¿qué haría yo? ¿Cómo podría dañar un alma tan preciosa? Me he ablandado, pero solo por ella. No perdonaré a nadie más en su traicionera familia.

—Sigue investigando —le digo a Viktor—. Quiero pruebas antes de hacer cualquier movimiento. Si alguien en la familia Belmont está trabajando contra nosotros, necesito saber exactamente quién y por qué.

Él asiente, recogiendo sus papeles.

—¿Y si encontramos pruebas?

Mi sonrisa es toda dientes.

—Entonces aprenderán por qué la gente teme el nombre de Voron.

El viaje a casa toma más tiempo de lo habitual, mi mente corriendo con posibilidades y planes. Pero todos los pensamientos de traición y venganza se evaporan cuando encuentro a Mila acurrucada en uno de los sofás de la sala, viéndose pequeña y vulnerable de una manera que hace que mi pecho duela.

Su rostro está pálido, con círculos oscuros sombreando sus ojos, y está envuelta en una de mis chaquetas de traje como si fuera una armadura. La visión de ella vistiendo mi ropa hace algo

primitivo en mis entrañas, incluso mientras la preocupación me inunda.

—¿Mila? —estoy a su lado en un instante, apartando el cabello de su frente húmeda—. ¿Qué pasa?

Ella parpadea hacia mí, sus notables ojos vidriosos por el agotamiento.

—Nada. Solo estoy cansada. Y tal vez esté pescando algo.

La tomo en mis brazos antes de que pueda protestar, acomodándonos a ambos en el sofá con ella acurrucada contra mi pecho. Se siente frágil de una manera que me aterra, esta mujer que normalmente está tan llena de fuego y lucha.

—Deberías haberme llamado —murmuro, presionando un beso en su sien—. Habría vuelto a casa.

—Tenías reuniones —se acurruca más cerca, como si buscara mi calor—. Importantes, estoy segura.

Si ella supiera. Pero ahora mismo, con ella suave y dócil en mis brazos, nada de eso parece importar. Ni el FBI, ni los hombres de Kazakov, ni siquiera la posibilidad de traición dentro de su propia familia.

—Nada es más importante que tú —digo con aspereza, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas.

Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme, la sorpresa parpadeando en sus cansadas facciones. —¿Lo dices en serio, verdad?

—Por supuesto que sí —mi mano se desliza para acunar su mejilla, mi pulgar acariciando su pómulo—. Todo lo que he hecho, comprar las acciones de la empresa, hacerte co-directora general, ha sido por ti.

—¿Por qué? —su voz es apenas un susurro—. ¿Por qué ir tan lejos por un matrimonio arreglado?

Porque me estoy enamorando de ti, pienso pero no digo. Porque verte cobrar vida en esa sala de juntas, verte finalmente asumir tu poder, me hace querer darte el mundo. Porque la idea de que alguien te haga daño me hace querer quemar todo hasta los cimientos.

Pero antes de que pueda encontrar las palabras adecuadas, sus ojos se cierran, el agotamiento finalmente reclamándola. La abrazo más fuerte, respirando el sutil aroma de su perfume, e intento ignorar la forma en que mi corazón se encoge al ver lo perfectamente que encaja en mis brazos.

—Duerme, *devotchka* —murmuro en su cabello—. Te mantendré a salvo.

Y lo haré, de las maquinaciones de su familia, de mis enemigos, de todo lo que amenace con separarnos. Porque en algún momento entre nuestro matrimonio arreglado y este instante, Mila Belmont se ha convertido en todo para mí.

Solo ruego poder protegerla de la tormenta que se avecina. Incluso si eso significa protegerla de su propia sangre.

ARTEM

El aroma del café y algo dulce me arranca del sueño antes de que suene la alarma. Por un momento, permanezco inmóvil, asimilando la inusual sensación de despertar en un ambiente doméstico en lugar de con mensajes urgentes o informes de seguridad. La luz del sol se cuela por las ventanas que nunca me molesté en cubrir con cortinas, dibujando patrones sobre las sábanas que aún conservan un leve aroma a la pasión de anoche.

Encuentro a Mila en la cocina, con un aspecto mucho más saludable que ayer. Se mueve con gracia natural entre los electrodomésticos de grado profesional, tarareando suavemente mientras sirve lo que parece ser tostadas francesas. La visión de ella con mi camisa, cuyo dobladillo apenas le llega a medio muslo, pone a prueba peligrosamente mi autocontrol.

—Buenos días —dice sin volverse, esa conciencia sobrenatural de mi presencia hace que algo posesivo se agite en mi pecho—. El café está listo si quieres.

Me acerco en silencio, pero ella ya me está ofreciendo un vaso de café helado exactamente como me gusta. La simple intimidad del gesto, de que conozca este detalle sobre mí, me impacta más de lo que debería.

—Te sientes mejor —observo, aceptando la bebida. Nuestros dedos se rozan y hasta ese leve contacto envía chispas de electricidad por mis venas.

—Mucho —desliza un plato hacia mí, las tostadas francesas artísticamente dispuestas y espolvoreadas con azúcar glas—. Creo que solo necesitaba descansar. Y que alguien me cuidara.

El peso de los descubrimientos de anoche presiona sobre mis hombros. Debería contarle sobre la investigación del FBI, sobre mis sospechas respecto a su padre. Merece saber el peligro que se cierne cada vez más cerca.

En su lugar, digo:

—Necesito volver pronto a Rusia. Asuntos que no pueden manejarse a distancia.

Su mano se detiene sobre la cafetera.

—¿Por cuánto tiempo?

—Unas semanas, posiblemente más —mantengo mi voz cuidadosamente neutral—. La casa estará completamente atendida y se duplicará la seguridad en mi ausencia.

Deja la cafetera con deliberada cautela y se gira para mirarme. Algo destella en sus ojos, una mezcla de determinación y vulnerabilidad que me oprime el pecho.

—No te vayas —susurra, acortando la distancia entre nosotros—. O si tienes que irte, llévame contigo.

—Mila...

Sus labios encuentran los míos antes de que pueda terminar, suaves y dulces con rastros persistentes de azúcar glas. Mis manos se mueven por voluntad propia, acercándola más mientras

el beso se profundiza en algo hambriento y desesperado.

Cuando finalmente se aparta, sus ojos están oscuros de deseo y algo más profundo.

—No quiero que esto sea casual nunca más —suspira contra mi boca—. No puedo fingir que es todo lo que hay.

Las alarmas suenan en mi cabeza, pero no puedo evitar preguntar:

—¿Qué quieres que sea?

—Real —sus dedos trazan mi mandíbula, ligeros como plumas—. Te quiero por completo, Artem. No solo las partes convenientes.

Las palabras envían calor por mis venas, pero también una punzada de algo más oscuro. ¿Me quiere por completo? No tiene idea de lo que está pidiendo.

—¿Estás segura de eso? —gruño, atrapando sus manos inquietas—. Porque tenerme por completo significa confiar en mí completamente. Significa rendirse al control.

Su respiración se entrecorta, pero no aparta la mirada.

—Confío en ti.

Tres simples palabras que sacuden los cimientos de mi mundo.

—Espera aquí.

Regreso momentos después con un trozo de cuerda de seda, no del tipo áspero usado para restricción, sino algo suave y caro, destinado al placer más que al dolor. Sus ojos se agrandan al verlo, pero no hay miedo en su expresión. Solo anticipación.

—Última oportunidad de echarse atrás —advierto, dejando que la cuerda se deslice entre mis dedos.

En lugar de responder, comienza a desabotonarse mi camisa que lleva puesta, sus dedos moviéndose lenta y deliberadamente, como si probara hasta dónde se extenderá mi control. Su mirada nunca abandona la mía, sus labios ligeramente entreabiertos, su respiración constante pero superficial. La camisa se desliza de sus hombros y cae al suelo en un suave charco de tela, dejándola completamente desnuda ante mí.

La visión de ella —su piel sonrojada, sus curvas brillando bajo la suave luz, sus pezones endurecidos por la excitación, sus brazos descansando relajadamente a los costados— me golpea como un puñetazo en el pecho. Está absolutamente impresionante, su belleza cruda y sin reservas, y mi cuerpo se tensa en respuesta, el calor inundándome mientras mi miembro se despierta. Mi agarre sobre la cuerda en mis manos también se tensa, la suave seda presionando mis palmas, anclándome lo suficiente para evitar que pierda el control por completo.

—Mila —murmuro, su nombre escapando como un gruñido. Mi voz es áspera, baja, espesada por el deseo que me invade—. ¿Entiendes lo que estás pidiendo?

—Sí —susurra ella, su voz temblando ligeramente pero llena de determinación—. Confío en ti.

Esas tres palabras casi me deshacen. Ella no sabe lo que me provoca: su confianza absoluta, su

disposición a ofrecerse a mí sin dudarlo. Me acerco, con la cuerda aún enrollada en mis manos, y trazo con un dedo su mejilla. Su piel está cálida, suave, su respiración entrecortándose ante mi toque.

—Buena chica —murmuro, observando el leve rubor que se extiende por sus mejillas ante mi elogio—. Entonces empecemos.

Tomo su mano, guiándola al centro de la cama. Se mueve con total confianza, el ligero contoneo de sus caderas despertando algo primitivo en mí. La posiciono para que esté arrodillada, con la espalda recta, sus manos descansando suavemente sobre sus muslos. Su piel desnuda brilla bajo la suave luz que se filtra por las ventanas, y me tomo un momento para simplemente mirarla: vulnerable pero fuerte, confiada pero desafiante, completamente mía.

—De rodillas —digo suavemente, pero mi tono no deja lugar a discusión. Ella obedece, sus movimientos fluidos y gráciles.

Me arrodillo detrás de ella, el colchón hundiéndose ligeramente bajo mi peso. —Brazos detrás de la espalda —ordeno, mi voz tensa por el control. Ella duda solo un momento antes de llevar sus manos detrás, cruzando sus muñecas. Tomo la cuerda, dejándola deslizar entre mis dedos, las suaves fibras calentándose con mi toque.

—Esto no es solo restricción —le digo, mi voz baja mientras comienzo a envolver la cuerda alrededor de sus muñecas. La seda se desliza suavemente sobre su piel, el primer lazo ajustado pero no apretado—. Es arte. Una forma de honrarte, de enmarcarte.

Su respiración se acelera mientras trabajo, pasando la cuerda alrededor de sus muñecas de nuevo antes de hacer un nudo seguro, cuidando de evitar las articulaciones. Tiro suavemente, comprobando la tensión, y su respiración se entrecorta, su cuerpo balanceándose ligeramente hacia mí.

—¿Cómo se siente? —pregunto, mis labios rozando el contorno de su oreja.

—Bien —susurra, su voz apenas audible—. Se siente bien.

—Buena chica —murmuro de nuevo, las palabras escapando de mí sin esfuerzo. Deslizo mis dedos por sus brazos, saboreando la forma en que tiembla bajo mi toque, y alcanzo más cuerda.

Me muevo con cuidado, metódicamente, envolviendo la seda alrededor de sus brazos superiores, atándolos suavemente a sus costados. Cada vuelta es precisa, los nudos posicionados perfectamente para evitar puntos de presión, la cuerda formando un intrincado enrejado a través de su espalda. El patrón es deliberado, artístico, diseñado para realzar sus curvas naturales y llamar la atención sobre la belleza de su forma.

—Eres impresionante —murmuro mientras trabajo, mi voz espesa de admiración y deseo—. Cada centímetro de ti.

Ella exhala temblorosamente, su cabeza cayendo ligeramente hacia adelante mientras ajusto el último nudo. Su sumisión es embriagadora, y puedo sentir mi propio autocontrol deshaciéndose, el calor en mi cuerpo aumentando con cada paso de la cuerda por mis manos, mi miembro doliendo con el deseo de reclamarla y poseerla.

Una vez que sus brazos están asegurados, me muevo más abajo, arrodillándome frente a ella. Su

pecho sube y baja rápidamente, sus labios entreabiertos mientras me observa con ojos grandes y oscuros. Tomo su tobillo en mi mano, mi pulgar acariciando su piel mientras comienzo a envolver la cuerda alrededor de su pierna, doblándola en la rodilla y atando su pantorrilla a su muslo. Trabajo lentamente, con cuidado, creando otra serie de vueltas y nudos antes de asegurar su pierna a una esquina de la cama en la rodilla.

Repito el proceso con su otra pierna, abriéndola mientras ato su pantorrilla a su muslo y la sujeto a la esquina opuesta de la cama. Ahora está completamente expuesta, sus brazos atados detrás de ella, sus piernas abiertas, las cuerdas enmarcando su cuerpo como la obra maestra que es, su sexo goteando de excitación. Mi pecho se tensa ante la visión, mi excitación aguda e insistente, mi cuerpo duro y anhelando poseerla.

—Eres perfecta —murmuro, mi voz áspera de deseo—. ¿Lo sabes?

Sus mejillas se sonrojan, pero no aparta la mirada. —Artem... —susurra, su voz temblando de emoción.

Me inclino hacia adelante, rozando mis labios contra los suyos en un beso lento y ardiente. Ella se derrite contra mí, su cuerpo relajándose contra las cuerdas, su confianza en mí absoluta. Muevo mis labios a su cuello, trazando suaves besos hasta su clavícula, mis manos siguiendo las líneas de la cuerda, trazando los patrones que he creado.

—¿Lo sientes, Mila? —murmuro contra su piel—. ¿La forma en que las cuerdas te sostienen? ¿La forma en que te enmarcan?

—Sí —respira, su voz apenas audible—. Lo siento.

—Soy yo —digo, mi voz bajando aún más—. Soy yo quien te sostiene. Quien te mantiene segura. Quien te muestra lo hermosa que eres.

Su respiración se entrecorta, un suave gemido escapa de sus labios mientras trazo besos ardientes por su garganta, y siento su cuerpo temblar bajo mi cuerpo más grande. El sonido rompe algo profundo dentro de mí, me hace olvidar el control y el poder y todo excepto la mujer atada y confiada ante mí, completamente a mi merced. Mis manos reclaman cada centímetro de su suave piel, memorizando cada curva, cada punto sensible que la hace jadear. Mi boca sigue hambrienta, saboreando la sal de su piel, sintiendo su pulso acelerarse bajo mi lengua.

—Hermosa —gruño contra la curva de su pecho antes de tomar su pezón entre mis dientes. Ella se arquea tanto como las cuerdas le permiten, otro gemido desesperado escapando de ella—. Perfecta para mí, *devotchka*.

Las cuerdas de seda enmarcan su cuerpo como arte, el intrincado patrón resaltando sus curvas, las marcas rosadas en su piel marcándola como mía. Las trazo con dedos firmes, luego con mi lengua, saboreando cómo se estremece con cada toque posesivo.

Cuando finalmente posiciono mi miembro entre sus muslos atados, está húmeda y lista, su cuerpo sonrojado y temblando de necesidad. Me tomo mi tiempo, provocándola con embestidas superficiales, observándola tensarse contra las restricciones mientras intenta tomar más de mí.

—Por favor —gime, sus ojos oscuros de deseo—. Artem, por favor...

—Eres mía —gruño, agarrando firmemente sus caderas mientras finalmente me deslizo

profundamente dentro de ella. La sensación casi me deshace: está apretada y caliente y perfecta a mi alrededor, tan húmeda y sumisa—. Dilo.

—Soy tuya —jadea, sus paredes internas apretándose alrededor de mi longitud—. Siempre he sido tuya. Desde el momento en que nos conocimos, fui tuya.

Algo primitivo se rompe dentro de mí ante sus palabras. Comienzo a moverme con intención, cada embestida reclamándola más profundamente, haciéndola mía por completo. Las cuerdas la mantienen abierta para mí, manteniéndola expuesta y vulnerable mientras tomo lo que me pertenece a mí y solo a mí. Sus gritos resuenan por la habitación, volviéndose más desesperados con cada poderosa estocada de mi miembro.

—Eso es —ordeno, mis dedos encontrando su sensible clítoris y rodeándolo con propósito—. Déjate ir para mí, *devotchka*. Muéstrame cuánto me necesitas.

Su orgasmo la golpea como una ola, su cuerpo arqueándose contra las cuerdas mientras grita mi nombre. La visión de ella deshaciéndose debajo de mí, atada y confiada y mía, me lleva al límite. Me entierro profundamente dentro de ella con un gemido, marcándola desde adentro, llenándola con mi semilla.

Después, me tomo mi tiempo desatándola, presionando besos reverentes en cada marca que las cuerdas dejan atrás. Cada nudo que libero va acompañado de toques suaves, calmando los puntos sensibles, adorando su cuerpo con el mismo cuidado que usé para atarlo. Las marcas resaltan hermosamente contra su pálida piel, marcas temporales que prueban que confió en mí con todo.

—Fuiste perfecta —murmuro mientras masajeo sus muñecas, sus brazos, devolviendo la circulación a sus extremidades—. Absolutamente impresionante. Una sumisa como ninguna otra, mi querida.

Ella se derrite en mi abrazo, completamente dócil y confiada, y algo en mi pecho se contrae dolorosamente. Esto es más que deseo, más que posesión. Esto es algo que no he sentido en años, algo que temo nombrar.

La atraigo hacia mis brazos, abrazándola mientras se queda dormida, su cuerpo cálido y dócil contra el mío.

Más tarde, me paro junto a la ventana, observando la ciudad despertar debajo de nosotros. Mila duerme pacíficamente en la cama detrás de mí, las sábanas cubriendo sus curvas, las marcas de las cuerdas aún visibles en su pálida piel. Intento memorizar cada detalle de este momento: la intimidad tranquila, la forma en que confió en mí con su cuerpo, su corazón, su todo.

Por primera vez en años, siento algo que pensé que había perdido hace mucho tiempo: esperanza. Esperanza de que podría tener más que solo poder y control. Esperanza de que podría ser capaz de conservarla.

Mi teléfono vibra, rompiendo la paz. El nombre de Viktor parpadea en la pantalla.

—¿Qué pasa? —Mantengo mi voz baja, no queriendo despertarla.

—Encontramos la filtración —La voz de Viktor está tensa por la tensión—. La persona que dio el soplo al FBI. Es... señor, es Mila.

El hielo inunda mis venas mientras me giro para mirar a mi esposa dormida. ¿La mujer que acaba de entregarse a mí tan completamente, que susurró palabras de confianza contra mi piel, me había traicionado?

—Eso no es posible —gruño, incluso mientras la duda se infiltra como veneno.

—Hay más —continúa Viktor—. Algo sobre los Belmont. Algo que ninguno de los dos vio venir.

Pero apenas lo escucho, mi atención fija en la forma pacífica de Mila. Hace solo unas horas, se había entregado a mí con completa confianza. ¿Todo había sido un acto? ¿Una forma de mantenerme distraído mientras alimentaba información a mis enemigos?

El peso de la traición se asienta pesadamente en mi pecho mientras termino la llamada. Afuera, el sol continúa saliendo sobre Manhattan Beach, indiferente a la forma en que mi mundo se está desmoronando.

¿Cuántas veces me había sonreído mientras planeaba mi destrucción? ¿Cuántos besos habían sido mentiras?

¿Y por qué, a pesar de todo, todavía quiero volver a la cama y atraerla a mis brazos?

21

MILA

Las sábanas a mi lado están frías cuando despierto, el aroma persistente de Artem es la única evidencia de que alguna vez estuvo aquí. Mi cuerpo duele dulcemente por nuestra mañana juntos, las marcas de la cuerda aún levemente visibles en mis muñecas, un recordatorio de cuán completamente me entregué a él, cuán profundamente confié en él.

Pero algo se siente mal. El silencio en la mansión presiona contra mi piel como un peso físico, haciendo que cada respiración se sienta pesada con una tensión no expresada.

—¿Artem? —Mi voz hace eco en nuestra habitación mientras me deslizo en una bata de seda, una de las muchas que me ha comprado, cada una más lujosa que la anterior. Estos pequeños gestos suyos, la forma en que me cuida sin hacerlo obvio, se han abierto camino lentamente en mi corazón. No llega respuesta, y la ansiedad comienza a enroscarse en mi estómago.

Busco metódicamente, cada habitación vacía hace que mi corazón se hunda más.

La cocina donde compartimos el desayuno hace apenas unas horas, su taza de café aún en el fregadero.

Su oficina, puerta bien cerrada, guardando cualquier secreto que me esté ocultando.

El garaje donde debería estar su coche, el espacio vacío parece burlarse de mi creciente inquietud.

Incluso el equipo de seguridad es mínimo: solo dos hombres junto a las puertas en lugar de los seis habituales.

La enorme casa nunca se ha sentido menos como un hogar, más como la jaula dorada que pensé que era al principio. Pero en algún momento del camino, se había convertido en hogar, o más bien, Artem se había convertido en hogar. El pensamiento me envía otra oleada de ansiedad.

Una repentina oleada de náuseas me golpea, enviándome corriendo al baño más cercano. Mientras vacío mi estómago, las lágrimas brotan de mis ojos, no estoy segura si por la enfermedad o la emoción. Cuando finalmente me pongo de pie, enjuagándome la boca y mirando mi pálido reflejo, la realidad se estrella sobre mí como una ola gigante.

Las náuseas matutinas que me han estado atormentando durante semanas. El agotamiento profundo que atribuí al estrés. La sensibilidad en mis senos que atribuí a la apasionada atención de Artem. La forma en que incluso el olor de mi café favorito me revuelve el estómago ahora. Cada síntoma encaja en su lugar como piezas de un rompecabezas que he tenido demasiado miedo de resolver.

Mis manos tiemblan mientras alcanzo mi teléfono, desplazándome por los contactos hasta que encuentro el consultorio de mi médica. —Necesito ver a la Dra. Levine —logro decir, orgullosa de lo firme que suena mi voz a pesar del temblor en mis dedos—. Es urgente.

Me ofrecen una cancelación de última hora, y la acepto sin dudarlo. El viaje a la clínica pasa en un borrón de ansiedad y esperanza, cada semáforo en rojo me da tiempo para contar hacia atrás.

La luna de miel. Esa noche después de la cena familiar. Esta mañana con las cuerdas... Cada recuerdo envía una oleada de calor a través de mí, incluso mientras el miedo me atenaza la garganta.

El consultorio de la Dra. Levine es exactamente como lo recuerdo: paredes de un suave verde menta, iluminación tenue, el leve aroma a lavanda que se supone que calma a los pacientes nerviosos.

No está funcionando.

La recepcionista me hace pasar sin mucha charla, su habitual comportamiento alegre suavizado en algo más profesional. Debe sentir mis nervios, aunque no lo comenta. Entro en la sala de examen, mis zapatos hacen pequeños sonidos contra el suelo duro, pero cada sonido se siente amplificado en el silencio.

La Dra. Levine entra momentos después, su expresión tan tranquila y compuesta como siempre. Me saluda con una cálida sonrisa, su portapapeles en la mano. —Sydney, es bueno verte de nuevo, pero me informaron que esta era una visita urgente. Cuéntame qué está pasando. ¿Cómo te sientes?

Logro esbozar una débil sonrisa, mis dedos retorciéndose en mi regazo. —Honestamente? Nerviosa. Yo... creo que podría estar embarazada.

Su mirada se suaviza, pero no salta a conclusiones. —Bueno, no especulemos aún. Hagamos la prueba y veamos qué está pasando.

Se mueve eficientemente, explicando el proceso mientras asiento con la cabeza, sin absorber realmente sus palabras. La prueba en sí es sencilla, clínica y desapegada, pero mi corazón late con fuerza en cada paso.

Cuando sale de la habitación para procesar los resultados, el silencio amenaza con asfixiarme.

Junto mis manos, presionándolas firmemente entre mis rodillas como si pudiera mantenerme anclada. Mi mente es un torbellino de pensamientos. ¿Y si lo estoy? ¿Y si no lo estoy? ¿Cómo reaccionará Artem?

El pensamiento de él, sus ojos penetrantes y la forma en que sus fuertes manos me acunan como si fuera lo más precioso en su mundo, me envía una oleada de calidez. Pero luego está el otro lado de él: el hombre calculador y peligroso que guarda secretos detrás de la puerta de su oficina. He visto su despiadad de primera mano, aunque nunca la ha dirigido hacia mí.

Mi pierna rebota incontrolablemente mientras espero los resultados, mi mente corriendo con posibilidades. ¿Qué dirá Artem? ¿Esto cambiará las cosas entre nosotros? ¿Las mejorará o las empeorará?

Cuando la Dra. Levine vuelve a entrar en la habitación, su rostro es ilegible. No hay nada en él que insinúe algún resultado en particular, pero ya sé la respuesta. Ya sé lo que me espera cuando abra la boca.

—La prueba es positiva —dice la Dra. Levine suavemente, sus amables ojos arrugándose en las esquinas—. Tienes alrededor de ocho semanas.

El mundo parece detenerse por un momento. —Pero fuimos cuidadosos —susurro, aunque recuerdos de encuentros apasionados sin protección cruzan por mi mente—. La mayoría del tiempo...

—Nada es infalible —explica ella, con una sonrisa tranquilizadora—. Incluso con un uso perfecto, siempre hay una pequeña posibilidad. ¿Le gustaría ver el ultrasonido?

Asiento aturdida, y pronto aparece una imagen granulada en blanco y negro en la pantalla. Un pequeño parpadeo llama mi atención, y la voz de la Dra. Levine parece venir de muy lejos mientras señala las características: la cabeza, las extremidades en desarrollo y, lo más importante, ese destello parpadeante que marca un latido.

—Ese es su bebé —dice suavemente.

Las lágrimas brotan en mis ojos mientras miro fijamente la pantalla, con una mano presionada contra mi vientre aún plano. Nuestro bebé. Mío y de Artem. A pesar de todo —el acuerdo, las complicaciones, la creciente tensión entre nosotros— hemos creado algo real. Algo que demuestra que esto ya no es solo un negocio, sin importar lo que pretendamos.

Porque lo amo. La revelación me golpea con una claridad asombrosa, robándome el aliento. En algún momento entre nuestro primer beso y este instante, entre sus instintos protectores y sus tiernas caricias, su feroz pasión y su silenciosa vulnerabilidad, me he enamorado completamente de mi peligroso y complicado esposo.

—Todo se ve perfectamente saludable —me asegura la Dra. Levine, imprimiendo varias copias del ultrasonido. Su voz se vuelve más suave cuando añade—: Sé que esto podría no haber sido planeado, pero tiene opciones...

—No —la interrumpo con firmeza—. Este bebé es deseado. Muy deseado.

El sol de la tarde brilla intensamente cuando salgo de la clínica, con las preciosas imágenes apretadas contra mi pecho como un tesoro. Tal vez este bebé es exactamente lo que necesitamos: la prueba de que lo que está creciendo entre nosotros vale la pena luchar. Un nuevo comienzo que podría cerrar la brecha entre un acuerdo de negocios y un matrimonio real.

Mi teléfono vibra, el nombre de Henry aparece en la pantalla. Después de nuestra última confrontación, casi lo ignoro. Pero algo en mi interior —tal vez el instinto maternal ya en acción — me dice que conteste.

—¿Dónde estás? —Su voz está tensa por la urgencia, sin ninguna de su habitual condescendencia—. ¿Estás en un lugar seguro?

—Estoy en el consultorio de mi doctora —digo lentamente, mientras la inquietud se arrastra por mi columna como un dedo frío—. ¿Por qué?

—Quédate ahí. Voy a buscarte. —El ruido de la carretera crepita a través del altavoz; está conduciendo rápido, imprudente—. Artem sabe sobre el soplo al FBI. Se ha vuelto contra todos nosotros.

Mi sangre se congela, una mano moviéndose instintivamente para proteger mi vientre. —¿De qué estás hablando?

—Alguien le dijo al FBI dónde encontrarlo: su verdadera identidad, su ubicación, todo. Cree que fuiste tú.

—Eso es ridículo —exclamo, con mi mano libre cerrándose en un puño—. Nunca lo traicionaría. Yo lo a...

—¡No importa lo que sea verdad! —Henry me interrumpe—. Ya no estás segura con él. Ninguno de nosotros lo está. Solo quédate donde...

El chirrido de los neumáticos ahoga su voz mientras una camioneta negra irrumpe en el estacionamiento. Todo sucede demasiado rápido: puertas que se abren de golpe, figuras enmascaradas que se abalanzan hacia mí. Intento correr, pero manos ásperas agarran mis brazos, sin importarles mis forcejeos.

—¡No! —Mi grito hace eco en el estacionamiento, rebotando en el concreto y el vidrio, pareciendo reverberar por toda la ciudad—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Un paño de olor dulce se presiona sobre mi boca y nariz. Las fotos del ultrasonido se dispersan por el pavimento mientras lucho, la primera imagen de nuestro bebé boca arriba en el concreto. Mi grito se corta abruptamente cuando la oscuridad comienza a arrastrarse por los bordes de mi visión.

—Artem —intento susurrar mientras la conciencia se desvanece, una mano aún presionada protectoramente contra mi vientre donde crece nuestro hijo—. Lo siento... Te amo...

Lo último que escucho es el eco de mi propio grito aterrorizado que aún reverbera en el estacionamiento, un sonido que atormentará las pesadillas de Artem cuando se entere de lo que sucedió aquí.

Luego, nada más que oscuridad.

MILA

La conciencia regresa lentamente, mi cabeza palpita mientras la furgoneta se balancea debajo de mí. El dulce olor químico del cloroformo persiste en mi nariz, revolviendo mi estómago. O tal vez sean las náuseas matutinas.

De cualquier manera, me obligo a permanecer quieta, manteniendo los ojos cerrados mientras evalúo mi situación, tal como Artem me enseñó durante uno de nuestros momentos tranquilos juntos: —Siempre conoce tu entorno antes de que tus enemigos sepan que estás despierta, *devotchka*.

Artem. El pensamiento de él envía una ola de emociones conflictivas a través de mí: amor, miedo, confusión. Las fotos de la ecografía esparcidas por el estacionamiento me persiguen. ¿Las encontrará? ¿Entenderá lo que significan antes de que sea demasiado tarde?

Voces masculinas murmuran a mi alrededor en ruso, y mi corazón se agita al reconocer las cadencias. Estos no son extraños; son voces que he escuchado todos los días durante meses. El guardia que siempre asiente respetuosamente cuando paso por el jardín. El que me trae té cuando trabajo hasta tarde en mi oficina. Hombres a los que he sonreído, agradecido, confiado mi seguridad.

Capto frases aquí y allá; mi ruso no es fluido, pero he aprendido lo suficiente de los cariños murmurados de Artem para entender palabras sueltas. —Órdenes. —FBI. —Traición. Cada palabra se siente como un cuchillo en mi pecho.

Una voz se eleva sobre las demás, y reconozco a Anton, el jefe de seguridad de Artem para la casa de Manhattan Beach. El hombre que apenas ayer me sostuvo una puerta, que bromeó sobre mi creciente adicción a la lujosa máquina de café que Artem instaló solo para mí. —Está empezando a despertar.

Abro los ojos entonces, sabiendo que no tiene sentido seguir fingiendo. Cuatro hombres enmascarados me rodean, pero Anton ya se ha quitado la máscara, revelando ese rostro aguileño que he llegado a conocer en los últimos meses. El rostro que a veces se suavizaba cuando nos veía a Artem y a mí juntos, como si aprobara que su jefe hubiera encontrado la felicidad.

—¿Por qué? —logro decir, mi voz áspera por gritar. Una mano se mueve instintivamente hacia mi estómago, aunque trato de que el movimiento parezca casual. Mi bebé, nuestro bebé, se siente como un secreto que necesito proteger ahora más que nunca—. Si Artem quería que me llevaran, ¿por qué no lo hizo él mismo?

La traición sabe amarga en mi boca. Estos hombres han visto desarrollarse nuestra historia de amor, han visto cómo Artem y yo pasamos de ser cónyuges arreglados y reluctantes a algo real y precioso. ¿Cómo pudieron traicionarnos así?

La risa de Anton es fría. —¿Crees que esta fue una orden de Artem? Tu marido ni siquiera sabe que te has ido todavía. Pero lo sabrá, una vez que el FBI asalte la mansión.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras la advertencia de Henry resuena en mi mente. Creen que los traicioné. Creen que vendí a Artem al FBI.

—Yo no... —empiezo, pero un movimiento capta mi atención a través de la ventana de la furgoneta. Un coche siguiéndonos demasiado cerca, moviéndose erráticamente.

El impacto llega antes de que pueda prepararme. El metal grita contra el metal cuando algo golpea el costado de la furgoneta, haciéndonos girar. Me lanzo contra la pared, luego contra el suelo, mis brazos se curvan protectoramente alrededor de mi abdomen mientras rezo por la seguridad de mi bebé.

Cuando el mundo deja de girar, la mayoría de los hombres de Artem yacen inconscientes o gimiendo. Las puertas traseras se abren de golpe, revelando el rostro familiar de Henry.

—¡Vamos! —Me alcanza, prácticamente arrastrándome fuera del accidente—. ¡No tenemos mucho tiempo!

Tropiezo tras él, mis piernas temblorosas mientras la adrenalina corre por mi cuerpo. Su coche está en marcha cerca; él planeó esto. Orquestó el choque para rescatarme.

—¡Entra! —Me empuja hacia el lado del pasajero antes de correr alrededor hacia el asiento del conductor. Nos alejamos de la escena justo cuando Anton empieza a moverse en la furgoneta.

—¿Adónde vamos? —exijo mientras Henry toma las curvas demasiado rápido, sus nudillos blancos en el volante—. ¿Qué está pasando?

—A un lugar seguro —dice con gravedad—. El FBI se está moviendo hacia la mansión de Artem en cualquier momento. Tienen suficientes pruebas para demostrar que él es Voron.

Mi cabeza da vueltas, y no solo por el accidente. —Tú hiciste esto —susurro mientras la comprensión amanece—. Tú eres el que les dio el aviso.

Su sonrisa es afilada, satisfecha. —Por supuesto que lo hice. ¿De verdad pensaste que dejaría que algún criminal ruso tomara el control de nuestra empresa? ¿Que te hiciera codirectora ejecutiva mientras yo era relegado?

—Henry, detente. —Mi voz tiembla mientras presiono una mano contra mi vientre aún plano—. No entiendes. Estoy embarazada.

Él se desvía ligeramente antes de recuperar el control. —¿Qué?

—Acabo de enterarme. En el consultorio del médico. Estoy esperando un hijo de Artem.

Por un momento, algo parecido a la duda cruza su rostro. Luego se endurece en determinación. —Con más razón para alejarte de él. Ese tipo de hombre no debería criar hijos.

—Ese tipo de hombre es mi marido —replico—. El padre de mi hijo. No puedes simplemente...

—Puedo y lo haré. —Toma otra curva cerrada, dirigiéndose hacia el distrito industrial—. Este era el plan desde el principio, Mila. Papá y yo arreglamos este matrimonio sabiendo exactamente quién era Artem, lo que podía hacer por la empresa. Solo teníamos que esperar el momento adecuado para entregarlo.

El horror me invade cuando se hace evidente el alcance total de su traición. —Me usaron como cebo.

—Te usamos para salvar el legado de nuestra familia —corrige él—. Una vez que Artem sea arrestado, sus acciones de la empresa pasarán a nosotros. Todo lo que posee se vuelve nuestro a través de ti, su esposa legal.

—¿Y qué hay de mí? —exijo, con una furia que consume mi miedo—. ¿Qué hay de mi bebé?

—Estarás bien —descarta mi preocupación como si no fuera nada—. ¿Crees que alguien te culpará cuando se sepa la verdad? ¿La esposa inocente que no sabía nada sobre el imperio criminal de su marido? ¿La viuda embarazada que se queda sola para seguir adelante?

—¿Viuda? —Un escalofrío recorre mis venas—. ¿Qué hiciste?

Su silencio lo dice todo.

—Henry —agarro su brazo, sin importarme que haga que el coche se desvíe—. ¿Qué hiciste?

—Lo que había que hacer —dice en voz baja—. El FBI no es el único que se está acercando a tu marido. Digamos que ciertas partes interesadas en Moscú han sido informadas de la ubicación de Voron.

El mundo parece inclinarse mientras proceso sus palabras. No solo traición, sino asesinato. Van a matar a Artem, a quedarse con todo lo que ha construido, a dejar a nuestro hijo sin padre.

—Te equivocas en una cosa —digo, con la voz firme a pesar del terror y la rabia que me recorren —. No estaré bien. Porque si algo le pasa a Artem, reduciré a cenizas todo lo que amas. Empezando por esta empresa que tan desesperadamente quieres controlar.

Henry me mira, con un destello de sorpresa en su rostro. —No lo dices en serio. Este es también el legado de tu familia.

—No —digo suavemente, con la mano presionando mi vientre donde crece el hijo de Artem—. Este bebé es ahora mi legado. Y no dejaré que destruyas a su padre.

Su mandíbula se tensa mientras se adentra en lo que parece un almacén abandonado. —No tienes elección, querida hermana. Ninguno de nosotros la tiene ya.

Las puertas del almacén se abren automáticamente cuando nos acercamos, y mi corazón se hunde al darme cuenta de que todo esto estaba planeado. Lo han pensado todo.

Pero no lo saben todo. No saben del auricular que Artem me dio, aún seguro en mi oído donde sus hombres nunca pensaron en buscar. No saben que incluso ahora, una señal está transmitiendo mi ubicación al hombre que creen haber burlado.

Mientras Henry aparca dentro del almacén, cierro los ojos y rezo para estar en lo cierto. Rezo para que el amor de Artem por mí sea más fuerte que su creencia en mi traición.

Porque ahora mismo, él es la única esperanza que tiene nuestro bebé de que ambos padres estén vivos para verlo crecer.

23

ARTEM

El tiempo se convierte en algo vivo, cada segundo que pasa sin noticias de Mila o de mi equipo de seguridad es otro peso que oprime mi pecho. El silencio en mi oficina se siente erróneo, antinatural, roto solo por el constante tictac del reloj antiguo que una vez perteneció a un hombre que maté. Ahora sus medidos latidos marcan los momentos en que mi esposa está desaparecida, y cuantos más segundos pasan, más me doy cuenta de lo profundamente que me preocupo por ella.

—Señor —Viktor se materializa en la puerta, su rostro tallado en piedra. En quince años, nunca lo he visto con ese aspecto—. La furgoneta nunca llegó a la oficina.

Un escalofrío recorre mi columna, pero mantengo la voz firme.

—Explícate.

—Hubo un accidente —duda, lo que me dice todo lo que necesito saber antes de que continúe—. La policía local la encontró volcada cerca de Robertson Boulevard. Nuestros hombres estaban inconscientes dentro, pero Mila...

—¿Está viva? ¿Ilesa? —Las palabras salen más como un gruñido que como un habla, algo primario surgiendo en mi pecho—. ¿Dónde está?

—Desaparecida —la mandíbula de Viktor se tensa—. Las cámaras de seguridad muestran otro vehículo...

Un suave pitido corta la tensión, haciendo que mi sangre se hiele. El dispositivo de rastreo, el que le di a Mila con instrucciones estrictas de llevarlo siempre. El que ella había aceptado con esos ojos notables llenos de confianza, prometiendo que lo mantendría con ella, sin saber el peligro en el que ser mi esposa la ha arrastrado involuntariamente.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras busco la señal en mi teléfono. La ubicación hace que rechine los dientes: un almacén abandonado en el distrito industrial. El tipo de lugar donde se encuentran cuerpos, no donde se escenifican rescates. Quienquiera que sea, no está siguiendo los canales oficiales, lo que hace que todas las alarmas suenen en mi cabeza.

—Busca los registros de la propiedad —ordeno, ya moviéndome hacia mi caja fuerte de armas —. Quiero saber todo sobre ese edificio. A quién pertenece, el arquitecto que lo construyó, todo.

Los dedos de Viktor vuelan sobre su tableta.

—Señor... está registrado a nombre de una empresa fantasma, pero el rastro conduce a Henry Belmont.

El nombre me golpea como un cuchillo en el pecho. Su propio hermano. Todo este tiempo había sospechado que Mila me traicionaba cuando la serpiente estaba en su propia familia. Mi dulce e inocente Mila, que nunca podría haberlo sospechado.

—Hay más —dice Viktor en voz baja—. Ha estado trabajando con ambos bandos. No solo ha estado filtrando información al FBI sobre su identidad, también se ha puesto en contacto con

Kazakov en Moscú para decirle dónde está usted.

Una furia ártica me inunda, un frío tan profundo que quema. Las implicaciones se hunden como cuchillos: Henry no solo ha traicionado a su hermana ante las fuerzas del orden. Ha puesto a mi enemigo más peligroso sobre nuestra pista, sabiendo exactamente lo que Kazakov hará si nos encuentra. No planea hacer esto legal o limpio, y yo tampoco.

—El FBI se está movilizando —continúa Viktor, con la voz tensa—. Y nuestras fuentes en Moscú confirman que los hombres de Kazakov ya están en California, acercándose. Si nos movemos hacia el almacén, tendremos a ambos cerrando el cerco en cuestión de minutos.

—Que vengan —reviso mis armas con precisión metódica, cada movimiento una promesa de violencia por venir—. Pueden perseguir el rastro que quieran. Tengo asuntos más importantes que atender.

El viaje pasa en un borrón de furia y concentración, mi mente repasando contingencias incluso mientras mi corazón retumba de miedo por Mila. El peso de lo que está en juego amenaza con abrumarme, pero lo reprimo, lo canalizo en el frío cálculo que me ha mantenido vivo todos estos años.

Las sirenas de la policía aúllan en la distancia, sin duda el FBI haciendo su movimiento sobre mi mansión vacía. Y en algún lugar en las sombras, los hombres de Kazakov circulan como lobos, esperando su oportunidad. Que persigan sombras mientras yo cazo lo que importa. Con suerte, irán unos contra otros en lugar de por mi amada Mila, y su destrucción mutua será la recompensa más dulce.

El almacén se alza frente a nosotros, una masa imponente de acero corrugado y ventanas rotas. Dos guardias patrullan el perímetro, tratando de parecer casuales pero moviéndose con el andar distintivo de los matones contratados. Aficionados. Henry ni siquiera se molestó en contratar profesionales para el encarcelamiento de su hermana.

—No la habrá mantenido en la planta baja... ahí —Viktor señala una ventana del segundo piso donde el movimiento capta la luz del sol moribundo—. Espacio de oficinas, probablemente convertido en área de retención.

Estudio el edificio con ojos de francotirador, catalogando puntos de entrada y posiciones defensivas. Otro pitido del rastreador de Mila confirma su ubicación, enviando una nueva determinación corriendo por mis venas. Que venga el FBI, que venga Kazakov, nada de eso importa mientras la tenga a ella.

—Lleva a tu equipo por la parte de atrás —le digo a Viktor mientras reviso mis armas una última vez—. Despeja la planta baja, pero mantén el silencio. No quiero que Henry se asuste antes de que lo alcance.

—¿Y usted?

Mi mano se aprieta sobre mi arma mientras pienso en Mila, mi feroz y hermosa esposa que confió en mí incluso después de saber lo que soy. Que me mira como si fuera algo que vale la pena salvar, incluso con sangre en mis manos.

—Voy a recordarle a mi cuñado por qué la gente teme el nombre de Voron.

Las sirenas de la policía se acercan mientras me dirijo hacia el edificio, su aullido mezclándose con truenos distantes. La tormenta que ha estado amenazando todo el día finalmente está estallando, y la recibo con agrado. Que la lluvia lave lo que venga después.

Porque en algún lugar de ese almacén está mi esposa, probablemente asustada pero negándose a mostrarlo porque así es ella: más fuerte de lo que nadie le da crédito, feroz incluso en su vulnerabilidad. La mujer que me hizo sentir humano de nuevo, que me dio algo por lo que vale la pena vivir más allá del poder y la venganza.

Y reduciré el mundo a cenizas para recuperarla.

MILA

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras observo a Henry recorrer la oficina del almacén, sus costosos zapatos italianos resonando contra el concreto en un ritmo errático que coincide con mi pulso acelerado. La cuerda que ata mis muñecas es áspera, amateur, nada que ver con las cuerdas de seda que Artem usa para venerar mi cuerpo. Se afloja un poco mientras retuerzo mis brazos, y ruego que se afloje más, hasta que pueda sacar un dedo o una mano, y entonces... no sé qué pasará después.

Incluso con la tenue luz que se filtra por las sucias ventanas, puedo ver lo bajo que ha caído mi hermano. Su apariencia habitualmente impecable se ha desmoronado junto con su control: chaqueta del traje descartada, corbata torcida, círculos oscuros sombreando sus ojos enloquecidos. Sus movimientos son erráticos y nerviosos, como si no supiera qué hacer a continuación, pero hubiera ido demasiado lejos para volver atrás.

El miedo y la furia guerrean en mi pecho: miedo por mi hijo nonato, que se vuelve increíblemente precioso con cada segundo que pasa, y furia contra el hermano que sacrificaría a su propia hermana, a su propio sobrino o sobrina, en su retorcido juego por el poder. Las náuseas que se han convertido en mi compañera constante amenazan con surgir de nuevo, pero las reprimo. No puedo mostrar debilidad. No ahora.

—Estarán aquí pronto —murmura Henry, revisando su teléfono por centésima vez. Su mano tiembla ligeramente, haciendo que el resplandor azul de la pantalla baile por las paredes—. El FBI, los hombres de Kazakov... todos se están acercando. Tu precioso marido no podrá resistirse a jugar al héroe. Vendrá por ti de todos modos, y lo estarán esperando.

—¿Y entonces qué? —pregunto, observándolo desmoronarse—. ¿Matarás al padre de mi hijo? ¿Dejarás a tu propia sangre sin padre?

—No. —Se vuelve hacia mí, con algo desesperado y feo en su expresión—. No intentes manipularme con este embarazo. Solo prueba que tengo razón: necesitas ser salvada de él. Ese niño merece algo mejor que un criminal como padre.

—¿Mejor como tú? —No puedo evitar el amargura en mi voz—. ¿Un hombre que traicionaría a su propia hermana? ¿Que dejaría huérfano a su propio sobrino o sobrina por poder?

—¡Estoy protegiendo el legado de *nuestra* familia! —Su control se rompe por completo mientras avanza hacia mí—. Todo lo que he hecho ha sido por la familia. Papá lo entendió cuando arreglamos este matrimonio. Solo teníamos que esperar el momento adecuado para derribarlo.

El alcance completo de su traición aún duele, incluso sabiendo lo que sé ahora. Todas esas cenas familiares, la suave presión para aceptar el matrimonio, la forma en que jugaron con mi lealtad para manipularme y ponerme en posición.

—Tu propia hermana —susurro, las palabras sabiendo a ceniza—. Usaste a tu propia hermana como cebo.

—Oh, no seas tan dramática. —Hace un gesto despectivo, pero hay algo frenético en el movimiento—. Estarás bien. ¿La inocente viuda embarazada dejada para seguir adelante sola?

Los medios lo devorarán. —Su sonrisa se vuelve afilada, calculadora—. Y una vez que Artem se haya ido, todo lo que posee será nuestro a través de ti y el niño. El plan perfecto.

Un suave pitido rompe la tensión, y los ojos de Henry se estrechan al ver el auricular que pensé haber escondido bajo mi cabello.

—¿Qué es eso?

El hielo inunda mis venas mientras se acerca a mí.

—Nada...

Su mano se dispara, arrancando el dispositivo de mi oreja con una fuerza brutal.

—Perra astuta —gruñe, arrojándolo al suelo y aplastándolo bajo su talón—. Has estado transmitiendo nuestra ubicación todo este tiempo.

El revés me toma por sorpresa, girando mi cabeza hacia un lado. El dolor florece en mi mejilla, el cobre inunda mi boca donde mis dientes cortaron el interior de mi mejilla. Una mano vuela instintivamente para proteger mi estómago mientras me estabilizo, la ira y la traición inundando mi pecho con adrenalina.

—Viene por mí —digo suavemente, saboreando la sangre al hablar—. Y todos tus planes, todos tus esquemas... no te salvarán de lo que sucederá después, de lo que sucede cuando Voron es despertado.

—¿Crees que le tengo miedo? —La voz de Henry se eleva, los últimos hilos de su control se deshacen, su cabello hecho un desastre y un gesto de desprecio en sus labios—. Tengo al FBI, a la mafia rusa y un caso irrefutable contra Artem. Tu precioso marido criminal está acabado, Mila, y cuanto antes te des cuenta, mejor.

—Te equivocas. —La certeza en mi voz lo hace pausar, sus ojos amplios y salvajes—. En tantas cosas. Pero sobre todo, te equivocas sobre dónde está él ahora.

La puerta del almacén explota hacia adentro antes de que Henry pueda responder, el sonido como un trueno en el espacio confinado. Mi corazón salta al ver la silueta familiar en la entrada: Artem, mi peligroso y hermoso marido, llenando el marco como un ángel vengador. El poder irradia de cada línea de su cuerpo, violencia apenas contenida prometiendo retribución. Detrás de él, Viktor y sus hombres más leales entran con gracia letal, asegurando la habitación con eficiencia practicada.

—Imposible —susurra Henry, alcanzando un arma que nunca llegará a sacar a tiempo.

—Están ocupados en otra parte, principalmente con Kazakov. Así que gracias por eso, *hermano*. —La voz de Artem podría congelar el mismo infierno. Sus ojos encuentran los míos, buscando heridas, y algo aterrador destella en sus profundidades cuando nota la marca en mi mejilla del revés de Henry—. ¿Estás herida, *devotchka*?

El término cariñoso, áspero con emoción apenas controlada, hace que las lágrimas broten en mis ojos. Después de todo —la duda, el miedo, la traición— sigue siendo mío. Sigue siendo el hombre que susurra términos cariñosos en ruso contra mi piel en nuestros momentos más íntimos.

—Estamos bien —digo suavemente, dejando que el significado de mis palabras cale hondo. Sus ojos se oscurecen con entendimiento, desviándose hacia donde mi mano aún cubre protectoramente mi vientre.

—No por mucho tiempo. —La risa de Henry tiene un deje de histeria mientras saca su teléfono con dedos temblorosos—. Una llamada, y este lugar estará infestado de agentes federales. Tu imperio ha terminado, Romanov. Todo lo que has construido, cada empresa fantasma y falsa inversión... todo se derrumbará en un instante.

—Adelante. —La sonrisa de Artem es puramente depredadora mientras arroja un grueso expediente sobre el escritorio entre ellos. El golpe resuena como un toque de difuntos—. Llámalos. Estoy seguro de que estarán muy interesados en estos registros de tus malversaciones. Las cuentas en el extranjero, los sobornos, la contabilidad creativa que ha estado desangrando a la empresa durante años. Vaya legado familiar que has dejado para tus hijos, Henry.

El color desaparece del rostro de Henry mientras hojea los documentos con manos temblorosas. —Esto es imposible. Cubrí mis huellas...

—No lo suficientemente bien. —Artem se acerca, cada paso medido y letal. Como un lobo rodeando a una presa herida, tomándose su tiempo con la matanza—. ¿De verdad creíste que no investigaría al hombre que arregló mi matrimonio? ¿Que no cavaría hasta encontrar cada esqueleto en tu armario?

—No importa —espeta Henry, pero su voz se quiebra mientras marca números en su teléfono—. Una vez que sepan quién eres realmente...

—Ya lo saben. —La voz de Artem transmite la certeza absoluta—. Cada trato comercial, cada inversión, cada documento que establece mi presencia legítima en los Estados Unidos... todo es perfectamente legal. Lo cual es más de lo que puedo decir de tus actividades.

Las sirenas aúllan en la distancia, acercándose con cada segundo que pasa. La sonrisa de Henry se vuelve triunfante, pero luego vacila cuando Artem no hace ningún movimiento para huir. En su lugar, mi esposo parece casi complacido mientras pesados pasos retumban subiendo las escaleras.

—¡FBI! —La puerta se abre de golpe nuevamente, los agentes inundan la habitación con armas en mano—. ¡Todos al suelo!

Lo que sucede a continuación se siente como ver a un maestro del ajedrez activar su trampa. Artem presenta calmadamente la documentación de sus negocios legales mientras Viktor produce evidencia de los crímenes de Henry. Observo cómo el rostro de mi hermano se desmorona al darse cuenta de la profundidad de su error de cálculo: no solo ha fallado en destruir a Artem, sino que se ha destruido a sí mismo.

—Henry Belmont —dice el agente principal con gravedad—, está arrestado por malversación de fondos, soborno y conspiración para cometer fraude...

Las palabras se desvanecen en ruido de fondo mientras Artem se acerca a mí, sus manos increíblemente gentiles mientras desata mis ataduras. El contraste entre su toque tierno y la violencia que acabo de presenciar hace que me duela el corazón. Caigo en sus brazos en el momento en que estoy libre, respirando su familiar aroma a especias, peligro y hogar.

—Pensé... —Mi voz se quiebra cuando las emociones me abruman—. Cuando me dijeron que sospechabas que te había traicionado...

—Nunca —gruñe, alejándose lo justo para acunar mi rostro entre sus manos. Sus ojos arden con una intensidad que me roba el aliento—. Nunca lo creí. No realmente. Mi corazón lo sabía mejor, incluso cuando mi cabeza intentaba dudar. —Su pulgar roza el moretón en mi mejilla, y sus ojos se oscurecen peligrosamente—. Ha marcado lo que es mío.

—Artem. —Atrapo sus manos antes de que pueda volverse hacia Henry con asesinato en los ojos. Habrá tiempo para la venganza más tarde. Ahora mismo, necesito su fuerza, su calor, la seguridad que solo siento en sus brazos—. Solo abrázame. Abrázanos.

El entendimiento suaviza su expresión mientras una de sus grandes manos abarca mi vientre, reverente y protectora. En ese toque, siento todo lo que aún no hemos dicho: su alegría por convertirse en padre, su miedo por lo cerca que estuvo de perdernos a ambos, su feroz determinación de proteger lo que es suyo.

El caos continúa a nuestro alrededor: agentes llevándose a Henry esposado, Viktor coordinando con las autoridades locales, los hombres de Kazakov ya sea esposados o desvaneciéndose en las sombras, preguntas que necesitarán respuestas y pistas que seguir. Pero por ahora, existimos en nuestra propia burbuja de posibilidades, unidos por la fuerza de lo que hemos construido y el milagro que crece entre nosotros.

Y mientras las manos de Artem abarcan mi cintura posesivamente, su frente presionada contra la mía, sé que pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos. Porque algunos amores valen la pena luchar por ellos, valen la pena matar por ellos, valen la pena vivir por ellos.

Algunos amores lo cambian todo.

ARTEM

La luz del sol matutino se filtra por las ventanas de mi oficina, dibujando franjas doradas sobre la pila de documentos que Viktor ha preparado. Las pruebas de los crímenes de Henry llenan caja tras caja: registros financieros, cuentas en el extranjero, evidencia de sobornos que asegurarán que pase décadas tras las rejas. Pero es la única foto de ultrasonido sobre mi escritorio la que sigue atrayendo mi atención, ese pequeño destello de vida que lo ha cambiado todo. Mis dedos recorren la imagen granulada, aún luchando por creer que esto es real. Que yo, Voron, el hombre más temido del submundo ruso, voy a ser padre.

—El fiscal está confiado —informa Viktor, su voz firme a pesar del agotamiento de los últimos días. Círculos oscuros sombrean sus ojos, evidencia de noches en vela construyendo un caso sólido—. Entre los registros financieros y mi testimonio sobre el intento de secuestro, Henry Belmont no verá la luz del día por mucho tiempo. Las pruebas de malversación por sí solas conllevan una sentencia de veinte años.

Asiento, incapaz de apartar la mirada del ultrasonido. Mi hijo. El pensamiento aún me provoca una sacudida, mezcla de terror y feroz alegría. —¿Y el resto de la familia?

—Charles y Vivian Belmont están cooperando plenamente. Han firmado declaraciones juradas confirmando que Henry actuó solo al contactar a Kazakov, quien por su parte, ha huido a Moscú. —Viktor duda, algo más suave cruzando sus rasgos usualmente estoicos—. La familia Belmont parece... cambiada por los eventos recientes. Especialmente después de enterarse del embarazo. Charles no ha dejado de llorar desde que el médico confirmó que Mila y el bebé no sufrieron daños en el secuestro.

La palabra hace que algo primitivo se agite en mi pecho. Mila está arriba durmiendo, su cuerpo curvado protectoramente alrededor de nuestro hijo en crecimiento incluso en reposo. La observé esta mañana, memorizando cómo se veía bajo la luz temprana: pacífica, perfecta, una mano descansando sobre su vientre aún plano incluso dormida. La visión casi rompió algo dentro de mí: esta mujer feroz y hermosa que me ha dado todo lo que nunca supe que quería y más.

—Organiza la reunión —le digo a Viktor, finalmente apartando la mirada del ultrasonido—. Es hora de arreglar las cosas con la familia de una vez por todas.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Viktor con cuidado—. Renunciar a tus acciones en la empresa...

—No estoy renunciando a nada —lo interrumpo—. Estoy invirtiendo en algo mucho más valioso.

Horas más tarde, observo a Charles y Vivian Belmont entrar en nuestra casa sin nada de su habitual confianza. Se ven más pequeños de alguna manera, disminuidos por el peso de sus elecciones. La ropa de diseñador que antes les servía de armadura ahora cuelga torpemente, como disfraces que han olvidado cómo usar. Detrás de ellos, Chloe se mantiene indecisa, sus ojos enrojecidos de tanto llorar, su habitual energía burbujeante reducida a algo más frágil.

Mila se tensa a mi lado en el sofá, su mano buscando la mía instintivamente. Aprieto sus dedos

suavemente, recordándole que ya no está sola. Nunca más.

—Mila —comienza Vivian, su voz quebrándose al pronunciar el nombre de nuestra hija. Sus manos perfectamente manicuradas se retuercen ansiosamente—. No sabíamos... sobre el bebé... sobre lo que Henry planeaba...

—¿No lo sabían? —La voz de Mila es firme, pero la siento temblar—. Arreglaron mi matrimonio sabiendo exactamente quién era Artem. Usaron a su propia hija como carnada. Me intercambiaron como un activo comercial sin pensar ni un segundo en mi seguridad o felicidad.

—Creímos que estábamos protegiendo el legado familiar —dice Charles en voz baja, aparentando cada uno de sus sesenta años—. Estábamos equivocados. Terriblemente equivocados. Cuando Henry nos contó su plan de usar el matrimonio para ganar control sobre los activos de Artem... —Se interrumpe, negando con la cabeza—. Deberíamos haberlo detenido entonces. Deberíamos haber visto en lo que se había convertido.

Los estudio cuidadosamente, buscando cualquier señal de engaño. Pero todo lo que veo es un arrepentimiento genuino, la esperanza desesperada de padres que finalmente se han dado cuenta de lo que casi perdieron. Lo que su ambición y orgullo casi les costó.

—El legado. —Dejo que las palabras floten pesadamente en el aire, saboreando el momento—. Hablemos de eso.

Saco un sobre grueso y lo deslizo sobre la mesa de café. Charles lo recoge con manos temblorosas, su rostro palideciendo mientras lee.

—¿Estás renunciando a tus acciones? —susurra, el papel temblando—. ¿A todas ellas?

—No renunciando —corrijo suavemente, dejando que un toque de peligro coloree mi tono. Un recordatorio de que, aunque pueda estar eligiendo la paz, estoy lejos de ser inofensivo—. Transfiriéndolas a su legítima dueña. —Me vuelvo hacia Mila, observando cómo la comprensión amanece en esos ojos extraordinarios—. Estabas destinada a dirigir esta empresa, *devotchka*. Ahora puedes hacerlo en tus propios términos.

—Artem... —Me mira fijamente, lágrimas amenazando con derramarse—. No entiendo. ¿Por qué harías...?

—Yo sí. —Las palabras provienen de Chloe, que da un paso adelante con una determinación inesperada—. Siempre has sido la más fuerte de nosotras, Mila. La que veía las cosas con claridad. —Traga saliva, luchando contra las lágrimas—. Lo siento mucho por haber dudado de ti. Por haber creído las mentiras sobre que tu matrimonio era falso. Debería haberlo sabido mejor. La forma en que te mira... —Me mira y luego vuelve a mirar a su hermana—. Nadie podría fingir ese tipo de amor.

La mano de Mila se aprieta en la mía, y siento todo su cuerpo temblando de emoción. —Chloe...

Se levanta del sofá, y las hermanas chocan en un abrazo feroz, años de malentendidos disolviéndose en lágrimas compartidas. Las observo con una extraña opresión en el pecho, recordando lo que es tener ese tipo de amor incondicional. Tener una familia por la que vale la pena luchar.

—La empresa es tuya —le digo a Mila cuando regresa a mi lado, acercándola contra mí—.

Accionista mayoritaria, con efecto inmediato. Construye el legado que siempre has soñado, el legado que te pertenece por derecho.

Charles se aclara la garganta. —¿Y qué hay de usted? ¿Sus propios intereses comerciales?

Mi sonrisa es afilada, depredadora. —Tengo otros proyectos para ocupar mi tiempo. Y una familia que proteger. —Dejo que mi mano se deslice hacia el vientre de Mila, reclamando lo que es mío, un instinto protector surgiendo intensamente en mi interior—. Considere esto mi inversión en nuestro futuro.

La palabra lleva peso, un recordatorio de exactamente quién y qué soy. Puede que me hayan aceptado como el esposo de Mila, que hayan hecho las paces con su culpa, pero nunca deberían olvidar al monstruo que acecha bajo mi exterior pulido. Voron siempre puede volver si es necesario.

Más tarde, después de que su familia se va con promesas de nuevos comienzos y cenas dominicales regulares, encuentro a Mila en nuestro dormitorio. Está de pie junto a la ventana, con una mano presionada sobre su vientre aún plano, perdida en sus pensamientos. El sol poniente prende fuego a su cabello, convirtiendo cada hebra castaña en una llama viva, y la visión de ella me deja sin aliento: esta mujer que ha transformado mi mundo por completo, que me ha mostrado cuán aburrida era mi vida antes de conocerla.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunto suavemente, acercándome por detrás para posar mis manos en su cintura.

Ella se recuesta contra mi pecho, encajando perfectamente contra mí. —Nunca. No sobre nosotros. —Se gira en mis brazos, sus notables ojos verdes encontrándose con los míos, abiertos de par en par con franqueza y confianza—. Pero necesito saber algo.

—Lo que sea.

—Este matrimonio... comenzó por conveniencia. Como un acuerdo de negocios para que pudieras obtener tu tarjeta verde. Y para que mi familia no cayera en la ruina. Pero de alguna manera en el camino se convirtió en algo real. ¿Cuándo cambió para ti?

Acuno su rostro entre mis manos, estudiando a la mujer que se ha convertido en mi todo y más. —En el momento en que me desafiaste en esa primera gala. Cuando me miraste sin miedo, aun sabiendo de lo que era capaz, siendo completamente la mujer que necesitaba a mi lado. —Rozo mi pulgar sobre su labio inferior, recordando cada beso, cada caricia que nos trajo hasta aquí—. Pero lo combatí. Me dije a mí mismo que era más seguro mantener mi distancia de ti, mantener las cosas... profesionales e impersonales.

—¿Y ahora? —Su voz tiembla ligeramente.

—¿Ahora? —Deslizo una mano hacia su vientre, sintiendo la ligera hinchazón que marca donde crece nuestro hijo—. Ahora sé que no hay seguridad en la distancia de ti. No hay protección en negar mis sentimientos. Te amo, Mila, total y completamente. Tú y este bebé, son todo para mí. Mi redención. Mi futuro. Mi hogar.

Las lágrimas corren por sus mejillas mientras se lanza a besarme, vertiendo toda su emoción en ello. Pruebo la sal y la dulzura, el amor y la esperanza y la promesa.

—Yo también te amo —susurra contra mis labios—. Al empresario y al jefe de la bratva. Al hombre que puede matar sin piedad y amar sin límites. Voron y Artem. Todo de ti.

La estrecho más cerca, abrumado por el regalo que me está dando con su amor. Esta mujer feroz y hermosa que vio más allá de mi oscuridad hasta el hombre debajo. Que lleva a mi hijo y construye nuestro futuro con la misma determinación que aporta a todo.

—Deberíamos celebrar —murmuro, acariciando su cuello con la nariz e inhalando su aroma—. Tu nueva posición como CEO. Nuestro bebé. Esta segunda oportunidad que se nos ha dado.

Ella se estremece cuando mis labios encuentran ese punto sensible debajo de su oreja que la hace gemir cuando estoy dentro de ella. —¿Qué tenías en mente?

Mi sonrisa se curva contra su piel mientras recuerdo la cuerda de seda que espera en nuestro cajón. —Parece que recuerdo que disfrutas estar atada, *devotchka*. Y tengo una cuerda muy especial que es perfecta para esposas embarazadas...

Su respiración se entrecorta, el deseo oscureciendo sus ojos. —Muéstrame. Si es para nosotros, quiero compartirlo contigo. Como socios.

Eso es lo que somos ahora: socios en todo. En los negocios y el placer, en la oscuridad y la luz. En la familia que estamos construyendo y el legado que dejaremos atrás.

Juntos.

EPÍLOGO

MILA - DOS AÑOS DESPUÉS

El sol de California baña los jardines de nuestra finca con una luz dorada mientras observo a mi hija perseguir mariposas entre los rosales. Los rizos oscuros de Elara rebotan con cada paso, sus risas encantadas llegan hasta mí en la cálida brisa. Tiene los ojos de Artem, azul acero e intensos, incluso a los dos años, pero mi espíritu, intrépido y brillante, valiente en todo, lo deba ser o no.

—¡Otra vez, mamá! —grita, girando en círculos hasta que cae sobre el césped cuidado—. ¡Mira cómo vuelo!

Mi corazón se hincha con un amor tan feroz que me roba el aliento. No solo por mi niña perfecta y preciosa, sino por todo lo que representa: el legado de amor que creció de un matrimonio arreglado, el futuro construido sobre cimientos de confianza en lugar de miedo, amor en lugar de conveniencia.

—Con cuidado, *printsessa* —retumba la voz de Artem detrás de mí, sus brazos deslizándose alrededor de mi cintura—. Tu mamá se preocupa.

Me recuesto contra su sólido pecho, dejando que su calor se filtre en mí y su aliento agite los cabellos en mi nuca. —Dice el hombre que instaló cámaras de seguridad extra solo para vigilar su parque infantil.

Su risa vibra a través de mí. —Un padre nunca es demasiado cuidadoso.

La fiesta bulle a nuestro alrededor: familia y amigos cercanos reunidos para celebrar el cumpleaños de Elara. Chloe persigue a su sobrina, su portafolio de prácticas de arquitectura temporalmente olvidado mientras juega a ser una princesa de cuento. Mis padres rondan cerca de la mesa del pastel, el orgullo evidente en sus rostros mientras observan florecer el imperio que he construido. Incluso la ex esposa de Henry está aquí con sus hijos, las heridas de su traición sanando lentamente mientras forjamos un nuevo tipo de familia.

—Las acciones de la empresa alcanzaron otro récord —menciona mi padre al pasar, con orgullo evidente en su voz—. Esa adquisición que orquestaste fue brillante, Mila. Yo no podría haberlo hecho mejor.

Sonrío, recordando la sala de juntas donde ahora comando respeto en lugar de desdén. —El acuerdo de Singapur se cierra la próxima semana. Nos expandiremos a los mercados asiáticos para el final del trimestre. Después de eso, quién sabe qué vendrá.

—Mi brillante esposa —murmura Artem contra mi oído, sus manos apretándose posesivamente en mis caderas—. Conquistando el mundo, una fusión a la vez. No podría estar más orgulloso, *devotchka*.

El calor se acumula en mi vientre ante su toque, ante el orgullo y el deseo en su voz. Dos años de matrimonio no han disminuido nuestra pasión; si acaso, arde más intensamente ahora, más profunda, alimentada por la confianza y el entendimiento más que por la mera atracción. Artem me ha mostrado cosas en la cama que nunca supe que quería, me ha dado un anhelo que solo él puede satisfacer.

A medida que la tarde avanza, los invitados comienzan a marcharse. Elara finalmente sucumbe al agotamiento inducido por el pastel, acurrucada en los brazos de su abuelo mientras la lleva adentro para su siesta. Chloe me da un abrazo de despedida, prometiendo visitarnos de nuevo tan pronto como termine su próximo gran proyecto. El sol poniente pinta el cielo en tonos de rosa y oro, proyectando largas sombras sobre nuestro paraíso privado, recordándome todas las cosas preciosas que he ganado de un acuerdo reluctante con un extraño.

—Ven aquí —dice Artem suavemente, llevándome hacia el jardín de rosas aislado, mi lugar favorito, donde el aroma de las flores se mezcla con recuerdos de besos robados y promesas susurradas.

—¿En qué piensas? —pregunto, reconociendo la intensidad en su mirada—. Has estado distraído todo el día.

Me estudia por un largo momento, su pulgar acariciando mi mejilla de esa manera tierna que aún hace que mi corazón se acelere. —Recibí noticias esta mañana. La oficina de inmigración aprobó mi solicitud de tarjeta verde.

La comprensión amanece. —Así que nuestro acuerdo... este matrimonio de conveniencia...

—Ya no es necesario —termina, algo oscuro y posesivo destellando en sus ojos—. Ahora soy un residente legal. Libre para divorciarme de mi conveniente esposa y seguir adelante.

Mi respiración se entrecorta mientras me acorrala contra un enrejado cubierto de rosas, enjaulándome con su cuerpo. —¿Es eso lo que quieres? —susurro, aunque puedo sentir su respuesta presionando dura contra mi estómago—. ¿Seguir adelante?

—Lo que quiero —gruñe, mordisqueando mi garganta— es llevar a mi esposa arriba y recordarle exactamente por qué este matrimonio dejó de ser conveniente hace mucho tiempo.

El calor inunda mi cuerpo mientras sus manos se deslizan por mis costados, arrugando la tela de mi vestido veraniego. —Los invitados...

—Se han ido —sus dientes rozan mi punto de pulso, haciéndome jadear—. Excepto la familia, que sabe que no debe interrumpirnos.

Me arqueo hacia él cuando sus dedos encuentran piel desnuda, trazando patrones que me hacen estremecer. —Artem...

—Dime lo que quieres, *devotchka* —su voz es áspera de necesidad, su acento espesándose como lo hace cuando su control se desliza—. Dime que quieres la eternidad conmigo, no solo conveniencia.

—Ya sabes que sí —atraigo su boca hacia la mía, volcando todo lo que siento en el beso, cada onza de lujuria y amor. Cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad, susurro contra sus labios—: Quiero otro bebé.

Se queda completamente inmóvil, luego gime como si estuviera adolorido, su deseo por mí evidente. —Mila...

—Lo digo en serio —muevo mis caderas contra las suyas, sintiéndolo duro y listo—. Quiero que me vuelvas a preñar. Que me llenes con tu semen hasta que no haya duda de que llevo a tu hijo.

—Joder —gruñe, y entonces nos movemos, su fuerza haciéndome sentir liviana mientras me lleva hacia la casa—. Me vas a dejar seco hasta que sea un despojo de hombre, cariño.

Me río contra su cuello, embriagada por el poder que tengo sobre este hombre peligroso. —Pero al menos morirás con una sonrisa en la cara, enterrado en la mujer que amas.

La puerta del dormitorio apenas se ha cerrado detrás de nosotros cuando Artem me aprisiona contra ella, su cuerpo enjaulando el mío con intención. Sus ojos arden con posesión mientras estudia mi rostro, una de sus grandes manos subiendo para acunar mi mejilla.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —murmura, su acento espesándose con el deseo—. Verte hoy, la madre perfecta, la brillante empresaria, mi hermosa esposa... me vuelve loco.

—Demuéstramelo —lo desafío, bajando la mano para acariciar su evidente excitación a través de la ropa—. Demuéstrame exactamente lo que te hago, Artem.

Su gruñido vibra a través de mí mientras captura mi boca en un beso abrasador. No hay nada de gentil en él: todo dientes, lengua y necesidad desesperada. Sus manos hacen un trabajo rápido con mi vestido de verano, dejándome en delicado encaje que hace que sus ojos se oscurezcan apreciativamente.

—Mírate —respira, dando un paso atrás para absorberme con la mirada—. Llevando mi color favorito.

El encaje negro había sido una elección deliberada esta mañana, recordando cómo había reaccionado la primera vez que lo usé. —Pensé que tal vez querrías celebrar tu green card apropiadamente.

Su sonrisa se vuelve depredadora. —Oh, vamos a celebrar, *devotchka*. Pero primero... —Se dirige a nuestra cómoda, sacando trozos de familiar cuerda de seda negra—. Creo que mi esposa mencionó algo sobre querer ser preñada.

El calor se acumula entre mis piernas al ver la cuerda deslizándose entre sus hábiles dedos. —¿Estás seguro de que es seguro? —bromeo—. ¿Ahora que no estás legalmente obligado a permanecer casado conmigo?

En un instante, está de vuelta, presionándome contra el colchón con una fuerza deliciosa. —Lo único a lo que estoy obligado —gruñe contra mi garganta—, es a recordarte exactamente a quién perteneces.

El primer toque de la cuerda contra mi piel me hace estremecer. Artem trabaja con eficiencia practicada, atando mis muñecas sobre mi cabeza en un intrincado patrón que es tanto hermoso como inescapable. Más cuerda se enrolla alrededor de mis muslos, abriéndome vulnerable ante su mirada hambrienta.

—Perfecto —murmura, sentándose para admirar su trabajo—. Fuiste hecha para esto, Mila. Hecha para mí.

—Artem —gimo mientras sus dedos trazan el borde de mis bragas de encaje—. Por favor...

—¿Por favor qué? —Su sonrisa es perversa mientras lentamente aparta la tela—. Dime lo que quieres, mi amor. Sé específica.

—Quiero que me dejes embarazada de nuevo —jadeo mientras su pulgar circula mi clítoris con una precisión enloquecedora—. Quiero que me llenes hasta que no haya duda de que llevo a tu bebé.

Él gime, el sonido casi dolorido, sus manos flexionándose contra mi piel. —Estás jugando con fuego, *devotchka*. Probando límites que no entiendes.

—Tal vez me gusta probar los límites —lo desafío, arqueándome contra las cuerdas que me atan —. Tal vez he aprendido a anhelar el fuego. El peligro. —Muevo mis caderas de nuevo, sintiéndolo duro y listo contra mí—. La forma en que solo tú puedes hacerme sentir.

Sus ojos se oscurecen hasta la medianoche mientras me mira fijamente, su pecho agitándose con un deseo apenas controlado. —¿Tienes idea de lo que me haces? —exige bruscamente, una mano deslizándose para agarrar mi garganta, no apretando, solo reclamando—. ¿Las cosas que quiero hacerte? ¿Cuánto quiero marcarte, preñarte, asegurarme de que todos sepan a quién perteneces?

—Demuéstramelo —respiro, girando la cabeza para morder su muñeca—. Deja de contenerte, Artem. Ya no soy esa frágil novia. Soy tu esposa. Tu igual. Tu...

Su control se rompe con un sonido casi audible mientras se desabrocha el cinturón y se baja bruscamente los pantalones sobre su erección palpitante. En un solo movimiento fluido, arranca mi ropa interior restante, el delicado encaje cediendo como papel de seda en sus poderosas manos. Antes de que pueda lamentar la destrucción de lencería cara, está ahí, grueso y duro y perfecto mientras envaina su polla dentro de mí con una sola y poderosa embestida.

El estiramiento es exquisito, familiar pero de alguna manera siempre nuevo, como volver a casa a un lugar que nunca deja de emocionarte. Mi cuerpo lo recibe, se ajusta a él, incluso cuando la intensidad me roba el aliento.

—Mírame —ordena, manteniéndose quieto a pesar del temblor en sus músculos. Cuando encuentro su mirada, la posesión allí me hace contraerme a su alrededor—. ¿Lo sientes? ¿Sientes cómo tomas perfectamente mi polla? Como si hubieras sido creada para ser preñada por mí, para ser llenada con mi semen.

—Sí —gimo, tensándome contra las cuerdas mientras el placer se acumula con cada sutil movimiento de sus caderas. La seda se clava en mi piel, un delicioso contrapunto a la plenitud dentro de mí—. Fui hecha para que me preñes. Para ser llenada con tu semen. Por favor, Artem, muévete...

Sus manos agarran mis caderas con fuerza suficiente para dejar moretones mientras finalmente comienza a moverse, cada embestida más profunda que la anterior. El cabecero golpea rítmicamente contra la pared, pero apenas lo oigo sobre el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, nuestros gemidos desesperados.

—Esta perfecta vagina fue hecha para mí —gruñe, con el acento espeso de deseo mientras embiste en mí—. Hecha para recibir mi verga, para extraer cada gota de semen hasta que estés de nuevo pesada con mi hijo —Su pulgar encuentra mi clítoris, su toque ya no es juguetón mientras me hace sacudirme y gemir—. Voy a preñarte una y otra vez, llenarte hasta que no haya duda de a quién pertenece esta vagina.

Las palabras crudas en su refinado acento envían electricidad que crepita por mis venas,

haciéndome retorcerme contra mis ataduras.

—Llename —suplico, desesperada por más, por todo—. Hazme tuya completamente. Pon tu bebé en mí de nuevo, Artem. Por favor...

—¿Ya estás suplicando? —Su sonrisa es puro pecado mientras cambia el ángulo, golpeando ese punto dentro de mí que hace que las estrellas exploten detrás de mis ojos—. Apenas estamos empezando, *devotchka*. Voy a mantenerte atada y desesperada hasta que estés incoherente de placer. Hasta que la única palabra que recuerdes sea mi nombre.

—Artem —jadeo, probando las cuerdas que me atan mientras se hunde más profundo—. Por favor, necesito...

—Dime qué necesitas —exige, ralentizando su ritmo a una precisión tortuosa. Cada embestida es medida, deliberada, diseñada para volverme loca—. Dime cuánto deseas llevar a mi hijo de nuevo.

Las palabras brotan de mí, desvergonzadas en mi desesperación.

—Muchísimo. Sueño con ello... contigo preñándome, llenándome hasta que esté redonda con tu bebé —Mi confesión le hace gemir, su ritmo vacilando—. Con que todos vean la evidencia de cuán completamente te pertenezco.

—Mía —gruñe, la palabra más animal que humana. Sus manos se deslizan por mi cuerpo para acunar mis pechos a través del fino encaje negro, sus pulgares rozando mis pezones sensibilizados—. Cada perfecta pulgada de ti me pertenece.

—Demuéstralo —lo desafío, sabiendo exactamente cómo responderá—. Muéstrame a quién pertenezco.

Sus ojos brillan peligrosamente mientras sale casi por completo, dejándome vacía y doliente.

—Cuidado con lo que deseas, *devotchka* —La cabeza de su verga provoca mi entrada, haciéndome gemir—. Algunas lecciones dejan marcas.

—Tal vez quiero tus marcas —susurro, y algo en mi voz lo hace pausar. Lo hace mirarme realmente—. Tal vez quiero que todos sepan que el hombre más peligroso de California me eligió. Me ama. Confía en mí lo suficiente como para darme sus hijos.

—Estás jugando con fuego de nuevo —advierte, pero escucho la emoción que enronquece su voz. Veo cómo su control vacila—. Eres mía, Mila —gruñe, hundiéndose finalmente en mí con una embestida que me roba el aliento—. Mi esposa. Mi mujer. La madre de mis hijos —Su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo—. Córrete para mí, Mila. Déjame sentir cómo aprietas mi verga mientras te lleno.

La combinación de sus palabras, su toque y el mordisco de la cuerda contra mi piel me envía precipitadamente al borde. Grito su nombre mientras el placer me atraviesa en oleadas, mis paredes internas apretándose rítmicamente a su alrededor.

Él me sigue segundos después con un gruñido gutural, su liberación caliente y reclamante dentro de mí. Durante largos momentos, permanecemos unidos, su frente presionada contra la mía mientras recuperamos el aliento.

—Te amo —murmura, su voz áspera de emoción—. No porque sea conveniente. No porque sirva a un propósito. Solo porque eres tú.

Giro mi cabeza para atrapar sus labios en un tierno beso, vertiendo todos mis sentimientos en él. Cuando nos separamos, sus ojos están suaves con una emoción que aún me asombra.

—Yo también te amo —susurro—. Las partes convenientes y las inconvenientes.

Su sonrisa se vuelve malvada mientras sus manos se deslizan por mis brazos aún atados.

—Hablando de inconvenientes... Creo que alguien mencionó querer ser preñada hasta garantizar el embarazo —Se mueve dentro de mí, ya endureciéndose de nuevo—. Y ni siquiera he empezado con todos los trucos de cuerda que aprendí específicamente para esta ocasión.

El calor se acumula entre mis piernas ante sus palabras, ante la promesa en su toque.

—Muéstrame —lo desafío, arqueándome contra las cuerdas—. Muéstrame todo.

Su sonrisa de respuesta es puro pecado mientras alcanza más cuerda.

—Con placer, *devotchka*. Tenemos toda la noche, después de todo.

Y mientras sus manos se mueven sobre mi cuerpo con habilidad practicada, mientras el placer se construye de nuevo entre nosotros, sé que este es exactamente el lugar donde debo estar. En los brazos de mi peligroso y hermoso esposo, construyendo un futuro que ninguno de los dos vio venir.

Algunos amores valen la pena ser arreglados. Vale la pena luchar por ellos. Vale la pena vivir por ellos.

Para siempre.